Serie Rumore

El café de los sueños por cumplir



Veronica Espinosa

Copyright © 2025 Verónica Espinosa

PERFILES SOCIALES:

instagram.com/ veronicaespinosa.autora

twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Diseño de cubierta: Verónica Espinosa

Maquetación: Verónica Espinosa

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

No sabotees tu futuro solo
porque el caos y los cambios
te superen.

Verónica Espinosa

PRÓLOGO

EL CAFÉ RUMORE

Vísperas de Navidad. Diciembre, 2025

El aroma a café recién hecho siempre me ha parecido un sueño: una invitación a detenerte, respirar hondo y permitir que el tiempo se detenga por un instante. Quizá por eso siempre me han fascinado las cafeterías, esos espacios donde la vida parece ralentizarse, donde cada mesa guarda una historia.

Cuando era pequeña, Isabel solía decir que Rumore no era un lugar cualquiera. Que era único, casi mágico, capaz de provocar cosas inimaginables.

El día que regresé a Valencia, tras tantos años en Lyon, no sabía que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre. Mi padre me llevó de vuelta a ese local, y al cruzar la puerta, me recibió el sonido de la cafetera, el murmullo de las conversaciones y la sonrisa de una mujer que reconocí al instante.

Habían pasado años desde que nuestros caminos se separaron. Años en los que construí una vida lejos de aquí, solo para verla desmoronarse entre mis manos. Volver a casa era mi grito de auxilio, un intento desesperado por encontrar refugio para el dolor. Sin embargo, al verla ese día, algo cambió.

Emma siempre tuvo esa capacidad de iluminarlo todo sin esfuerzo. Solo pronunció mi nombre, pero bastó para que los recuerdos compartidos inundaran mi mente y una chispa olvidada se encendiera de nuevo en mi interior.

No tenía idea de lo que significaría volver a verla ni del papel que Rumore llegaría a desempeñar en nuestras vidas. Solo sé que hay momentos en los que te encuentras en una encrucijada. A veces, se presentan de manera evidente, pero otras son tan sutiles que apenas los percibes. Y así empezó nuestra historia.

Al principio, fueron encuentros espontáneos, conversaciones que iban de lo trivial a lo profundo. Hablábamos del presente, del pasado, de sueños y temores. Poco a poco, empecé a confiar en ella, dejé atrás las cicatrices que traje de Francia. Pero Emma también cargaba con su propio equipaje, aunque no lo supe hasta más tarde. Con su corazón y su alma entrelazados con Rumore, soñaba con algo más, algo que nunca se atrevía a pedir.

Dicen que el amor es un punto de partida, un catalizador para el cambio. Para nosotras, fue ambas cosas.

No sé en qué momento la cafetería dejó de ser solo un negocio para convertirse en el centro de nuestras vidas. Quizá fue aquella noche en la que preparamos juntas la mousse de naranja. O tal vez el día en que decidimos contarles a nuestras familias que queríamos vivir juntas, enfrentándonos a sus dudas con una seguridad que incluso a nosotras nos sorprendió.

Hoy, mientras escribo estas palabras, con el aroma del café llenando el aire y la plaza animada por el bullicio de la gente, me doy cuenta de lo lejos que hemos llegado. El local está lleno de vida; nuestros padres discuten en la barra con Estefanía sobre el menú navideño, y en el centro de todo está Emma, moviéndose entre las mesas y asegurándose de que todo esté perfecto.

Cuando nuestras miradas se encuentran y me regala una sonrisa capaz de derretirlo todo, sé que estamos donde debemos estar.

El amor no es perfecto. No es fácil ni lineal. Es complejo, caótico y, a veces, aterrador. Pero también es lo que nos impulsa, lo que nos motiva a levantarnos cada día, incluso cuando todo parece cuesta arriba.

Emma y yo no somos perfectas. Pero juntas hemos construido algo que sí lo es: un mundo hecho de sueños compartidos, de pequeños y grandes momentos, de risas, lágrimas y, sobre todo, de amor. Y eso, más que cualquier otra cosa, es lo que da sentido a todo. Como cerrar los ojos y revivir cada paso de nuestra historia.



1

REGRESANDO A CASA

JULIA

Valencia. 11 de abril, 2025

El tren lleva más de diez minutos detenido en el andén. Sigo sin ser capaz de abandonar mi asiento, aunque sé que debo hacerlo. Aprieto con fuerza el asa de mi mochila, como si fuera un salvavidas. No sé si es el miedo o las emociones lo que me retienen. Quizá sea una mezcla incómoda de ambas. A través de las cristaleras de la estación, Valencia me recibe con un cielo despejado, teñido de ese azul tan característico de esta época del año. Estoy segura de que afuera hará calor, y me alegra haber aligerado mi ropa durante la escala en Madrid.

A mi alrededor apenas quedan pasajeros, solo un par de asistentes de viaje que me miran, preguntándose por qué no he salido ya.

«Es ahora o nunca, Julia», murmuro para darme valor, justo cuando una de las chicas al final del vagón me sonríe, y la tensión empieza a acumularse en mi pecho. Me levanto, respiro hondo y bajo mi maleta del portaequipaje. Ya no puedo retrasarlo más. En cuanto cruzo la puerta del tren, un escalofrío me recorre la piel.

Tardo un poco en atravesar la estación, pero no me cuesta nada ubicar a mi madre. Está sonriendo, con los brazos abiertos como si nada hubiera cambiado. Mi padre, más serio y con la misma camisa de cuadros de siempre, me observa con esa mirada que me hace suspirar. Ha pasado tanto tiempo, un año y medio desde la última Navidad que compartimos, pero se siente como una eternidad. En cuanto los abrazo, toda la tensión que cargaba se desvanece.

—¡Por fin en casa! —dice mi madre, apretándome tan fuerte que no puedo evitar reír—. Estás más delgada. ¿Acaso no has comido como debías todos estos meses?

—Déjala respirar, Chus. —Mi padre ríe también y, después de acariciarme el pelo con ternura, me da un beso en la frente que sabe a gloria—. Bienvenida a casa, hija.

Cierro los ojos un instante y me dejo envolver por ellos: sus voces, su calor, su olor

familiar, incluso por los cariñosos reproches de mamá. Todo me recuerda por qué tomé la decisión de dejar Lyon y regresar. Porque, como en casa, no se está en ningún otro lugar.

. . .

El camino hasta allí se convierte en un desfile de recuerdos. Cada rincón de Valencia parece contarme algo: las palmeras que flanquean el trayecto, las calles estrechas del barrio donde crecí, los escaparates de las tiendas que solía visitar. Mi madre no deja de hablar, narrándome las novedades de todos en el vecindario: quién se ha casado, quién ha tenido hijos, quién ha cerrado su negocio. Mi padre, en cambio, conduce en silencio, lanzándome miradas esporádicas a través del retrovisor. Yo asiento a todo lo que ella cuenta, aunque mi mente sigue anclada a la vida que he dejado atrás.

Después de tantos años viviendo en Lyon, de todos los amigos que hice, de haber encontrado mi vocación y convertirme en chef, lo único que no esperaba era que una infidelidad detonara esta explosión emocional. Allí he dejado mi futuro, lo que en un principio deseé construir. Y, aunque no quiera admitirlo, aún me siento algo tonta por haberme desprendido de ello de una forma tan impulsiva.

Cuando llegamos a casa, el aroma a café recién hecho despierta mis sentidos, recordándome que ya es hora de desayunar. Es como si el tiempo se hubiera detenido. La decoración permanece intacta: los azulejos antiguos, las cortinas de flores que mi madre siempre se ha negado a cambiar. En la mesa del comedor hay una bandeja de churros, y mi padre saca una jarra de chocolate caliente, colocándola cuidadosamente al lado.

—Tu desayuno favorito. Sabía que llegarías con hambre —dice, con una sonrisa orgullosa y feliz mientras me invita a sentarme.

—No hacía falta, papá. De verdad —respondo, aunque mi estómago me traiciona al gruñir con fuerza.

Él suelta una carcajada y me empuja suavemente hacia la silla.

—Anda, siéntate. Eres la reina de esta casa, y tu madre no parará hasta que te los comas todos —añade en un susurro, cómplice, y termino riéndome mientras cedo al mimo.

No sé dónde queda mi equipaje cuando finalmente me siento a la mesa y me concentro en el dulce sabor del chocolate. Es lo último que me importa en este momento. He estado tanto tiempo lejos de su lado que me cuesta creer que merezca una bienvenida así. Ellos sonríen con orgullo, irradian felicidad, y yo no puedo evitar sentirme la peor persona del mundo por haberlo dejado todo atrás.

El tiempo avanza y, cuando entro en mi antigua habitación, me siento como una extraña entre mis cosas. Todo está igual que en mi recuerdo, salvo por las sábanas nuevas que mi madre debió comprar para la ocasión. A mis treinta y cinco años, lo último que esperaba era regresar a casa de mis padres, pero necesito recomponerme antes de decidir qué hacer con mi vida.

Mi reflejo en el espejo junto al armario me devuelve una imagen que no termino de

reconocer. La Julia de ahora tiene el pelo más corto, unas ojeras que no se van, por más maquillaje que intente usar, y una cicatriz en el pecho que todavía duele. Hay cosas que necesito sanar, pero confío en que el tiempo me ayudará, al menos, a convivir con ellas.

Dejo la maleta en un rincón, me tumbo sobre la cama y cierro los ojos mientras me permito un instante de vulnerabilidad. «Ella me da algo que tú no me das, Julia. Tiempo». Las palabras de Jade atraviesan mi mente como un latigazo, recordándome que fui yo quien dejó que nuestra relación se rompiera. Ella tomó sus propias decisiones, pero en cada una, yo no estaba incluida.

—¡Julia, cariño! ¡Ven un momento!

La voz de mi madre me arranca de mis pensamientos. Con un suspiro cansado, me levanto y salgo de mi dormitorio. En la sala de estar, veo a mi padre con una sonrisa traviesa en los labios. Cuando estoy a tan solo unos pasos de él, me detiene con unas palabras:

—Tenemos una sorpresa para ti.

—¿Otra? Con los churros era suficiente —digo, divertida. Antes de que pueda preguntar nada más, Estefanía aparece y grita mi nombre con la misma energía arrolladora de siempre.

—¡Por fin estás aquí! —exclama mientras me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin aire—. ¿Cuántos años han pasado? ¡Ah, no! Solo han sido unos meses, pero se siente como si fueran veinte años.

—Cuatro meses, para ser exactos —corrijo con una sonrisa—. Aunque sí, se ha hecho eterno.

Y no miento.

—Tengo muchas cosas que contarte. Pero primero, dime cómo estás tú. La última vez que hablamos me dejaste preocupada…

Le cubro la boca con una mano, haciéndole una señal para que se calle.

Mi madre sale de la cocina, me rodea la cintura con un abrazo y reclama un poco más de mí.

—Estefi, deja respirar a mi niña. Solo lleva unas horas en casa.

—Tienes razón, pero la necesito para mí un rato —responde ella, guiñándome un ojo. Sabe que no diré nada si no salimos de aquí, así que me hace una señal hacia la puerta —. ¿Te apetece que vayamos a alguna parte?

La idea de desconectar me atrae, así que le doy un beso a mi madre en la mejilla.

—Regresaré en un rato, ¿vale?

—Recuerda que hemos quedado para comer juntos —me advierte mi padre.

—No os preocupéis, estaré aquí a la hora de siempre.

Una hora más tarde

He perdido la cuenta del tiempo que llevamos caminando por el barrio, hablando de todo y de nada al mismo tiempo. Estefanía es la misma de siempre: charlatana, espontánea y con esa risa contagiosa que te impide tener un día de bajón. En cuestión de unos minutos, ya me ha puesto al día sobre su vida, sobre el restaurante italiano donde trabaja desde hace un par de años, y sobre una chica que, al parecer, le ha robado el corazón.

No sé cómo lo hace, pero, casi sin darme cuenta, terminamos en la cafetería de siempre, en mitad de una de las plazas con más historias de la ciudad. Este rincón de Valencia es uno de esos lugares en los que he crecido y vivido momentos inolvidables.

En cuanto cruzamos la puerta de la cafetería y Marcos me reconoce, deja lo que está haciendo y se acerca para abrazarme con la misma intensidad que lo hizo mi padre horas atrás, como si hubiese esperado mi regreso todo este tiempo. Su calidez me envuelve, y por un instante, me siento en casa.

Mientras busco entre la gente algún rostro conocido, mi atención se desvía hacia Estefanía, quien ya se ha acomodado en una mesa junto a la ventana. Me siento a su lado, todavía algo abrumada por las emociones del día. Rumore, con su inconfundible aroma a café y su atmósfera acogedora, parece susurrarme que quizás este sea el lugar donde puedo empezar a recomponerme.

A pesar del nudo en el estómago que me acompaña desde hace días, hay algo parecido a la esperanza que sigue agitándose dentro de mí, recordándome que aún tengo motivos para seguir adelante y soñar con ese futuro lleno de felicidad.



2

RECONECTANDO CONMIGO MISMA

JULIA

Unos minutos más tarde

La cafetería está tal como la recordaba. Conserva ese aire familiar que siempre me ha recordado a casa, aunque algunos detalles han cambiado con los años. Antes, las paredes estaban desnudas, cubiertas únicamente por un bonito papel pintado verde, y Marcos, el dueño y amigo de mi padre, las adornaba con motivos futbolísticos por todas partes. Ahora, en su lugar, hay cuadros con estampas de la ciudad. Las luces cálidas, las flores y la música ambiental compiten con el ruido de la cafetera y el murmullo constante de los clientes que van y vienen, e invitan a quedarse un poco más.

Estefanía está sentada frente a mí, con los brazos cruzados sobre la mesa y esa expresión de curiosidad que siempre me ha hecho sentir expuesta.

—Vamos, Julia, ¿me vas a contar de una vez qué te pasa?

No puedo evitar sonreír. Durante un segundo que parece eterno, desvío la mirada de sus ojos verdes y me fijo en lo que nos rodea. Marcos, tras la barra, sirve bebidas a toda prisa. Por un instante, los recuerdos de Isabel, su esposa, invaden mi mente. Ella fue como una madre para mí, y su hija Emma y yo fuimos inseparables en el pasado. Hasta que llegamos al instituto y, por mi culpa, nos distanciamos. Aquel error rompió una relación que aún hoy no he conseguido reconstruir con nadie más. Y que termino por cambiarme.

Estefanía chasquea los dedos frente a mis ojos, devolviéndome al presente.

—Disculpa. Tengo la cabeza en mil cosas —admito y dejo escapar un suspiro. Su cabello negro cae hacia adelante en ondas suaves, y, a pesar de las gafas y el maquillaje, su rostro conserva las mismas expresiones de la adolescente rebelde que una vez me convenció de pintar grafitis en la vieja fábrica del barrio. No me había dado cuenta de cuánto hemos cambiado las dos hasta que veo mi reflejo en los espejos que cubren las columnas de la cafetería—. Es que no sé por dónde empezar.

—Por el principio —responde, guiñándome un ojo.

De repente, la herida en mi corazón duele. Mi vida en Lyon nunca fue un camino de rosas. Llegué allí con ganas de comerme el mundo, de convertirme en chef, de trabajar en un gran restaurante y formarme en él. Pero jamás imaginé que mi trabajo soñado en Ineffable acabaría arruinando mi relación con Jade y destrozándome en el proceso.

—Ya sabes que me fui de aquí con la cabeza llena de sueños —digo, haciendo una pausa para apartarme el flequillo de la cara con una mano—. Cuando conseguí mi puesto en el restaurante, solo pensaba en ser feliz, en avanzar. Pero entonces llegó Jade…

—Y todo se complicó, ¿verdad?

—Al principio, era perfecto. Nos mudamos juntas y yo creía que nuestra relación iba viento en popa. Pero mientras yo me dejaba la piel en el trabajo, nos descuidaba. —Hago una pausa y veo cómo Estefi frunce el ceño, conteniéndose de decir algo—. Apenas tenía tiempo libre. Jade pasaba las horas sola en casa… Creo que, en el fondo, lo que pasó fue inevitable.

—Las infidelidades no son inevitables, Julia. Nadie engaña a su pareja porque esta trabaja demasiado —dice con firmeza, clavando sus ojos en los míos—. Jade hizo algo horrible, y es normal que te sintieras saturada.

—No fue solo saturación. Jade me hizo sentir…

—Insuficiente.

—Exacto —respondo con un suspiro, mordiéndome el labio inferior—. Por su culpa, mi mundo se vino abajo y salí corriendo antes de que me estallara en la cara. Renuncié a mi trabajo, empaqué mis cosas y me marché de Lyon sin avisar a nadie. Hui sin más. Fui una cobarde.

—No. Te protegiste, Julia.

—Estaba tan enamorada de ella… —murmuro y miro hacia cualquier lugar menos a Estefi—. Aún no entiendo en qué momento dejamos de caminar juntas. Al principio era… —dejo las palabras en el aire—. Luego cambió, y yo no lo vi porque estaba metida de lleno en mi trabajo, en mis progresos, en mi futuro.

—Pero tú no tienes la culpa.

—¡Estefi, se acostó con otra porque yo no estaba! —exclamo frustrada—. Y lo peor es que, cuando la descubrí, ni siquiera intentó negarlo. Me dijo que el amor necesita cuidados, que yo no lo hice y… —Niego con la cabeza varias veces—. Me hizo sentir tan pequeña. Era la única persona en la que confiaba y, cuando pasó todo eso…

—Imagino que te sentiste muy sola.

—Tanto como para regresar a casa con mis padres y dormir en mi antigua habitación, rodeada de las cosas de mi infancia… —Estefanía deja escapar una risa suave y, tras un momento, busca mi mano sobre la mesa—. Ahora estoy viviendo atrapada en mi propio pasado.

—Volver ha sido lo mejor que has podido hacer —dice y aprieta mi mano con fuerza —. Tus padres te adoran, y no estás sola. Si necesitas apoyo, sabes que me tienes a un tiro de piedra.

—No te imaginas cuánto he echado de menos tenerte cerca.

—Bueno, ya estoy aquí, y no voy a permitir que esa cara de mustia te dure mucho tiempo —responde señalándome con un dedo antes de soltar una carcajada.

Cuando nos sirven algo para almorzar, aprovecho para cambiar de tema. La cafetería se ha llenado con el paso de los minutos, y ahora el ambiente está animado. Algunas personas conversan alegremente, mientras que otras disfrutan de su café en silencio. Justo cuando una camarera pasa cerca de nuestra mesa, noto a Estefanía siguiéndola descaradamente con la mirada, un gesto que la delata al instante.

—Dime que esa no es la chica con la que… —empiezo a decir, alzando una ceja.

—¿Qué chica? —responde ella, fingiendo inocencia mientras pellizca un pedazo de bizcocho. Su tono es despreocupado, pero el rubor en sus mejillas la traiciona—. No sé de qué hablas.

—A mí no me engañas. Tenías que haber visto la mirada que le has echado.

Por un momento, parece que va a seguir negándolo, pero de repente, suspira y asiente.

—Sí, es Sarah. Trabaja aquí desde finales del año pasado y, por lo que he averiguado, es amiga de la hija de Marcos.

—Vaya… —comento, estudiándola. Su forma de evitar mi mirada me hace sospechar que hay más de lo que está dispuesta a contarme. Decido no presionarla —al menos esta vez— y cambio el tema hacia algo que me intriga más—. ¿Cómo te va en el restaurante?

La mención de su trabajo transforma su expresión al instante. Suspira con fuerza y se deja caer contra el respaldo de la silla.

—Mi jefe es un gilipollas, los turnos son horribles y el ambiente… bueno, digamos que no es el lugar más inspirador del mundo —confiesa, recogiéndose un mechón de pelo tras la oreja—. Trabajar ahí me está haciendo odiar lo que amo. Y eso ya es decir mucho.

—¿Y entonces por qué no lo dejas? —pregunto, mirándola fijamente—. Con tu experiencia, estoy segura de que podrías conseguir algo mejor en cualquier sitio.

Se encoge de hombros.

—Tengo miedo de fracasar a los cuarenta.

—¿Fracasar en qué?

—En mi sueño —dice, y por un instante, su mirada cambia. La pasión le ilumina los ojos—. Siempre he querido tener mi propio restaurante. Lo sabes. Pero sin dinero, no hay forma de conseguir una hipoteca ni todo lo que necesitaría para arrancar.

—Entiendo…

—Últimamente he pensado que quizá sería mejor hacerlo con alguien, tener un socio o una socia.

—¿A qué te refieres?

—A que podríamos hacerlo juntas.

La propuesta me toma completamente por sorpresa. Intento responder, pero el café se me va por el lado equivocado, y comienzo a toser, llamando la atención de las mesas cercanas.

—¡Joder, Estefi! Eres única lanzando ideas —logro decir entre risas nerviosas.

—Solo piénsalo. Tenemos talento, experiencia y nos conocemos como la palma de la mano. Sería perfecto.

Me río de nuevo, más por nerviosismo que por diversión.

—Acabo de llegar. Ni siquiera sé qué voy a hacer con mi vida, dónde voy a vivir… y ya me estás hablando de abrir un restaurante.

—No tienes que decidirlo ahora. Solo piénsalo —insiste, con esa determinación tan suya y que la ha acompañado siempre—. Además, tendría que despedirme primero, y eso no es una decisión que se tome de un día para otro.

—Está bien, le daré una vuelta. Pero por ahora, dejemos de hablar de negocios. Necesito descansar y desconectar un poco. Me lo merezco.

—Tienes razón. Pero anda, terminemos y… —Sarah pasa de nuevo cerca de nuestra mesa, y Estefi se queda muda al recibir una sonrisa de su parte—. Y demos una vuelta. Será lo mejor.

—Tú te traes algo con esa chica.

—Que no…

Cuando salimos al aire libre, la brisa fresca de la calle despeja mis pensamientos. Estefi se engancha a mi brazo mientras caminamos, insistiendo en que no hay nada con Sarah, que solo se ven cuando ella viene a la cafetería, que es simpática, nada más. Aunque la escucho, mi mente sigue dándole vueltas a lo que me ha propuesto: abrir un restaurante juntas. Es una idea que llega en un momento caótico, cuando mi vida está patas arriba, pero… quizá no sea una locura después de todo.



3

LAS MAÑANAS EN RUMORE

EMMA

Valencia. 15 de abril, 2025

El reloj marca las 6:45 de la mañana cuando mi padre y yo entramos a la cafetería. Hoy se nos ha hecho un poco tarde. Anoche terminamos a las tantas organizando el pedido del mes, y apenas logré dormir, dándole vueltas a la idea de si se nos habría olvidado algo. Afuera, el cielo va dejando atrás el gris de la noche y se tiñe con los colores cálidos del amanecer. Mientras camino hacia la barra y enciendo las luces, me dejo envolver por el silencio del local.

En unas pocas horas, este lugar estará lleno de gente buscando su primer café del día antes de ir al trabajo, o los churros con chocolate que ni siquiera el calor de mayo puede arrebatarnos a los valencianos. Sonrío al recordar que, a los diez años, no concebía empezar el día sin mancharme los labios —y, por supuesto, la ropa—. Era adicta a tomarlo, y, aunque ahora intento mantener la línea, no he cambiado tanto.

—¿Otra vez soñando despierta? —me pregunta mi padre, rompiendo el silencio mientras conecto la cafetera.

—Qué va, solo disfrutaba del silencio —respondo con una sonrisa—. Estaba pensando en mis desayunos de cuando era pequeña. A mamá le encantaba malcriarme, y mira para qué le sirvió. —Pongo ambas manos sobre mi trasero con una mueca divertida—. Esto no lo arreglan ni cien sentadillas.

—Tampoco es que las necesites, hija. Eres preciosa así como estás.

Su sonrisa, cálida y sincera, me hace suspirar mientras aparto los recuerdos por un rato. Hay trabajo por hacer. Todo está amontonado a un lado, y antes de que los clientes empiecen a llegar, debo ordenar las mesas y dejarlas listas. Desde que mi madre falleció, esa tarea recayó en mí. Mi padre, aunque tiene la energía de un joven de veinte años, no puede hacer mucho debido a la lesión en su espalda, fruto de los meses en que cargó con mamá mientras estuvo enferma.

—Bueno, yo voy a ponerme a hornear la bollería. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

—No te preocupes —le doy un beso en la mejilla—. Puedo con todo.

Trabajar con mi padre comenzó como una necesidad. Mi intención era estudiar Bellas Artes y dedicarme a pintar, pero cuando mamá enfermó y él necesitó ayuda, abandoné todo para quedarme aquí. Han pasado más de tres años desde entonces, y, aunque al principio lo sentí como un sacrificio, terminé cogiéndole cariño a este lugar. Rumore se ha convertido en un segundo hogar, un refugio donde la gente viene a reunirse, ver un partido de fútbol, relajarse o incluso trabajar.

En tan solo diez minutos, el ambiente ya se ha llenado con el característico aroma a dulce. Abro las ventanas para que se ventile un poco, mientras pongo algo de música para acompañarnos antes de que empiece la jornada.

—¿Sabes lo que podríamos hacer un día de estos? —le digo, apareciendo por la cocina, rompiendo el silencio mientras me llevo un par de nueces a la boca.

—¿Qué?

—Renovar un poco esto. Cambiar la decoración, darle un aire más moderno… No sé.

—Ya lo hicimos cuando colgamos tus cuadros —me recuerda. Hago un puchero, pero él continúa—. Además, Rumore no necesita modernidad. Lo importante es que el café esté bueno y que la gente se sienta como en casa.

—Sí, pero… —me detengo, eligiendo las palabras con cuidado—. El mundo cambia, papá. Si queremos atraer a más gente, especialmente de mi generación, tenemos que adaptarnos. Quizá podríamos pedirle ayuda a Pablo; ya sabes que se le da bien todo lo de las redes sociales.

Él me mira, pero no responde. No es raro en él. Mi padre siempre ha sido un hombre de pocas palabras. Sé que está reflexionando porque frunce ligeramente el ceño mientras coloca algunas ensaimadas en el horno y mide la temperatura para que estas se horneen de la mejor manera.

—Quizá tengas razón —admite al fin—. Pero no quiero que la cafetería pierda su esencia. Tu madre puso todo su corazón en este lugar, y lo último que quiero es convertirlo en una de esas cafeterías del centro.

La ausencia de mi madre sigue pesando mucho en nuestras vidas, especialmente en la de mi padre. Los dos abrieron Rumore con la esperanza de un futuro feliz, y, aunque ella ya no está, puedo sentir su presencia en cada rincón: en los geranios que cuelgan de la fachada, en la mantelería verde esmeralda que eligió con tanto cuidado para las mesas. Pero los tiempos cambian, y sé que llegará el momento en que este lugar será mío y también de Pablo. Aunque él ya tiene bastante con lo suyo.

—Te prometo que no perderá su esencia —le aseguro—. Solo ajustaremos algunas cosas.

—Hablaremos de eso más adelante —responde con una sonrisa que sugiere que no tiene prisa en tomar decisiones—. Ahora, ayúdame con esto. Y ten cuidado de no quemarte.

. . .

Son las 9:00, el rótulo de la cafetería ya está encendido y el aroma del café recién hecho comienza a impregnar el ambiente. Algunas mesas están ocupadas; Alfaro, un hombre mayor con el rostro marcado por las arrugas y su inseparable bastón, disfruta de su tostada con mermelada como si no las desayunara a diario. Mi padre se seca las manos con un paño y se toma unos minutos para sentarse con él, compartiendo una conversación ligera repleta de risas. Son amigos desde hace más de veinte años, compañeros de la misma peña valencianista, y supongo que estarán hablando del último partido.

Mientras ellos disfrutan, yo aprovecho para acercarme a algunas mesas y llevar un par de desayunos más. Mis ojos se detienen en las fotografías que decoran las paredes: algunas antiguas, otras más recientes, momentos congelados en el tiempo que cuentan la historia de cómo comenzó todo. Mis padres eran muy jóvenes cuando dejaron Málaga, con la ilusión de un nuevo comienzo latiendo en sus corazones. Han pasado más de cincuenta años desde entonces, y el amor que sentían el uno por el otro es lo que otorgó a este rincón de Valencia esa magia que lo hace especial.

Regreso al mostrador justo cuando lo hace mi padre. No tarda ni un segundo en preparar otra taza de café, colocándola con cuidado sobre un plato. Lo observo en silencio, moviéndose como pez en el agua, con esas manos arrugadas y manchadas por los años. Lleva tanto tiempo trabajando aquí que no puedo imaginarlo haciendo otra cosa.

—¿Ya le has servido a Martín la tostada con tomate? —pregunta sin levantar la vista.

—Sí, y le he puesto el carajillo de siempre —respondo mientras me apoyo en la barra—. Aunque creo que le gusta más el que preparas tú.

—No te preocupes por eso.

—¿Alfaro está bien? Lo veo cojear un poco más últimamente —comento, mirando hacia el hombre—. Su hijo me dijo que se pegó un batacazo que casi le cuesta la rodilla.

—De eso mismo hablábamos. Al parecer, se cree un jovencito y no se da cuenta de que su cuerpo ya le está pidiendo un descanso —dice, y luego me observa con intensidad—. A todos nos llega la hora.

—¿A ti también? Porque yo no te imagino haciendo otra cosa.

—No puedo jubilarme si mi hija, la única a la que le puede interesar esto, no se siente segura del todo —responde con una sonrisa amable, aunque hay algo en su mirada que me preocupa—. Sé que, aunque Rumore es tu hogar, aún no te sientes tan a gusto como deberías.

—No es eso… —intento protestar, pero me interrumpe con un pequeño gesto.

—Sé que te esfuerzas mucho por ayudarme, por ocupar el lugar que dejó tu madre, y

te estoy muy agradecido. Pero soy tu padre, y no puedo evitar desear que seas completamente feliz.

Lo miro sin saber qué decir. Quiero explicarle que no es incomodidad lo que siento, sino una sensación de vacío, de que me falta algo. Tal vez solo necesito que Rumore sea tan mío como lo fue de ellos, ver que lo que me rodea me pertenece, que habla de mí y no de su historia.

—A veces… siento que estoy algo perdida —admito al final—. Después de la carrera, lo de mamá… es como si me faltara algo. No sé.

—Es normal sentirse así, cariño —dice con serenidad. Por un momento, el ruido de la cafetería parece desvanecerse—. Pero no te apresures en encontrar la respuesta. A veces, lo que necesitas está justo delante de ti, esperando a que lo veas.

Sus palabras me dejan pensativa. Mientras atiendo a un grupo de estudiantes que acaban de entrar riendo y bromeando, no puedo evitar observar lo que me rodea. Preguntándome si, en algún momento, a través de esa puerta, aparecerá algún día aquello que tanto busco y necesito.



4

EL REENCUENTRO

Unas horas más tarde

JULIA

Lo último que esperaba al contarle a mi padre la loca sugerencia de Estefi sobre abrir un restaurante juntas era que se pusiera a darle vueltas al tema y, de paso, a organizarme un poco la vida. No me molesta que le ilusione la idea de verme trabajando en mi propio restaurante aquí en Valencia, y menos aún que la idea implique a Estefi, a quien considero una hermana. Pero necesito tiempo. Tiempo para recolocar las piezas que ahora mismo están revueltas y decidir si esto es realmente lo que quiero.

—Estoy seguro de que Marcos puede echarnos una mano. Si no recuerdo mal, el local de la plaza lleva cerrado más de dos años, y el comprador colocó un cartel de «Se vende» hace poco —comenta mi padre con entusiasmo, como si su amigo de toda la vida supiera cada cosa de lo que sucede en el barrio—. No sé si estará él o Emma a esta hora, pero sea quien sea, encontraremos lo que buscamos.

Asiento, aunque no estoy segura de si me apetece mucho un reencuentro en este momento. Han pasado años desde la última vez que vi a Emma. La Emma de mi infancia, con su pelo alborotado color caramelo, sus ojos miel y las rodillas raspadas, pertenece a un mundo que ya no tiene nada que ver con el mío. La adulta que probablemente encontraré hoy… no sé ni qué esperar de ella.

—¿Estás bien, hija? —pregunta de repente mi padre, rompiendo el silencio.

—Sí, tranquilo… —respondo más por inercia que con convicción.

Las tardes en Valencia tienen un aire especial, con ese sol cálido que poco a poco se va apagando mientras la ciudad cobra vida. Cualquiera que haya estado en esta parte del Mediterráneo sabe que en verano no puedes salir hasta que el sol empieza a bajar. De lo contrario, terminas abrasado, como un pollo chamuscado, sin embargo, a estas alturas del año aún se puede respirar.

Al llegar a la cafetería, veo a través de los ventanales la luz cálida de la iluminación

interior. Las mesas están llenas; las personas disfrutan de otra tarde de primavera, charlando y relajándose como si estuvieran en casa. Desde mi posición puedo distinguir a Sarah moviéndose entre las mesas, sirviendo los pedidos con una sonrisa fácil. Detrás de la barra está Marcos, siempre ocupado. Emma no parece estar, y eso, en parte, me alivia. No sé si estoy preparada para enfrentarme al pasado, y suelto un suspiro con el que me animo a seguir caminando hacia adelante.

EMMA

Recuerdo perfectamente el día que le propuse a mi padre ampliar la carta de Rumore para incluir tapas calientes. Fue una locura, pero ahora, cuando la clientela aumenta y la cafetería está a rebosar, no puedo evitar sentirme orgullosa. Aunque, claro, también significa que no he parado en todo el día. Solo he descansado lo justo para devorar un bocadillo especial de calamares, y menos mal, porque si no, me habría caído redonda del agotamiento.

Son las ocho de la tarde, y el trajín de personas no ha cesado ni un momento. En esta época del año, el ir y venir es constante, y aunque no me quejo, estoy deseando darme una ducha y tumbarme en la cama para dormir hasta el día siguiente.

Tengo la parrilla llena con varias longanizas para un par de bocadillos, mientras intento que no se me quemen unos huevos revueltos con setas en la sartén de al lado. No sé en qué momento se me ocurrió ofrecerme como la cocinera oficial de Rumore, porque está claro que no doy abasto. Mi padre hace lo que puede, y Sarah, con su media jornada, ayuda bastante, pero no es suficiente. A este ritmo, tendremos que contratar a alguien más.

—¡Vicente! ¿Qué haces por aquí a esta hora? —La voz de mi padre me saca de mis pensamientos, llamando mi atención desde fuera de la cocina.

Intento asomarme por la puerta, pero con todo lo que tengo entre manos, desisto y sigo cocinando.

—¿Hoy estás solo? ¿No está tu hija? —Escucho que le preguntan desde el salón.

—¡Estoy aquí dentro atrapada entre longanizas! —grito, y la risa de mi padre resuena hasta donde estoy.

Con los bocadillos listos y la tapa servida, salgo de la cocina con una sonrisa de oreja a oreja. Sin embargo, esa sonrisa se desvanece en cuanto cruzo la puerta y me encuentro con unos ojos castaños que no veía desde hace demasiado tiempo.

—Julia… —Su nombre llega a mi mente como un susurro, cargado de recuerdos difusos y sentimientos que han permanecido dormidos durante años.

Está ahí parada, tal como la recordaba, pero al mismo tiempo diferente. Ahora tiene el pelo más corto, y su expresión, una mezcla de incomodidad y confusión, me dice que tampoco estaba preparada para este encuentro.

—Julia, ¿recuerdas a Emma? —dice Vicente, colocando una mano sobre el hombro de su hija—. Acaba de regresar de Lyon, y espero que se quede en Valencia mucho tiempo.

Ella le lanza una mirada incómoda a su padre antes de dedicarme una sonrisa simple. Somos dos desconocidas, unidas por un hilo que el tiempo y la vida se encargaron de enredar y esconder.

—Te veo bien… —dice al final, metiéndose las manos en los bolsillos de sus bermudas.

—Y tú —respondo, tratando de sonar tranquila, aunque mi nerviosismo me traiciona. Justo en ese momento, el plato con los huevos revueltos se me resbala de las manos y se estrella contra el suelo, haciéndose añicos—. ¡Maldita sea! ¡Ahora me tocará cocinarlos de nuevo!

Hay muchas maneras de reencontrarte con alguien del pasado, pero la mía parece demostrar que sigo siendo la misma torpe de siempre.

JULIA

Nada ha cambiado. Emma, tras su torpeza inicial, evita mirarme a los ojos, y me hace sentir incómoda. Mi padre y Marcos siguen hablando como si nada, como si no existiéramos en esta burbuja extraña que se ha formado desde que atravesamos la puerta. Ya no somos las mismas niñas que compartían onzas de chocolate en el recreo o intercambiaban colores en clase de plástica. Hemos crecido, más de lo que imaginábamos, y nada de eso se puede cambiar.

—Bueno, bueno, no os quedéis ahí de pie. Sentaos en una de las mesas; os traeré algo de picar —dice Marcos de pronto, rompiendo el silencio con su energía de siempre—. ¿Una cerveza y una ensaladilla?

—Para mí un refresco de limón —respondo rápidamente, y noto cómo Emma me mira de reojo, recordando, seguro, que siempre me ha gustado.

Nos sentamos en un rincón de la cafetería, y mientras desconecto del momento, mi mirada se pierde a través de la ventana. Al otro lado de la plaza, el local vacío está iluminado por las farolas, con el letrero de «Se vende» colgando en uno de los grandes ventanales de cristal. Mi mente comienza a divagar, y en cuestión de segundos, puedo imaginar las luces, el trajín de las cocinas, las personas entrando y saliendo de mi restaurante…

—Es grande, ¿verdad? —comenta mi padre, sacándome de mi ensoñación. Asiento con la cabeza, aún distraída—. Lo mejor es que no tendréis que hacer instalaciones. Si no recuerdo mal, era una arrocería antes de cerrar.

—¿Y sabes por qué tuvieron que echar el cierre? —pregunto, intrigada.

—El dueño murió y sus hijos no quisieron cargar con el negocio —responde Marcos,

tomándome por sorpresa.

—No todos tienen tu suerte, amigo —añade mi padre, mientras Emma, desde la barra, me lanza una mirada que no sé cómo interpretar—. Mi hija y su amiga están pensando en abrir un restaurante, y les dije que tú podrías ayudarnos. ¿Sabes cuánto piden por el local?

—Hace unas semanas me crucé con Paula, la hija de Ramón, el antiguo dueño —interviene Emma en el momento que se acerca a nuestra mesa y sirve lo que ya parece nuestra cena—. Me dijo que ella y sus hermanos estaban dispuestos a regalarlo con tal de quitárselo de encima.

—¿Y tú te hablas con esa tal Paula? —le pregunto, notando cómo sus mejillas se tiñen de un rojo espectacular.

—Fuimos compañeras de instituto. Hablamos a diario —responde con naturalidad —. Los buenos amigos se mantienen con el paso del tiempo. Aunque no siempre se dé el caso, ¿verdad?

Abro la boca, pero antes de que pueda responder, Emma se marcha sin más. No puedo evitar soltar una risa nerviosa. Marcos y mi padre me miran extrañados, pero ignoro sus expresiones y me levanto para ir tras ella. Mientras ellos siguen conversando, yo admito para mis adentros que esa respuesta no la esperaba. Emma y yo éramos muy buenas amigas, pero entre unas cosas y otras, dejamos que nuestra relación se desmoronara.

—Ey. —La detengo, sujetándola suavemente del brazo—. No pretendía molestarte.

—No lo has hecho. —Se suelta con rapidez y camina hacia la barra—. Además, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, ¿no? ¿Cuánto? ¿Diez años?

—Creo que unos cuantos más.

—Somos dos completas desconocidas —me recuerda con indiferencia.

—Aunque tú no has cambiado mucho —digo, intentando captar su atención—. Sigues igual que como te recordaba… y en la cafetería de tu padre.

—No todas tenemos la suerte de vivir años fuera, lejos de la familia, cumpliendo nuestros sueños —replica, cruzándose de brazos—. No entiendo cómo pudiste dejarlo todo para volver aquí.

—Vaya, las noticias vuelan…

—Sobre todo, estas —dice con una expresión exagerada, y ambas comenzamos a reír al unísono—. Pero no miento, no lo entiendo.

—Los ciclos terminan tan rápido como empiezan —respondo, sin entrar en detalles —. Necesitaba regresar y descubrir el camino a seguir.

—Pues espero que no dejes que tu padre sea el guía. Si se junta con el mío...

Sus risas se mezclan con las de nuestros padres al fondo. La Emma que tengo delante es distinta de la que recuerdo. Ahora hay en ella una seguridad que no tenía antes. Sin embargo, conserva esa calidez que siempre te hacía sentir a gusto. Me arrepiento de que nuestra relación se rompiera, pero tal vez eso era lo que necesitábamos: crecer, ser mejores y, finalmente, encontrarnos de nuevo.



5

RECORRER PARA RECORDAR

JULIA

Cuatro días más tarde

Han pasado unos días, y todavía me resulta extraño despertar rodeada de tanto silencio. Lo único que lo rompe son las campanas de la catedral marcando las ocho de la mañana. El aroma del café se filtra por debajo de la puerta de mi dormitorio, señal de que mi madre ya está en la cocina preparándolo. Estoy segura de que mi padre está en la terraza, regando las macetas como siempre.

Volver a casa fue mi única opción, pero ahora que estoy aquí, envuelta en una rutina que una vez fue mía, no puedo evitar sentirme fuera de lugar. Es como si hubiera regresado a un espacio que me es familiar pero en el que ya no encajo del todo.

Con el pijama todavía puesto y las huellas de una noche en vela dibujadas en mi rostro, decido enfrentarme al día con una actitud diferente. Quiero creer que este estado es pasajero, que pronto las cosas mejorarán y que lo único que debo hacer es no pensar demasiado. Pero cuando llego a la cocina, los recuerdos me golpean de lleno.

Frente a mis ojos no veo a mi madre, sino a ella.

Ser su compañera de piso fue lo que nos unió. Al principio éramos completamente incompatibles: ella, insoportablemente perfeccionista; yo, una obsesa del control. Pero las horas interminables en la academia de gastronomía y el tiempo lograron que nos aceptáramos. Nuestra relación cambió de rumbo una noche, durante una fiesta con nuestros compañeros, y a partir de ahí, mi vida nunca volvió a ser la misma.

—¿Hija? ¿Qué haces ahí parada? —La voz de mi madre me saca de mi ensoñación. Suelto un suspiro mientras ella se acerca y me da un beso cariñoso en la mejilla—. Tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes. Es que aún me cuesta pillarle el hueco al colchón —miento, dibujando una mueca en mis labios mientras robo un trozo de coca boba del centro de la mesa y me lo llevo a la boca Mis padres están encantados de tenerme de vuelta y hacen

todo lo posible para que me sienta cómoda, pero no tienen idea de lo rara que me siento en esta casa—. He pensado que hoy saldré a caminar un rato. Hace mucho que no paseo sin prisas por la ciudad.

—¿Ya has pensado dónde irás? —pregunta ella, mientras me siento en la mesa.

—No, aún no. —Niego con la cabeza.

—Bueno, solo recuerda que hemos quedado con Estefi para comer. Tu padre quiere enseñarle el local. Está convencido de que le encantará.

—¿Y a quién no? —ironizo, sirviéndome un poco de café—. Está en un lugar perfecto, con unas vistas preciosas. Además, es amplio y espacioso. Lo tiene todo.

Mi madre me observa apoyada en la encimera. Tiene ese gesto que mezcla curiosidad e intriga, y apostaría lo que fuera a que espera que le diga que ya me he decidido. Pero eso es imposible todavía. No puedo tomar una decisión cuando mi mente está llena de dudas y cuestiones sin resolver.

Apuro el café en un par de tragos, me doy una ducha y me visto. Cuando voy a despedirme, noto la preocupación en el abrazo que mi madre me da. Es el mismo con el que me recibió hace unos días, uno que parece querer decir que no sabe cómo ayudarme pero que está dispuesta a cargar con mi peso si hace falta. La estrecho entre mis brazos, cierro los ojos y, por un instante, muy breve, dejo a un lado mis problemas. Por un momento, me transformo en esa niña pequeña que siempre encontraba en ella un refugio cuando lo necesitaba.

La ciudad me recibe minutos después con una brisa fresca que descoloca a cualquiera que conozca el clima de esta época del año. El aroma a pan recién horneado se escapa de la panadería del barrio, mientras que el supermercado de la esquina ya está lleno de gente comenzando las compras de un sábado que, para mí, tiene un sabor extraño y liberador al mismo tiempo.

Estefi y yo hemos estado escribiéndonos durante la semana. Su situación en el restaurante empeora, y me preocupa que eso le robe más horas de sueño de las que ya ha perdido. Sé bien lo que es luchar contra un ambiente que te drena las fuerzas y la ilusión por lo que amas. Cuesta muchísimo seguir adelante cuando las cosas pesan tanto, y no quiero que pase por eso.

Caminar sin rumbo me resulta extrañamente liberador. Pasar por el mercado y dejarme envolver por las voces de los vendedores arranca una sonrisa que se mantiene en mis labios, a pesar del agobio que me produce el barullo de gente. No puedo evitar que mi mente vuele hacia mi vida en Lyon, a esa experiencia que me cambió para siempre. Pienso en sus calles empedradas, en los cafés llenos de risas, y en esas noches en las que todo parecía posible.

Soñaba con quedarme allí para siempre, porque sentía que era exactamente donde debía estar: junto a Jade, en mi casa, en el restaurante. Pero a veces los sueños no tienen nada que ver con la realidad, y yo me di cuenta de que las cosas allí no eran de color de rosa

cuando supe que las estaba disfrutando a solas.

Ella y yo fuimos muy felices. Al menos al principio. Su sonrisa, la forma en que me miraba, cómo lograba sacar lo mejor y lo peor de mí… Me encantaba aprender a su lado, perderme en sus ojos y en esas constelaciones que dibujaban sus mejillas.

Cierro los ojos, intentando bloquear los recuerdos, pero es inútil. Las discusiones, las miradas frías, la distancia… Todo vuelve a mí. La felicidad que compartíamos se convirtió en algo áspero, difícil de sostener. Y luego llegó aquella tarde. Desde entonces, he cargado con la sensación de que no sé si seré capaz de encontrar mi camino de nuevo.

Tras una hora de paseo, termino en el Jardín del Turia, un oasis verde que atraviesa la ciudad de norte a sur. El sol brilla con fuerza y algunas familias se reúnen a esta hora para disfrutar mientras que algunos corredores pasan a toda velocidad por los senderos que hay a mi alrededor. Decido sentarme en un banco bajo la sombra de un árbol y dejo que mi mirada vague a través de lo que me rodea.

Una parte de mí se pregunta si volveré a experimentar esa felicidad que iluminaba mis días, esa chispa que me daba fuerzas para levantarme cada mañana en Lyon. Pero la otra parte, la que guarda todas mis inseguridades, insiste en que era solo una ilusión pasajera, algo que nunca fue tan real como pensé.

Saco el móvil de mi bolsillo y reviso las fotos que aún conservo. Imágenes de una relación que sentí intensamente y disfruté como nunca. En una de ellas, Jade sonríe, y aunque me duele, yo también lo hago. No sé en qué momento todo se descarriló, cuándo nos convertimos en dos desconocidas.

Dejo escapar un suspiro y pienso en Estefi, en su propuesta. Es una gran oportunidad, pero también me aterra. No sé si puedo comprometerme con algo tan grande cuando ni siquiera sé quién soy ahora. Lo que más deseo es recuperarme, cerrar las heridas y encontrar de nuevo esa ilusión que ardía en mi pecho. Quiero volver a sentirme viva y tener la seguridad de que nada ni nadie podrá apagar mi felicidad.

Con ese pensamiento, empiezo a caminar de regreso a casa, aunque no tengo prisa por llegar, a pesar de que hemos quedado para comer. El sol está más alto ahora, y las calles están llenas de vida. Me cruzo con un grupo de turistas que intentan orientarse con un mapa, y me sorprendo a mí misma dándoles indicaciones. Nunca dejaré de sentirme orgullosa de esta ciudad tan maravillosa y de la forma en que, una y otra vez, enamora a quienes vienen a descubrirla.

Cuando estoy a punto de llegar a casa, doblo una esquina y aún inmersa en mis pensamientos, no veo a la persona que viene en dirección contraria hasta que es demasiado tarde. El choque es lo bastante fuerte como para hacerme tambalear y golpearme el codo contra la pared.

—¡Joder! Lo siento mucho, yo… —balbuceo mientras una oleada de calor sube a mis mejillas. Las palabras se atascan en mi garganta cuando levanto la mirada—. Emma…

Ella me observa con los ojos entrecerrados, como si intentara procesar lo que acaba

de pasar. Está vestida de manera sencilla: unos vaqueros cortos y una camiseta blanca que resalta su tono de piel. Su pelo le cae por los hombros en ondas suaves, y lleva una bolsa de pan bajo el brazo.

—¿Estás bien? —pregunta, señalando mi codo con una expresión de ligera preocupación.

—Sí, sí, estoy bien. Lo siento, iba distraída.

Deja escapar una pequeña risa, y algo en su gesto logra aligerar la tensión que siento en el pecho.

—Bueno, si querías atropellarme, al menos podrías haber avisado antes.

No puedo evitar reír, y ese simple intercambio me hace sentir extrañamente aliviada.

—Creo que eso es culpa tuya. No deberías caminar como si fueras la dueña de la calle.

—¿Yo? ¡Qué descaro! —exclama, llevando una mano a su pecho con fingida indignación.

Nos quedamos mirándonos por un instante. Aunque no lo digo en voz alta, siento que este encuentro, por casualidad o destino, era justo lo que necesitaba.

—Bueno, tengo que regresar a la cafetería —dice finalmente, ajustando la bolsa de pan bajo su brazo—. Nos hemos quedado sin pan, y seguro que mi padre ya está esperando. Nos vemos.

—Sí, claro. Que todo vaya bien.

Emma me dedica una sonrisa antes de darse la vuelta. Me quedo ahí, en mitad de la acera, observándola mientras se aleja. Hay algo en ella que me hace sonreír, quizá la seguridad con la que camina, o tal vez la forma en que, al llegar al final de la calle, se gira y me lanza otra sonrisa.

Apenas hemos hablado. No sé mucho sobre cómo le ha ido en todos estos años, pero por primera vez desde que regresé a Valencia, me descubro queriendo saber más.



6

ENTRE CAFÉS Y REFLEXIONES

Unas horas más tarde

EMMA

El sol apenas asoma por los ventanales, pero la cafetería ya está en pleno movimiento. El aroma a café recién hecho y la mantequilla de los cruasanes que ha horneado mi padre inunda el ambiente, convirtiendo este espacio en un hogar cálido y reconfortante. Es sábado, uno de los días más intensos de la semana. Los clientes entran y salen sin cesar: algunos con prisas, apurando su primer café del día, otros disfrutando con calma del desayuno.

Después de que mi padre me mandara a por pan esta mañana, llevo horas sirviendo cafés sin descanso. Lo único que me saca de esta rutina es la mirada exasperada de Sarah, que se acerca con una bandeja medio llena y un gesto de agotamiento en el rostro.

—Emma, ¿puedes ayudarme con la mesa ocho? Me han cambiado el pedido tres veces, y ya no sé si quieren churros o los bollos de la vitrina.

—Ya voy yo, no te preocupes —respondo, atándome el delantal a la cintura y sujetando la libretilla para anotar el pedido—. Ve a la terraza y recoge las mesas.

Sarah asiente agradecida y se dirige al exterior, mientras yo me acerco a la mesa que me ha dicho. Está ocupada por una familia con varios niños que no paran de moverse ni un segundo. Les regalo una sonrisa cuando llego y, mientras tomo nota, les explico con paciencia que deben decidirse antes de que empiece a preparar su pedido. Una vez que consigo apuntarlo todo, regreso tras la barra y dejo que mis pensamientos me envuelvan mientras organizo las órdenes.

Desde hace días, no puedo parar de darle vueltas a algo que mi padre me dijo: «Yo sé que, aunque Rumore es tu hogar, aún no te sientes tan a gusto como deberías». Esas palabras me han calado hondo, sobre todo porque tienen razón. He crecido aquí, detrás de la barra, en la cocina, estudiando en una de las mesas del rincón. Este lugar ha sido el escenario de mis cumpleaños, de algunas fiestas locas y de los aniversarios de mis padres.

Es mi segunda casa, sí, pero a veces también me parece una jaula.

. . .

El reloj marca las doce cuando decido tomarme un descanso y dejo que Sarah se encargue del mostrador. Mi padre ha regresado del mercado con algunas cosas que pedimos ayer, y yo me siento en una de las mesas junto a la ventana. Una taza de chocolate caliente y un par de magdalenas se ocupan de llenar el vacío de mi estómago. Desde aquí, observo cómo la luz del mediodía dibuja patrones en el suelo, jugando con las sombras y dándole al lugar un aire tranquilo y cálido.

Rumore está lleno de recuerdos. Cada rincón guarda momentos que han definido mi vida. La barra, donde aprendí a preparar mi primer café con leche a los doce años. La mesa del fondo, donde mis padres se sentaban cada noche a contar el dinero de la caja antes de cenar. La pared de las fotografías familiares, que desarmé un poco para colocar mis cuadros. Por mucho que ame este lugar, a veces me siento pequeña y atrapada entre estas paredes que han sido testigo de tanto.

No dejo de preguntarme si esto, el sueño de mi padre, es también mi destino. La pregunta no deja de taladrarme las sienes: ¿Es esto todo lo que me espera? Trabajar en Rumore ha sido toda mi vida, pero últimamente siento que me falta algo. Es como si estuviera esperando que algo —o alguien— aparezca para sacudirme de este letargo.

Quizá por eso el choque con Julia me dejó tan sorprendida. Fue extraño, incómodo, pero también divertido y familiar. Más allá de sus ojos oscuros, reconocí a la niña que lo analizaba todo y que tanto me hacía reír. Ahora, mientras disfruto de este segundo desayuno, no puedo evitar pensar en ella. En cómo nuestra breve conversación me dejó una sensación cálida en el pecho. Incluso me giré al final de la calle para asegurarme de que seguía ahí, como si ella también quisiera comprobar que todo había sido real.

Desde mi asiento, observo a Sarah limpiando las mesas. Mi padre está en la cocina, concentrado en las tapas que serviremos hoy en el menú del mediodía. Aún recuerdo cuántas veces se negó a mi idea de incluir una carta más elaborada, y ahora, no para de sugerir recetas nuevas que añadir.

Cuando regreso a la barra, dejo escapar un suspiro mientras abro el lavavajillas y amontono las tazas recién salidas sobre la cafetera. En cosa de unas semanas, cerraremos Rumore para tomarnos unas pequeñas vacaciones. La idea de echar el cierre me alivia más de lo que quisiera admitir. Necesito desconectar y reflexionar sobre lo que realmente quiero y necesito para sentirme satisfecha conmigo misma. Años atrás, estaba convencida de que estudiar Bellas Artes era mi camino, que había encontrado mi gran pasión. Pero luego llegó lo de mi madre, y comprendí que no podía hacer lo mismo que mi hermano: mudarme a otra ciudad y dejarlo todo atrás.

Estoy de espaldas, colocando todo en su sitio, cuando el tintineo de la campanilla de la puerta me saca de mis pensamientos. Al girarme, veo entrar a Julia acompañada de Estefanía. Esta última ya se ha convertido en una clienta habitual, y Sarah parece encantada

con ello. Me pregunto si ya se han animado a conocerse más allá de los cafés y las risas que comparten de vez en cuando.

Rumore no deja de sorprenderme. Porque, pase el tiempo que pase, este lugar siempre encuentra la manera de reunir a personas desconocidas, envolviéndolas en su magia. Es un hechizo que las acompaña más allá de la puerta, invitándolas a amarse para siempre, tal como lo hicieron mis padres durante toda su vida.

JULIA

Apenas estaba entrando en casa cuando recibí un mensaje de Estefi, invitándome a desayunar antes de la comida con mis padres. Al parecer, las cosas en su trabajo han llegado a un punto insostenible.

—Busca una mesa; iré a hablar con Emma un momento —le digo al entrar en la cafetería.

Sarah entra poco después que nosotras, y Emma me recibe con una sonrisa en cuanto me acerco al mostrador.

—Ya es la segunda vez que nos vemos hoy… —dice, cruzándose de brazos mientras se apoya en la barra.

—Parece que estamos destinadas a encontrarnos. —Levanto las cejas y ambas comenzamos a reír. Cuando me giro, noto que Estefi y Sarah están hablando. Por el gesto de mi amiga, sé que está disfrutando de la conversación y que la cercanía de ella le viene bien —. Siento el choque de esta mañana.

—No hay nada que disculpar. Ambas íbamos despistadas.

—Sí, bueno… —Hago una pausa. Por primera vez desde que llegué, siento ganas de abrirme con alguien más allá de Estefi, de dejar escapar parte de lo que me atormenta. Sin embargo, me quedo en silencio hasta que el aroma a tortilla de patatas con cebolla, proveniente de la cocina, me roba toda la atención—. ¿Desde cuándo cocináis en Rumore? El otro día, cuando vine con mi padre, me quedé sorprendida.

—Ah, eso… —Emma suelta una risa ligera—. Fue una idea que le propuse a mi padre. La plaza atrae a mucha gente, y pensé que algo más que café y bollería podría ser bueno para el negocio. Y ya ves…

—Es una gran idea —afirmo, dedicándole una sonrisa sincera—. Bueno, ¿me sirves unas cervezas y algo de picar?

—Ve a la mesa. Ahora os lo llevo.

Antes de dejar la barra, golpeo suavemente la madera con los dedos, y Emma me dedica un guiño que me arranca una sonrisa. Cuando llego a la mesa, Estefi me observa con una mirada cómplice y exagerada, haciendo ojitos.

—Deja de ponerme esa cara y cuéntame. Me dejaste preocupada con tu mensaje de ayer.

Estefi suelta un suspiro pesado, recostándose contra el respaldo de la silla. Se pasa las manos por el pelo en un gesto de cansancio, suelta sus gafas sobre la mesa dejando al descubierto unas ojeras marcadas que me recuerdan a las manchas de un mapache y suspira. Su mirada está manchada de preocupación, y no me gusta nada.

—Raúl ha echado a Ismael a patadas —comienza, como si ya supiera que sé quiénes son. Su tono está cargado de frustración—. Ya sabes, mi jefe y el chico que lleva más de un año trabajando conmigo. No sé qué han hecho para que Raúl decidiera humillarlo delante de todos los clientes. ¡Es absurdo!

—Pero… —Parpadeo varias veces, intentando comprender—. ¿Ha hecho algo malo o simplemente…? —Hago un gesto vago con la mano.

—Ismael es estudiante. Tiene un horario limitado, y Raúl lleva insistiendo en cambiarle el contrato para meterle más horas.

—E imagino que Ismael no ha aceptado.

—¡Es lógico! —exclama, visiblemente afectada—. Joder, el chico cumple sus horas, es puntual, no falta nunca y es un excelente pinche. Y va Raúl y lo despide porque piensa más en su formación que en los caprichos del restaurante.

Estefi bufa, frotándose las sienes. La paciencia que normalmente la caracteriza parece haberse esfumado, y temo que esta situación termine por quebrarla.

—Escúchame, ¿has pensado en rescindir tu contrato? —le pregunto, tomando sus manos entre las mías. Busco su mirada, intentando transmitir calma—. Sé que podrías perder el finiquito, pero a estas alturas, tu salud mental es más importante que cualquier cosa.

—No puedo más…

—Estefi… —Le acaricio la mejilla, intentando borrar el gesto de tristeza de su rostro —. Anímate, las cosas mejorarán. Te lo prometo. Solo tienes que creerlo, y pasará.

—Gracias…

Mi amiga aprieta mis manos con fuerza y, en un gesto cargado de cariño, me da un beso en una de ellas. Somos como hermanas, y verla así me parte el alma. No puedo quedarme de brazos cruzados. Y aunque aún no estoy completamente segura de nada, decido jugar mi mejor carta para intentar animarla.

—Además, piénsalo: cuanto antes salgas de ese infierno, antes podremos ponernos con nuestro proyecto.

Estefi alza la mirada y sus ojos brillan con un destello de emoción que no veía desde hace días.

—¿¡De verdad!?

—Aún no lo he decidido del todo, pero no puedo hacerlo sola.

Cuando se levanta para abrazarme, siento una calidez especial en el pecho. Sé que estoy haciendo lo correcto a pesar de mis miedos. Por primera vez en mucho tiempo, estoy aprendiendo a dejar que las oportunidades lleguen a mí, sin buscarlas con desesperación. Agradezco los cambios, los abrazo y los voy incluyendo en mi día a día. Porque, al final, cada despertar trae consigo algo nuevo, algo que me acerca a la vida que quiero construir y Estefi forma parte del conjunto de personas que deseo que se queden conmigo.

EMMA

Hay cosas que no puedo evitar, y una de ellas es poner toda mi atención en la conversación que Julia está teniendo con su amiga. En el pasado, cuando éramos niñas, nos tratábamos de esa manera: nos abrazábamos, nos reíamos, y nos confesábamos un millón de cosas la una a la otra. Ella era mi cómplice, mi refugio, la persona con la que podía compartir todo sin miedo. Y ahora… bueno, ahora no puedo evitar sentir celos. Es extraño, lo sé, pero las emociones son así. No se pueden controlar, aunque se quiera.

Cuando tengo todo listo, sujeto la bandeja con cuidado y camino entre las mesas hasta la suya. Julia y Estefanía están inmersas en su conversación, y por un momento dudo si interrumpirlas. Aun así, hago mi trabajo: coloco las tapas en el centro y las cervezas frente a cada una.

Ni siquiera soy capaz de decir algo más allá de un simple:

—Disfrutad.

Mi voz suena arrastrada, casi sin energía, y me doy cuenta de que apenas las miro mientras regreso a la barra. Me siento como una niña de ocho años, incapaz de manejar mis propias emociones. No sé por qué tengo tantos celos de que posean una relación tan cercana. Tienen todo el derecho, pero también yo de verme inmersa en este ataque de celos.

Intento convencerme de que es una actitud absurda, aunque no puedo evitarlo y en un brote repentino de nervios, cojo un trapo y atravieso la cafetería hasta la terraza. El aire fresco me envuelve, pero no basta para calmarme. Aun así, me pierdo entre las mesas vacías, limpiándolas de manera mecánica mientras intento ordenar mis pensamientos.

Aquí, alejada del bullicio y de esa conversación que no quiero oír, me pregunto qué me pasa. Por qué esa mezcla de nostalgia, celos y algo que no sé identificar me está revolviendo tanto por dentro. Julia puede tener todas las amigas que le dé la gana. Sin embargo, cuando la miro desde la calle, reconozco ese amor que sentía por ella y que creía muerto. Y en un abrir y cerrar de ojos, mi mundo y toda mi vida cambia.



7

LA MAGIA DEL MERCADO

JULIA

Valencia. 24 de abril, 2025

Es jueves, y como cada semana, el mercado central de Valencia está lleno de vida. A derecha e izquierda, los puestos ya están en plena marcha, exhibiendo la mejor fruta y verdura de la temporada. En el aire flota el aroma dulce de los melocotones, y el color rojizo de las primeras fresas del verano llama mi atención desde lejos. Siempre me ha apasionado perderme en este lugar, pero fue durante mi tiempo en Lyon cuando este gusto mío se convirtió en una pequeña tradición personal.

Ahora, rodearme de tanto ruido, del ir y venir de la gente, me ayuda a centrarme en el presente, a aclarar mis pensamientos y tratar de averiguar cuál es el próximo paso que debo dar para alcanzar esa felicidad que tanto ansío.

Han pasado cinco días desde que le dije a Estefi que la idea de tener el restaurante juntas me gustaba, y no he dejado de darle vueltas al asunto. Ella es una chef excelente, sin duda, pero nunca ha estado en sala ni ha gestionado un negocio como tal, y eso me preocupa. Ahora mismo, solo somos dos cocineras con un sueño en común. Mi padre, siempre optimista, dice que iremos resolviendo las cosas poco a poco y que lo más importante ahora es conseguir un crédito para comprar el local y hacer los arreglos necesarios. Pero yo no puedo evitar pensar en todas las variables, en los «y si no funciona». Necesito saber que podemos hacerlo bien, para estar tranquila del todo.

Guiada por la curiosidad y la intención de mimar a mis padres, termino frente al mostrador de una charcutería, dispuesta a comprar algo de jamón y queso. Desde que llegué, no han dejado de consentirme con todo lo que me gusta, y creo que es hora de devolverles un poco de ese cariño. Mi padre siempre disfruta picoteando con un chato de vino y unas aceitunas, y ya estoy deseando ver la expresión en su rostro cuando me siente con él esta noche en la terraza.

Tras hacer mi pedido, vuelvo a la sección de frutería para comprar algo con lo que preparar una macedonia. Es el postre favorito de mi madre, y quiero que los dos sonrían un

poco más hoy. Pero antes de llegar al puesto, una figura familiar llama mi atención, y no puedo evitar ser yo quien sonríe esta vez.

No dejamos de coincidir últimamente, y resulta tanto cómico como curioso.

Emma está inclinada sobre un montón de naranjas, examinándolas con atención y llevándose alguna que otra a la nariz. Estoy casi segura de que está buscando las más dulces para hacer zumo, y no puedo evitar imaginarla detrás de la barra de Rumore o en su pequeña cocina, disfrutando de lo que hace.

Me quedo inmóvil a unos pocos metros de ella, bloqueando sin querer el paso de algunas personas, que me empujan suavemente para continuar su camino. Hay algo en su postura relajada, en la forma en que su pelo se escapa de su coleta, que captura mi atención y me tensa al mismo tiempo.

Dudo por un momento si debería saludarla o seguir mi camino. Pero antes de que pueda tomar una decisión, Emma levanta la vista y nuestros ojos se encuentran.

—¿Otra vez? —pregunta, dejando escapar una risilla. Su tono es ligero, divertido—. Vale que seamos vecinas, pero esto… —añade, gesticulando con gracia—. Parece que no podamos evitar encontrarnos.

—Es como si nos estuviésemos persiguiendo —bromeo, y su sonrisa se amplía.

—O quizá es el destino que nos quiere ver juntas —me responde, provocando que una sensación extraña nazca dentro de mí.

—¿Comprando para la cafetería?

—No. Estoy buscando la fruta perfecta para la tarta de cumpleaños de mi padre este año —responde, mordiéndose ligeramente el labio con aire pensativo—. El año pasado le hice una de queso con grosellas, pero esta vez… estoy perdida. Mi madre siempre tenía más idea que yo para estas cosas, y quiero que sea especial, así que no sé.

—Esas naranjas tienen muy buena pinta —digo, señalándolas con el dedo—. Podrías hacer una mousse. De esas que tienen base de galleta y una capa de gelatina encima. Te prometo que están deliciosas y que a tu padre le encantará.

—¿Tú crees? —pregunta con un destello de duda en sus ojos.

—Si no sabes cómo hacerla, te puedo ayudar. —Me ofrezco, con un tono ligero—. Ahora tengo demasiado tiempo libre, y, la verdad, me vendría bien ocupar la cabeza en algo.

—¿Muchas cosas en las que pensar? —pregunta con una preocupación que parece sincera.

—Muchísimas. Pero no hablemos de eso ahora.

Emma me mira con curiosidad, pero no insiste. Yo tomo una de las naranjas y la llevo a mi nariz para olerla, imitando su gesto anterior. Su aroma fresco y la textura de la piel, que libera un ligero aceite cítrico, me hacen sonreír.

—¿Te parece si nos tomamos un café? —propone tras una breve pausa, encogiéndose de hombros con naturalidad—. Puedo robarme unos minutos más. Si quieres, claro… si no, no pasa nada.

—Claro que sí —le respondo con una sonrisa—. ¿Sabes si sigue abierto el bar que había por aquí?

—El tiempo ha pasado, pero hay cosas que nunca cambian.

Después de recoger una bolsa llena de fruta variada, seguimos caminando juntas hacia lo que resulta ser una pequeña joya escondida entre el bullicio del mercado. Las macetas colgantes, las mesas de madera y las luces cálidas le dan al lugar un aire bohemio, perfecto para esconderse un rato. Pedimos dos cafés y nos sentamos en una esquina tranquila, lejos del caos de los puestos. Por primera vez desde que regresé, tenemos la oportunidad de hablar sin interrupciones y aunque me apetecía, tengo miedo de por donde pueda ir la conversación.

—Entonces, cuéntame, ¿cómo te fue en Lyon? —pregunta Emma, con esa curiosidad tan característica de ella—. Tu padre nos contó que trabajaste en un restaurante estrella Michelin.

Sonrío casi por reflejo. Mi padre estaba tan emocionado cuando le conté esa noticia… No todo el mundo logra entrar a un restaurante así después de estudiar cocina. Fue un logro enorme, un momento en el que sentí que el destino me susurraba al oído que estaba en el camino correcto.

—A veces creo que mi padre es más chismoso que la Paquita. ¿Te acuerdas de ella? —comento entre risas, evocando a una de nuestras vecinas de la infancia—. Siempre asomada a la ventana de su salón. A todas horas.

—Esa mujer no tenía vergüenza —responde Emma, y ambas soltamos una carcajada.

Por un momento, el ruido del mercado desaparece, y nos concentramos en el café que tenemos entre manos. Entre nosotras, el tiempo parece haberse detenido.

—En Lyon las cosas fueron… —susurro, casi para mí misma—. De mejor a peor.

No dice nada, pero su postura cambia ligeramente. Apoya el codo en la mesa, con la barbilla descansando en su mano, como si quisiera absorber cada palabra. Desde mi silla, puedo ver ese lunar pequeño que decora su ojo izquierdo y esas pestañas rizadas que son una delicia.

—Estudiar cocina fue increíble. Era algo que siempre quise hacer, y cuando se lo comenté a mis padres, ellos no dudaron en apoyarme. Ya sabes cómo son. —Ella asiente con un gesto que me invita a seguir—. Gracias a mis notas, me ofrecieron un buen trabajo en Ineffable, y no pude negarme. Allí conocí a personas maravillosas y…

La imagen de Jade atraviesa mi mente como un rayo, y mi mirada se desvía hacia las personas que pasan junto a nosotros. La mención de todo lo bueno choca contra el dolor de lo que fue, y me cuesta sostener el hilo de mis palabras.

—Estoy segura de que fue una gran aventura —comenta Emma con ese brillo en los ojos que siempre la ha caracterizado—. ¿Y por qué regresaste?

—Bueno, ya sabes… —respondo, con una sonrisa que no alcanza mis ojos—. Estar lejos era complicado. A pesar de todas las cosas buenas, no todo salió como esperaba. Al final, decidí seguir mi corazón.

Emma asiente lentamente, como si entendiera mis palabras mejor de lo que esperaba. Pero sé que no es así. Apenas le he contado nada. No sabe que me enamoré, que fui engañada, humillada y destrozada. No solo me rompieron el corazón, también pisotearon mis sueños.

Por ahora, esas verdades permanecerán enterradas, donde todavía duelen menos si las mantengo calladas.

Los minutos pasan, y haberle contado a Emma sobre mi vida en Lyon ha removido cosas que prefería dejar dormidas. Al menos, por ahora. Hay sueños que comienzan y terminan, pero los más bonitos, los que más te llenan y emocionan, son también los más difíciles de olvidar. Yo había construido una vida en Lyon, una en la que me sentía casi francesa de adopción. Lo único que tenía que hacer era esforzarme y entregarme a mi trabajo, pero mi situación con Jade lo destrozó todo. El mundo que había sostenido con tanto cuidado se vino abajo.

Dejo de centrarme en mis pensamientos y pongo la atención en Emma, que me observa con curiosidad.

—¿Y tú? —pregunto, con la intención de cambiar el foco de la conversación—. ¿Qué ha sido de tu vida todos estos años?

La pregunta la toma por sorpresa, pero se recupera rápido. Se concentra en su taza de café durante unos segundos, como si buscara las palabras adecuadas. Hace tanto que no nos hemos visto que siento que estoy cruzando un terreno desconocido, pero me atrevo a respirar hondo y esperar.

—Bueno, después del instituto decidí estudiar Bellas Artes —comenta con naturalidad—. Ya sabes que siempre fui buena con las manualidades. Al final, me animé a dar el paso. Mi madre siempre me empujó a seguir mi corazón, y eso hice.

—Vaya… Bellas Artes… —repito, levantando una ceja con interés—. ¿Los cuadros que hay colgados en la cafetería son tuyos?

—¿Te has fijado en ellos?

—Es lo primero que vi la mañana que fui con mi padre —confieso mientras recojo mi pelo tras la oreja—. No recordaba haberlos visto antes, pero… —Me encojo de hombros —. No sabía que eran tuyos. Son muy buenos.

—Me costó muchísimo que mi padre aceptara colgarlos, ¿sabes? —dice con una pequeña risa, aunque hay un tinte de frustración en su voz—. Él evita todo lo que sea cambiar o mejorar la cafetería. Le cuesta mucho salirse de lo habitual.

—Y a ti eso no te gusta, ¿verdad? —Emma me mira sorprendida, como si le hubiera leído el pensamiento, y yo le sonrío—. No me mires así. Sabes que siempre he tenido buena intuición para estas cosas.

—No es que no me guste, es que… —Hace una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado—. Desde que murió mi madre, creo que él no es capaz de ver más allá. —Su mirada se nubla ligeramente, y yo mantengo el silencio, permitiéndole continuar—. A mí me encantaría cambiar el color de las paredes, ampliar la cocina, arreglar la terraza, dejar que mi hermano me ayudara con las redes sociales… Abrir la cafetería más al mundo. Pero él…

—Él vive en el recuerdo —interrumpo suavemente—. Y es comprensible. Rumore fue el sueño de ambos, y no tenerla a su lado… Imagino que mantener la cafetería igual es su manera de sentir que ella sigue allí.

Emma asiente con un leve movimiento, sus ojos reflejan una mezcla de comprensión y tristeza.

—A mí también me gustaría que ella estuviese aquí. La echo de menos cada día. Sobre todo, cuando levantamos la verja y abrimos la puerta de la cafetería. —Me sonríe con melancolía—. Estoy segura de que ella me apoyaría si le propusiera todos esos cambios.

—Quizá es por ahí por donde deberías empezar —sugiero, manteniendo mi voz serena—. Hazle ver a tu padre lo que tu madre habría pensado de esos cambios.

—No sé si eso funcionará —admite con un suspiro—. Ya sabes lo tozudo que es.

—Marcos te adora. Está orgullosísimo de ti, y sabe que tarde o temprano Rumore será tuyo. Hazle saber cómo te sientes. —Señalo con un dedo hacia su corazón—. Las emociones son lo más importante y lo único que es real en nosotros.

Emma asiente lentamente, sus pensamientos parecen estar lejos por un momento. Entre nosotras, el silencio que se forma no es incómodo. Es un espacio en el que ambas reflexionamos, cada una sumida en sus propios recuerdos y emociones.

El consejo que le he dado ronda mi mente, y por primera vez, me doy cuenta de que también debo aplicármelo. No voy a poder superar todo lo que arrastro si no lo suelto, si no dejo salir aquello que me atormenta.

—Es curioso… —digo al final, rompiendo el silencio—. Nos pasamos la vida dando tumbos, buscando lo que nos llene y nos haga felices. Aunque no tengamos ni idea de qué es eso exactamente.

—Supongo que sí —responde, con una pequeña sonrisa.

Nos quedamos así unos minutos más, hablando de cosas triviales y disfrutando de la tranquilidad del momento. El bullicio del mercado a nuestro alrededor nos recuerda que el tiempo no se detiene, que la vida sigue, aunque a veces parezca estar en pausa.

Cuando finalmente nos levantamos para irnos, siento que algo ha cambiado entre nosotras. No puedo describirlo con exactitud, pero es como si este encuentro, como tantas

cosas últimamente, pudiera ser el inicio de algo nuevo. Mientras caminamos juntas hacia la salida, no puedo evitar pensar que la vida tiene formas curiosas de poner a las personas en el camino correcto y lo que más deseo para nosotras dos, es que no tardemos mucho en divisarlo.



8

FRAGMENTOS ROTOS

JULIA

Valencia. 26 de abril, 2025

Desde que regresé a Valencia, el sonido del tren, monótono y distante, me persigue en sueños. Se desliza entre escenas que intento olvidar pero que se aferran a mí con fuerza. En Lyon vivía a un paso de la estación principal, y los trenes pasaban con tal regularidad que, con el tiempo, me resultaron reconfortantes. Desde las ventanas de mi apartamento, observaba el ritmo constante de una ciudad que nunca parecía dormir. Me fascinaba apoyarme junto al cristal, con un café caliente entre las manos, mientras contemplaba el ir y venir de las personas.

Es cierto que siempre eché de menos Valencia, a mis padres, a mis amigos, pero allí, en Lyon, me sentía libre. Libre de perseguir mis sueños, de construir una vida que siempre había anhelado y por un tiempo, creí haber tocado cada uno de esos sueños con la punta de los dedos.

Cierro los ojos y, aunque duele, dejo que el pasado me envuelva. Es como hurgar en una herida que aún no ha cerrado del todo. Mi padre me decía de niña que los problemas no dejan de existir cuando se huye de ellos, que deben enfrentarse para liberarse de su peso. Pero soy incapaz de regresar, mirarla a los ojos y hacerle saber lo mucho que me dolió todo aquello.

Revivo aquel día una y otra vez, como una película que no puedo apagar. Intento apartarla de mi mente, pero sigue ahí, tan presente que me eriza la piel.

Había pasado tres meses desde que me ascendieron a sous-chef en Ineffable, un puesto que había conquistado con sangre, sudor y demasiadas noches en vela. Mi cuerpo funcionaba al límite. Apenas comía a las horas normales, y cuando descansaba, mi mente estaba embotada con aromas, sabores y el estrés constante de la cocina.

Por suerte, Jade me esperaba en casa cada noche. Era lo único que me reconfortaba al final del día. Al abrir la puerta de nuestro pequeño apartamento, el primer abrazo

siempre venía del olor dulce de las velas de vainilla que tanto le gustaban. Ella solía estar en el sofá, con las piernas cruzadas y el portátil en el regazo.

—Ya estoy en casa… —dije aquella noche al entrar.

Ella levantó la mirada, sonrió, cerró el portátil y lo dejó a un lado en el sofá.

—¿Demasiado trabajo? —preguntó mientras se levantaba con esa gracia natural que siempre me había fascinado. Se acercó y me abrazó por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro. Sus brazos rodearon mi cuerpo, y solté un suspiro que parecía liberarme de todo el peso del día—. Hueles a…

—¿A marisco? Sí. Hoy era el especial… —respondí, con una risa cansada.

—Pareces agotada…

—Lo estoy —admití, inclinando la cabeza hacia ella.

—¿Qué te parece si preparo un baño y nos vamos a la cama?

Ese era nuestro ritual. Después de un día interminable, Jade siempre encontraba la forma de hacerme sentir en casa, de recordarme que todo el esfuerzo valía la pena porque al final del día la tenía a ella. Sin embargo, esa noche, mientras estábamos en la cama, noté algo diferente. Una distancia invisible, una sombra en su mirada que no supe interpretar en ese momento. Solo fue un aviso de que las cosas estaban a punto de cambiar.

Semanas después descubrí lo que había estado ocultándome.

Era una tarde tranquila. Creo recordar que yo tenía el día libre, y habíamos pasado la mañana recorriendo la ciudad. Jade estaba en la ducha mientras yo buscaba el libro de recetas de mi madre en el salón. Su portátil estaba encendido, aunque la pantalla estaba en negro. Sin pensarlo demasiado, moví el ratón y el monitor se encendió.

Lo que vi me dejó helada.

Frente a mis ojos aparecieron mensajes de una conversación entre Jade y otra mujer. Camille. No dejaban lugar a dudas. Eran largas cadenas de mensajes llenas de confesiones íntimas, fotografías subidas de tono, promesas… y un amor que, además de dejarme congelada, me atravesó como un puñal.

> «Te echo de menos. A veces desearía estar contigo en lugar de aquí. No sé cómo terminar con todo esto. Julia no se lo merece, pero no puedo seguir fingiendo.»

Repetí esas palabras en mi mente una y otra vez mientras el latido frenético de mi corazón me dejaba sin aire. Quise cerrar el portátil, fingir que no había visto nada, pero mis manos se quedaron inmóviles, incapaces de reaccionar. Y cuando Jade salió del baño, con el pelo aún mojado y la toalla envuelta alrededor de su cuerpo, su mirada se cruzó con la mía. Debió verlo todo en mis ojos, porque su expresión cambió al instante.

—¿Qué pasa? —preguntó con una mezcla de cuidado y alarma.

—¿Quién es Camille? —La pregunta escapó de mis labios antes de que pudiera detenerla, y el silencio que siguió fue más ensordecedor que cualquier respuesta que Jade pudiera haber dado.

—Julia…

—No. No digas mi nombre como si eso fuese a arreglar algo. Solo quiero la verdad.

Se quedó inmóvil, con los hombros tensos y una vacilación que no había visto nunca antes en ella. Al final, suspiró, y se rindió.

—Camille es… alguien con quien he estado hablando desde hace un tiempo.

—¿Hablando? —repetí con incredulidad, alzando mi tono de voz—. ¿¡Hablando!? —Señalé el portátil con un gesto vehemente—. He visto las fotografías, Jade. Le has dicho que quieres estar con ella en lugar de conmigo.

—No es tan simple…

—Entonces explícamelo, porque yo no lo entiendo.

La discusión que siguió fue un huracán. Desordenada. Caótica. Dolorosa. Jade intentó justificarlo, alegando que nuestra relación había cambiado desde que empecé a trabajar en Ineffable, que ya no sentía lo mismo, que no podía seguir quedándose sola en el apartamento cada noche. Y luego pronunció las palabras que terminaron de romperme.

—Julia… lo que tú quieres, no es lo mismo que lo que yo quiero. Camille me da algo que tú no puedes. Me da diversión, tiempo…

Esas palabras me destrozaron. No fue solo la infidelidad —aunque eso ya era suficiente para destruirme—. Lo que más me dolió fue cómo me hizo sentir: como si todo lo que habíamos construido juntas no significara nada, como si el amor que le había entregado con cada fibra de mi ser fuera insignificante.

La discusión terminó cuando Jade se vistió, recogió sus cosas y salió del apartamento, dejándome sola en medio de un silencio ensordecedor. Y a partir de ese momento, mi vida cambió para siempre.

Abro los ojos y respiro hondo intentando sacudirme el peso de los recuerdos. Estoy en mi dormitorio, rodeada de los peluches y monerías que me encantaban cuando era una niña, cuando no tenía idea de lo difícil que sería alcanzar mis sueños. La luz de la mañana se filtra por las cortinas, pero el vacío, la traición y la pérdida siguen ahí, aferrados a mí como una sombra que no logro dejar atrás.

Lo sucedido con Jade cambió algo dentro de mí, algo que aún no he sabido cómo reparar. Me cuesta confiar, no solo en los demás, sino en mí misma. Cada paso que doy hacia adelante lo acompaña una pregunta: ¿y si todo vuelve a salir mal? Sé que todos esperan que rehaga mi vida, que encuentre lo que necesito en Valencia, que me estabilice. Pero no puedo evitar sentirme incapaz de imaginar un futuro como lo hacía cuando estaba

en Lyon, con todos mis sueños brillando ante mí.

Mientras pongo los pies en el suelo, mis pensamientos se desvían hacia Emma. Su mirada en el mercado, la calidez de nuestras palabras, la chispa que sentí mientras hablábamos… Una parte de mí quiere creer que no todas las conexiones están destinadas a romperse, que es posible encontrar algo real a pesar del tiempo y las heridas. Pero otra parte, más grande y pesada, me recuerda que nunca conocemos a nadie del todo y que arriesgarse duele demasiado.

El sonido del timbre de casa me saca de mis pensamientos, y poco después escucho la voz alegre de mi madre. Por un momento, dejo que esa normalidad me envuelva, que el ruido familiar del hogar me conecte al presente. Es un ancla en medio del caos que vive en mi interior.

Me acerco a la ventana y observo cómo el sol brilla alto, anunciando que ya es hora de espabilarse y salir al mundo. Quiero creer que puedo hacer una bola con todo lo que me hizo daño, guardarla en un cajón y seguir adelante. Quiero pensar que todavía puedo ser feliz, que puedo encontrar nuevos sueños, nuevas razones para vivir. Pero por ahora, solo puedo ir paso a paso. Esperando que cada uno de ellos me lleve un poco más cerca de todo lo que el destino guarda para mí.



9

DOMINGO EN FAMILIA

EMMA

Valencia. 27 de abril, 2025

El aroma a pan tostado y café recién hecho flota en el aire cuando bajo las escaleras, frotándome los ojos aún adormilados. Es domingo, y aunque la cafetería está cerrada, el ritmo en casa no ha cambiado demasiado. Mi padre está en la terraza, sentado en su silla de siempre, hojeando el periódico con la tranquilidad de alguien que sabe disfrutar los pequeños momentos. Mi madre, aunque ya no está físicamente entre nosotros, sigue presente en cada rincón de la casa: en las plantas que todavía cuido porque mi padre no tiene mano para ellas, o en esos colores chillones que rompen con el blanco que pinta el resto de la casa, tan característicos de su gusto.

Pablo, mi hermano mayor, llegó ayer por la tarde para pasar el día con nosotros. Aunque lleva años viviendo en Alicante, cada vez que vuelve despierta esa sensación de familiaridad que me hace olvidar que ya no vive aquí. Hoy, con su pijama de toda la vida y los pelos revueltos de alguien que claramente perdió una pelea con sus sueños, parece el mismo Pablo que dejaba tirados los libros en el salón cuando éramos pequeños.

—No sé cuántas veces tengo que decirte que uses la tostadora… —le digo al verlo tostar el pan directamente sobre el fuego, como siempre.

—¿No te acuerdas de lo que decía mamá?

—«Lo tradicional sabe mucho, mucho mejor» —recito, imitando la voz cariñosa de nuestra madre mientras le doy un beso en la mejilla—. Buenos días, señor tostador arcaico.

—Buenos días, bella durmiente —responde entre risas, mientras coloca una taza de café frente a mí con esa destreza práctica que lo caracteriza—. ¿Has dormido bien?

—Ya sabes que los sábados por la noche caigo muerta en la cama. No me entero de nada —le explico mientras echo azúcar en la taza y la remuevo con la cucharilla—. Podría caer una bomba y no me despertaría.

—Lo tuyo es un don.

—Es un problema cuando tienes que trabajar temprano. —Hago un gesto exagerado con los ojos—. A veces papá tiene que despertarme encendiendo las luces porque ni la alarma me hace caso.

—Eso te pasa por bocazas. Si no le hubieses contado lo de ampliar la carta y ofrecer algo más que desayunos, ahora no tendrías que entrar tan pronto. —Pablo me mira con una sonrisa burlona, dándole un buen mordisco a su tostada con mantequilla—. Solo a ti se te ocurre.

—Sabes que Rumore necesita un cambio, y esto es solo el principio.

Durante unos minutos, disfrutamos del desayuno en silencio, acompañados por el sonido lejano del periódico que mi padre pasa página tras página en la terraza. Pablo siempre ha sido así: práctico, directo, pero con un corazón que no necesita palabras para demostrar su cercanía. Él me conoce mejor que nadie, y aunque no solemos hablar de ciertas cosas, no hace falta. Hay sentimientos que no necesitan explicarse.

—He estado pensando… —comienzo de repente, llevándome una mano a la nuca en un gesto de duda—. ¿Crees que deberíamos hacer algo especial para el cumpleaños de papá?

Pablo deja la taza sobre la mesa y me mira con curiosidad, arqueando una ceja.

—Algo… ¿cómo? ¿Una fiesta sorpresa?

—No sé… —Me encojo de hombros, intentando organizar mis ideas—. Una pequeña celebración en Rumore. Invitar a algunos de sus amigos, prepararle una tarta…

—Tal como hacía mamá con nosotros… —dice mi hermano, con una sonrisa nostálgica. Asiento un par de veces, recordando aquellos momentos—. Podría ser una buena idea, pero… ¿estás segura de que le gustará? Ya sabes cómo es. Desde que ella nos dejó…

—Eso es lo que me preocupa —admito, jugando con la taza entre las manos—. No quiero que sienta que lo estoy obligando a superarlo.

—Pero ya va siendo hora, ¿no crees?

—No es eso… es… —Suelto un suspiro, buscando las palabras adecuadas—. No puede seguir viviendo en el recuerdo toda su vida, y tampoco puede pretender que nosotros lo hagamos con él.

Pablo me mira, con esa mezcla de comprensión y preocupación que siempre le ha caracterizado. Asiente lentamente, entendiendo lo que quiero decir.

—¿Es por eso que estás tan apagada?

—Son muchas cosas… —respondo, evitando entrar en detalles. Mi hermano no insiste, pero su mirada me empuja a continuar—. Estos días, con todo el trabajo que

tuvimos en Fallas y demás, me he dado cuenta de algo. Rumore es el sueño de papá, pero no el mío. Y me siento atrapada allí, siguiendo los pasos de alguien más, ocupando un lugar que yo no he elegido.

—¿Has pensado en hacer otra cosa? —pregunta, inclinándose hacia adelante, con los codos sobre la mesa.

—A veces. Pero no puedo dejarlo. Tú no estás aquí, y papá necesita mi ayuda —le explico con sinceridad—. Rumore también es parte de mí, de lo que soy. Me gusta estar allí.

—Lo entiendo, pero tienes que pensar en ti también. No se trata solo de que te guste, tienes que sentir pasión. —Se lleva una mano al corazón y sus ojos brillan con determinación—. Necesitas vibrar, emocionarte con lo que haces.

—¿Y qué me propones que haga? —pregunto a la defensiva, clavando mis ojos en los suyos—. ¿Dejarlo todo y mudarme a otro lugar? ¿Empezar de cero? ¿No pensar en los demás?

Pablo sonríe, pero hay algo serio en su expresión, algo que me hace suspirar.

—Solo digo que mereces ser feliz. No importa si es en Rumore o en otro sitio, pero debe ser porque lo deseas, no porque sientes que es lo que debes hacer. Papá tiene que entenderlo, por muy terco que sea.

—Supongo que tienes razón, pero… —susurro, más para mí que para él—. No va a ser fácil.

—Habla con él. Y después veremos qué pasa.

—¿Ya te dije que odio que te hayas mudado? —bromeo, y Pablo estalla en carcajadas.

Los dos nos abrazamos, y cierro los ojos un momento, soltando un suspiro mientras los recuerdos se mezclan con mis pensamientos. Amo Rumore. Amo lo que significa para nuestra familia, para los clientes que han hecho de la cafetería una parte de sus vidas. Pero quiero más. Necesito más. Si mi padre espera que me quede allí, que siga adelante con este trabajo, debo sentir que realmente encajo, que estoy haciendo algo que amo.

—Solo recuerda esto —dice Pablo, mirándome con seriedad—. Lo que decidas hacer, hazlo porque de verdad lo deseas, no porque te sientas obligada. ¿De acuerdo?

Asiento, aunque en el fondo sé que su consejo es mucho más fácil de dar que de seguir.

Mientras terminamos el desayuno, me doy cuenta de que hablar con mi hermano me ha ayudado a aclarar un poco las cosas. El futuro sigue siendo incierto, pero al menos ahora sé que tengo opciones. Y el saberlo, aunque sea un paso pequeño, es un comienzo.

. . .

Los domingos en casa siempre tienen el mismo aroma reconfortante: un delicioso plato de *arros al forn*[1] que abre el apetito con solo aspirar su olor desde el salón. Tras la conversación con Pablo durante el desayuno, las palabras rondan mi cabeza sin descanso. Encontrar el momento adecuado para hablar con mi padre sobre todo esto no será fácil, pero guardo la esperanza de que, una vez lo haga, las cosas empezarán a mejorar.

La mesa del salón ya está lista. Una ensalada completa preside el centro, y a un lado descansa el frutero con fruta de temporada. El dulce olor de los melocotones me arranca una sonrisa y me transporta al mercado, a ese ratito que compartí con Julia ayer. Verla hablar de su vida en Lyon, percibir el brillo en sus ojos, despertó en mí una mezcla de admiración y envidia. Me habría encantado tener sus mismas oportunidades, aunque, siendo justa, nadie puede decir que yo no las haya tenido. Pero la muerte de mi madre lo cambió todo, transformando mi mundo de maneras que ni siquiera logré entender en su momento.

Las voces de Pablo y mi padre me sacan de mis pensamientos, y disimulo regalándoles una sonrisa mientras entran en el salón. Es imposible no notar lo bien que se llevan. Si mamá estuviera aquí, sin duda le estaría rogando a mi hermano que regresara a casa. Ellos ríen, se lanzan pequeñas pullas, y cuando finalmente nos sentamos a la mesa, siento una felicidad tranquila, sencilla, pero real.

—Este arroz tiene una pinta espectacular… —comenta él, sirviéndose un poco.

—Será porque esta vez lo he cocinado yo y no tú —replica mi padre, con esa mezcla de sarcasmo y orgullo que siempre lo acompaña.

No puedo evitar reír mientras me sirvo un poco de ensalada y bebo un trago de agua.

—Se te da muy bien cocinar, papá —respondo, intentando suavizar la tensión implícita en sus palabras—, pero no tanto como a tu hija.

—Vaya, eso es la primera vez que me lo dices.

Mi padre me lanza una mirada, un cruce en el que parece querer decir algo más, pero no lo hace. Pablo, por su parte, me mira de reojo y me hace un gesto con la cabeza, como animándome a aprovechar el momento para hablar. Yo niego con un movimiento casi imperceptible y centro mi atención en mi plato, llevándome a la boca un trozo de morcilla mientras el arroz se enfría un poco.

—Estaba preguntándome una cosa… —comienza Pablo en voz alta, con ese tono despreocupado que siempre usa para abordar temas delicados—. Ahora que parece que Emma ya se ha hecho con las riendas de la cafetería, y que hasta ha aprendido a cocinar el arroz mejor que tú, ¿cuándo piensas jubilarte?

El comentario de mi hermano tiene el efecto esperado. Mi padre, que ya se había sentado con su plato en las manos, lo mira con una mezcla de desconcierto y sorpresa. Apoya los codos en la mesa, entrelaza las manos y nos observa, como si intentara descubrir si es una broma o una pregunta seria.

—¿Jubilarme? —repite al fin, con un tono que mezcla incredulidad y una pizca de diversión—. ¿Y dejar esa cafetera vieja que tenemos allí a vosotros dos?

Pablo estalla en una carcajada, y yo, aunque sonrío, noto un nudo en el pecho. Mi padre siempre ha evitado hablar de su retiro, y la idea de que pueda sentirse desplazado o presionado no deja de preocuparme.

—No sé, papá —responde Pablo, con una media sonrisa—. Tal vez ya va siendo hora de que disfrutes un poco más de la vida, ¿no?

Mi padre resopla, sacude la cabeza y come un poco de ensalada, dejando claro que no piensa entrar al trapo.

—Rumore es mi vida —dice finalmente, señalándonos con el tenedor—. Cuando tu hermana esté lista para llevarla como es debido, entonces hablamos. Pero mientras tanto, yo seguiré al pie del cañón.

Pablo rueda los ojos con exageración, pero no insiste. Yo, por mi parte, guardo silencio, atrapada entre el deseo de hablar y el miedo a que mi padre no esté listo para escuchar lo que tengo que decir.

El almuerzo transcurre entre bromas y recuerdos, pero las palabras de Pablo y la reacción de mi padre se quedan conmigo. Si algo me queda claro es que, para llegar a un cambio, primero hay que encontrar el momento justo para plantar la semilla. Y aunque no será fácil, sé que llegará ese día.



10

ENTRE GOLES Y MIRADAS

Valencia. 2 de mayo, 2025

JULIA

La noche está más viva que nunca. No sé cómo, pero después de tanto tiempo fuera, había olvidado por completo el fútbol y todo lo que lo rodea. Mientras camino, del brazo de mi padre, escucho el sonido de los televisores, las risas y algún que otro grito apasionado cuando el balón está a punto de cruzar la línea de gol.

Cuando nací, mi padre me hizo socia del Valencia CF, y a pesar de todo, sigo amando al equipo *blanc i negre* como cualquier otra en esta ciudad. Durante mi estadía en Lyon apenas tuve tiempo de centrarme en mi deporte favorito, y estar de vuelta, ha logrado que sienta ganas y ánimos de colgarme la bufanda al cuello.

—¿Cuándo fue la última vez que vimos un partido juntos? —pregunta mi padre, sacándome de mis pensamientos. Su voz tiene esa emoción que siempre surge cuando juega nuestro equipo.

—Si te soy sincera, creo que hace ya más de diez años. ¿No recuerdas que fuimos juntos al Mestalla? —le respondo—. Es una lástima no haber encontrado entradas esta vez.

—Para la próxima temporada. Si todo va bien, y te quedas, estoy seguro de que harás cualquier cosa por conseguir un par —dice con una sonrisa, sabiendo bien que removería cielo y tierra por ello—. Anda, camina más rápido, o no llegaremos. Quiero cantar el himno con ellos.

—Y yo también.

El trayecto desde casa hasta la plaza pasa volando. Al entrar en Rumore, siento que todo ocurre en un suspiro. La cafetería está a reventar: las mesas están llenas de clientes con camisetas del equipo, vasos de cerveza y miradas fijas en la gran pantalla que cubre una de las paredes.

—Cómo se nota que nos jugamos entrar en la UEFA. —Mi padre sonríe de oreja a

oreja, y yo no puedo evitar hacerlo también.

—Busca un hueco. Yo voy a por algo de picar y unas cervezas, ¿de acuerdo? —le digo, colocando una mano en su espalda.

Es cierto que el fútbol es una de mis grandes pasiones, pero cuando miro hacia la barra y veo a Emma atendiendo sin descanso, me doy cuenta de que hay algo que me gusta todavía más: ella. Y el resto, desaparece.

EMMA

Han pasado más de treinta minutos desde que empezó el partido, y ya he perdido la cuenta de los vasos que he fregado. Tengo las manos arrugadas como garbanzos y la ropa impregnada de olor a cerveza. Hoy estamos solos: Sarah me pidió la tarde libre, y aunque mi padre está ayudando, el trabajo me supera.

El grito ensordecedor de un gol atraviesa la cafetería como un trueno. Apenas soy capaz de sujetar la jarra que llevo en las manos, y cuando cae al suelo, se hace añicos, devolviéndome bruscamente a la realidad.

—¿Estás bien? —pregunta mi padre, sujetándome las manos entre las suyas, buscando alguna herida—. No te has cortado, ¿verdad?

—No… Es solo que no esperaba un gol tan pronto —respondo, desviando la mirada al monitor—. Espero que ahora no metan la pata.

—No seas agorera. La mesa cuatro está pidiendo otra ronda —me avisa—, pero no te preocupes, ya voy yo.

—No. Lo hago yo. Deberías ir con Marcos y disfrutar, papá. Déjamelo a mí.

Mi padre asiente y, durante un rato, todo parece funcionar como debería. Adoro estas noches, cuando la cafetería deja de ser un lugar cotidiano y se transforma en una extensión del estadio. Me vienen a la mente aquellos años en los que me subía a una mesa y gritaba cada gol junto a Julia, y con esa imagen en la cabeza, la busco entre la multitud, pero es ella quien me encuentra primero y mis mejillas se tiñen por el calor al instante.

—Parece que alguien necesita ayuda por aquí… —me dice con una sonrisa pícara—. ¿Quieres que te eche una mano?

—¿Tú? —pregunto, sorprendida, mientras lleno cuatro jarras de cerveza más—. ¿Estás segura?

—Estoy totalmente cualificada. Dime qué hago y me pongo con ello.

Una sonrisa se dibuja en mis labios al mismo tiempo que ella cruza la puerta de la barra y se coloca a mi lado. Cuando me desperté esta mañana, ni se me pasó por la cabeza que acabaríamos trabajando juntas, pero me alegra que se haya ofrecido.

—Tú quédate en la barra y llena las jarras en cuanto las pidan —le explico—. Ahí detrás tienes las olivas, los panchitos, las patatas… —enumero, señalando con la mano—. En la cocina están las tapas calientes. Mi padre preparó de sobra, así que no tendrás problemas con la cantidad. Y… —Me muerdo el labio, tratando de recordar si me dejo algo —. Creo que con eso es suficiente. Si tienes alguna duda, me lo dices.

—Vale… —Julia observa a su alrededor, con las manos en la cintura, antes de añadir —. Pero una cosa…

—Dime.

—Lo estás haciendo muy bien —comenta con una honestidad que me desarma por completo y me arranca una sonrisa.

JULIA

No sé en qué estaba pensando cuando me ofrecí a ayudar, pero definitivamente no esperaba esto. Rumore está lleno hasta los topes, no queda una mesa libre y apenas tengo tiempo para respirar entre llenar jarras, servir tapas y colocarlas en las bandejas. Aun así, no puedo evitar disfrutar de la tensión, el ritmo frenético y la velocidad del momento. Echaba de menos la intensidad del restaurante, y esto se parece mucho. Es adictivo, tanto que no me importaría repetir.

Emma, en cambio, está en todas partes al mismo tiempo. Se mueve con una gracia que admiro, sosteniendo la bandeja con una mano sin derramar una sola gota de cerveza. De vez en cuando, nuestras miradas se cruzan. Aunque su expresión refleja concentración, hay algo más que no sé cómo describir. Parece agotada, pero también feliz, y lo noto en cada uno de sus gestos.

—Lo estás haciendo bien —me dice cuando nos encontramos en la barra. Las dos suspiramos de alivio al darnos cuenta de que apenas quedan unos minutos de partido.

—Gracias, jefa —respondo con una sonrisa que parece sorprenderla—. Te prometo que cuando salí de casa, lo único en lo que pensaba era en pasar una buena noche con mi padre. Pero esto…

—No debería haber aceptado tu ayuda…

—Me está encantando hacerlo. Además, míralos —respondo, señalando a su padre y al mío—. Hace mucho que no lo veía reír y sonreír así.

—Créeme, yo al mío tampoco.

EMMA

No sé en qué momento de la noche pasó, pero Julia dejó de ser solo una ayuda para

convertirse en parte del equipo. Verla tras la barra, con el pelo recogido en una coleta pequeña y el delantal de Rumore ajustado a su cintura, me ha arrancado más de una sonrisa. Es evidente que ha trabajado en un restaurante: está acostumbrada a la tensión, a la presión. A pesar del ajetreo, su actitud y su concentración me han atraído tanto como ese lunar en su cuello que había olvidado por completo.

Con el partido casi en el final, la cafetería se ha vaciado un poco. Los pocos clientes que quedan ya no hacen pedidos, lo que me da un respiro. Aprovecho la calma para acercarme a ella; siempre he amado ese agotamiento que llega tras un trabajo bien hecho.

—¿Rumore se pone así cada vez que hay noche de fútbol? —pregunta, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Sí —respondo, pasándome una mano por el pelo y apoyándome en la barra—. A comienzos de temporada, le propuse a mi padre hacer algo especial para estos días, y Pablo me dio la idea. Y ya ves.

—«Algo especial» es un decir —comenta, riéndose suavemente—. Rumore se ha transformado por completo. Es… —Se detiene un instante, y hay algo en su tono, en la forma en que me mira y observa todo a su alrededor, que me conecta con ella—. Has hecho magia.

—No he hecho nada. Este lugar siempre ha sido así, ¿o no recuerdas lo que decía mi madre?

—Que aquí se unen vidas que están esperando encontrarse.

Que lo diga en voz alta me toma por sorpresa. Sin embargo, aún más lo hace el cosquilleo que se despierta en mi interior, esos nervios que me arrancan una sonrisa mientras la miro a los ojos. En ese instante, lo sé: lo que una vez sentí por ella sigue ahí, tan vivo como siempre, tan cierto y verdadero como la primera vez que soñé que la besaba.



11

UN PASEO IMPROVISADO

Valencia. 3 de mayo, 2025

EMMA

El reloj colgado junto a la puerta principal de la cafetería marca la medianoche cuando el último cliente cruza el umbral, llevándose consigo el eco de risas, celebración y alegría. Me apoyo contra la barra, dejando escapar un suspiro mientras contemplo el caos a nuestro alrededor: jarras vacías, platos a medio comer, servilletas desperdigadas; las mesas están amontonadas y algunas sillas yacen en el suelo, víctimas de la euforia.

—Habéis hecho un buen trabajo, chicas —dice mi padre, sirviéndonos un par de cervezas y unos montaditos de magro con tomate que, al menos para mí, saben a gloria—. Muchas gracias por encargaros de todo.

—Eso es lo de menos —responde Julia, que, en lugar de descansar, sigue barriendo —. Lo hemos hecho de corazón. Además, hacía mucho que no os veía disfrutar juntos de un partido, y ha sido algo para recordar.

La sonrisa de mi padre me conmueve. Desde que murió mi madre, esos gestos de felicidad han sido escasos, y me esfuerzo en grabarlo en mi memoria.

—Papá, ¿por qué no te vas a casa y nos dejas recoger a nosotras? —le sugiero—. Déjanos terminar lo que hemos empezado. Estoy segura de que a Julia no le importará, y tu espalda, también lo agradecerá.

Ella me dedica una mirada que hace que mi corazón se acelere. Aunque no hemos tenido mucho tiempo para hablar durante la noche, los gestos compartidos han sido constantes, y hasta los silencios entre nosotras han tenido algo eléctrico.

—Nosotras cerramos, y después la acompañaré a casa —promete Julia, con una voz que logra calmar cualquier duda.

Mi padre parece conforme. Se acerca y me da un beso en la frente.

—No os retraséis demasiado. Si queda algo por recoger, ya lo haré mañana.

—Está bien. Descansa mucho.

Cuando mi padre recoge sus cosas, atraviesa la puerta y desaparece, el silencio que queda es tan denso que por un momento siento que me cuesta respirar. Intento concentrarme en el montadito, en la cerveza, en todo lo que me rodea. Sin embargo, cuando Julia se planta frente a mí, todo lo demás deja de importar.

JULIA

El silencio que queda con nosotras tras la marcha de Marcos es cómodo, íntimo y acogedor. No puedo ignorar que esta noche ha ocurrido algo entre nosotras, algo que no sé en qué momento comenzó. Hay una química que flota en el aire, palpable pero difícil de definir. El tiempo tiene esa capacidad: puede mantener a flote una relación que disfrutamos desde que apenas levantábamos dos palmos del suelo. Crecer junto a Emma la convirtió en mi mejor amiga, aunque al final, las decisiones y la vida nos empujaron por caminos distintos. Nos separamos, nos olvidamos, pero ahora está claro que hemos cambiado. Somos cómplices de las jugarretas del destino, y esta vez, parece que volvemos a caminar en la misma dirección.

—Se te da muy bien todo esto —digo de repente, mirándola directamente a los ojos. Mi propia sinceridad me sorprende.

—¿Servir mesas? —pregunta, arqueando una ceja mientras esboza una sonrisa ligera—. Llevo desde los diecisiete haciéndolo. No tiene mucho misterio.

—No me refiero a eso —insisto, apoyándome en la escoba mientras me acerco un poco más—. Hablo de la cafetería en general, de cómo manejas las cosas. Es como si este lugar fuese tuyo.

Emma se queda pensativa unos segundos, como si estuviera considerando mi comentario, y luego toma un trago de su cerveza antes de responder.

—De alguna manera, lo es —admite finalmente—. Rumore es como un segundo hogar para mí. Ha estado en mi vida desde siempre, incluso antes de que entendiera lo que significaba trabajar aquí.

—¿Y eso te hace feliz? —pregunto, observándola con curiosidad.

Nuestros ojos se encuentran, y por un instante, parece debatirse entre varias respuestas.

—A veces —confiesa al fin, con una honestidad que me desarma. Su sinceridad, lejos de incomodarme, me atrae aún más. Emma tiene algo único: no solo tiene un hogar, tiene un lugar que refleja su energía, su esencia. Rumore brilla con su misma luz, emana su alegría—. Ya sabes que es la cafetería de mi padre. Los días en los que salimos de la rutina, como hoy, los disfruto muchísimo. Pero cuando todo es… como siempre, me pesa mucho más.

Deja el vaso sobre la barra y me mira con esa intensidad suya.

—¿Y tú? ¿Seguirás adelante con la idea de Estefanía? —pregunta.

Me río. Las noticias vuelan demasiado rápido en esta ciudad.

—Creo que sí, aunque aún no tengo todas conmigo. Me lo estoy pensando —admito —. ¿Tú qué harías?

—Yo buscaría mi felicidad —responde sin dudar—. Me ha costado mucho darme cuenta de que eso es lo que todos merecemos. No importa nadie ni nada más. Tu vida es tuya y tú decides —añade, echando un vistazo a su alrededor, como si encontrara inspiración en lo que nos rodea—. Incluso si eso significa dejar lo que conoces atrás, desandar tus pasos y volver al punto de partida.

—No quiero regresar a Lyon —aseguro, notando por primera vez que es aquí, en Valencia, donde quiero quedarme—. Allí sucedieron muchas cosas, cerré un ciclo, y no tengo intención de reescribirlo.

—¿Pero? —inquiere, con esa curiosidad que siempre ha tenido, incluso de niña—. Algo me dice que hay un «pero» escondido entre esas palabras.

Sonrío, casi como un acto reflejo, y giro sobre mis pies para señalar lo que nos rodea.

—Tienes suerte de contar con un lugar como este, algo que forme parte de tu alma y que brille tanto como tú —le digo, volviendo a mirarla directamente. Su presencia llena el espacio—. Yo estoy cansada de sentirme esclava de mis decisiones, de la rutina, de esa sensación de vacío. Quiero formar parte de algo que me haga vibrar, que despierte mis sentidos, que toque mi corazón.

—Entonces, créalo. Solo nosotros podemos dar forma a nuestros sueños —me dice, con la misma calma y seguridad que siempre la han caracterizado—. Y yo te veo capaz de todo.

—¿De verdad? —pregunto, alzando una ceja, aunque hay una sonrisa asomando en mí.

—Siempre lo he creído —responde, mordiéndose el labio inferior con un gesto nervioso que me arranca una risa ligera.

Y quizá tenga razón.

. . .

Después de nuestra conversación, el tiempo parece esfumarse y, con él, las tareas pendientes. Pasadas las dos de la madrugada, cerramos las puertas de Rumore y bajamos la verja que protege el local. La noche termina oficialmente, pero estoy segura de que esta jornada marcará un antes y un después en mi vida. La brisa fresca de Valencia acaricia mi cara mientras caminamos bajo un cielo estrellado, y mis pensamientos vuelven una y otra vez a lo que hemos hablado.

Cuando me aceptaron en la escuela de cocina de Lyon, creí estar viviendo un sueño. Lo mismo pensé cuando Ineffable me contrató o cuando Jade accedió a compartir un piso conmigo. Pero la verdad es que nada de eso respondía a mis deseos más profundos, y Emma, con solo unas frases, ha conseguido que los recuerde. Siempre soñé con crear un lugar que reflejara mi pasión por la cocina, mis raíces, mi historia y mis emociones. Un espacio íntimo, cargado de amor y autenticidad. Un rincón que hablara de mí, de lo que soy y de lo que siempre he querido compartir con los demás.

—Me ha encantado trabajar contigo esta noche —dice Emma de repente, rompiendo el silencio. Sus palabras detienen mis pasos, y al mirarla, me doy cuenta de que el brillo dorado en sus ojos, acentuado por la luz de las farolas, me deja sin aliento—. Ha sido fantástico, la verdad.

—Sí que lo ha sido… —respondo, casi en un susurro, más para mí que para ella—. ¿Te has planteado decirle a tu padre que ya es hora de que deje Rumore en tus manos?

Mi pregunta la toma por sorpresa y baja la mirada hacia el suelo, como si buscara la respuesta entre las baldosas de la acera.

—Pablo estuvo en casa hace unos días y se lo dejó caer, ya sabes, como quien no quiere la cosa —me cuenta tras unos segundos—. Pero no es tan sencillo. Para él, la cafetería es lo único que le queda de mi madre y…

—Entiendo… —murmuro, dejándola continuar.

—Sé que en algún momento tendrá que hacerlo, pero hasta que no se sienta incapaz, no creo que ocurra. Y no puedo juzgarlo. Ese lugar es su sueño, su proyecto de vida. Si yo estuviera en su lugar, tampoco querría dejarlo en manos de otra persona. Pero…

—Pero a ti te encantaría que lo hiciera. —Concluyo su frase, y su sonrisa cómplice confirma mis palabras.

—Rumore es mucho más que una cafetería para mí —admite, con un tono reflexivo —. Mi madre siempre decía que tenía magia, y me encantaría que quienes pasaran por la plaza se sintieran atrapados por ella. Creo que tiene potencial para convertirse incluso en un restaurante, un lugar donde no solo se disfruten los días de fútbol, sino donde la gente celebre momentos inolvidables. —Se encoge de hombros, como si el sueño estuviera demasiado lejos—. Supongo que en algún momento tendré la oportunidad de hacerlo realidad.

—¿Se lo has contado a tu padre? —pregunto, y ella niega con la cabeza—. Estoy segura de que él querría escucharlo. Él siempre se ha sentido orgulloso de ti, y si supiera que quieres hacer que Rumore vibre con más fuerza, estoy convencida de que lo consideraría.

Emma me mira con una intensidad que me desarma por completo. Noto el calor subiendo a mis mejillas, pero no aparto la mirada.

—Tal vez tengas razón...

Seguimos caminando en silencio. A pesar de no decir nada, la cercanía entre nosotras se siente irrompible, como si el tiempo y la distancia no pudieran separarnos de nuevo. Lamentablemente, el camino se acorta, y cuando llegamos a la esquina donde su calle se cruza con la mía, me detengo para mirarla directamente a los ojos.

—Espero que duermas bien.

—Y tú también —responde, regalándome una sonrisa cálida—. Gracias por esta noche. Ha sido especial.

Nos quedamos ahí, bajo la luz tenue de una farola, mirándonos. Algo en el aire se agita, algo dentro de mí me empuja a dar un paso más. Su perfume, con aroma a melocotón, flota a mi alrededor, y todo parece detenerse a pesar de que mi corazón late a una mayor velocidad.

—Bueno, me voy…

—Sí… —afirmo, sin poder añadir nada más.

—Nos vemos pronto, supongo —susurra, torpe. Se acerca y me da un beso en la mejilla, un gesto que deja un cosquilleo en mi piel que se extiende por todo mi cuerpo hasta llegar a mis labios.

Mientras la veo alejarse, la sonrisa que se dibuja en mi cara es el reflejo de la felicidad que siento por dentro, esa que creía perdida y que, de pronto, ha regresado.



12

MI SUEÑO Y EL FUTURO

EMMA

Horas más tarde

Las primeras luces del día se cuelan por las rendijas de las persianas de mi habitación, dibujando líneas irregulares en las paredes. A pesar del cansancio acumulado, apenas he conseguido dormir una hora. Mi mente se ha pasado la noche repasando, palabra por palabra, gesto tras gesto, todo lo que Julia y yo hablamos. Mi pecho vibra como un enjambre de abejas zumbando al unísono, incapaz de calmarse.

Desde que apareció por Rumore, desde que volvió a Valencia, siento que todo lo que me rodea ha cambiado. No sé si es cosa mía, si son tonterías, pero cada vez que nos miramos, cada vez que sonríe, algo dentro de mí estalla. Es como si estuviera recuperando emociones que creí olvidadas, sentimientos que en mi adolescencia se convirtieron en un punto negro que quise borrar a través de mi arte.

Con cuidado, me levanto de la cama, busco mi teléfono y me dirijo al baño. Me lavo la cara, recojo mi pelo y me observo en el espejo. En mi reflejo hay algo más que agotamiento, pero trato de no pensarlo demasiado. Apago la luz y bajo hacia la cocina, donde el silencio lo envuelve todo. Son las cuatro y media de la madrugada, y aunque en una hora daremos la bienvenida a otro sábado frenético, mi único pensamiento ahora es un café frío y bien cargado.

Heredé de mamá la costumbre de guardar las sobras de café del día anterior en la nevera, y me alegra, porque en noches como esta es lo único que me mantiene en pie. Suelto un suspiro, abro la puerta de la terraza y me siento en una de las tumbonas. Recojo las piernas y apoyo el vaso en mi pecho, dejando que la frescura de la madrugada me envuelva.

El cielo aún viste de negro y estrellas. Una sonrisa cruza mis labios por un instante mientras le doy un sorbo a, evocando momentos que compartí con mi madre justo aquí, rodeada de sus flores favoritas. Es curioso cómo los espacios guardan recuerdos, cómo pueden ser refugios y prisiones al mismo tiempo.

Pienso en Rumore, en lo que Julia me dijo, en la conversación que tuve con Pablo el domingo pasado y en mi padre. Siempre he sentido que la cafetería era una extensión de nuestra casa, un lugar que rezuma historia, vida y amor. Pero cuando mamá murió, todo cambió. Mi padre se refugió aún más en el trabajo, y yo vi cómo mi presente tomaba un rumbo completamente distinto. Rumore se convirtió en lo único que nos quedaba de ella, y en mi intento de demostrar que podíamos ser felices sin ella, me olvidé de mí misma.

Mi padre y yo nunca hemos sido buenos para hablar de lo que sentimos. No es su estilo, y creo que heredé esa parte de él. Aun así, hay momentos, cuando trabajamos juntos, en los que veo cuánto le gusta tenerme allí. Noto lo orgulloso que está de mí. Pero nunca le he dicho que yo también estoy orgullosa de él, que le admiro profundamente, que le quiero y que me importa más de lo que soy capaz de expresar. Y, sin embargo, me da miedo confesarle todo lo que llevo dentro.

Le doy otro sorbo al café, dejando que su frialdad me recorra por dentro, intentando organizar mis pensamientos. Llevo tiempo sintiendo que algo no encaja, como si estuviera atrapada entre dos mundos. Rumore es el negocio familiar, pero no es mío, a pesar de que Julia diga que tiene la misma magia que yo. Cuando camino entre las mesas y observo las fotografías, siento que estoy viviendo una vida que no me pertenece, y que necesito un cambio, que la cafetería también hable de mí, de la mujer que soy ahora, de mis sueños.

No quiero cambiar lo que significa Rumore, nunca podría, pero sí quiero hacerla mía. Sé que mi padre no aceptará grandes cambios, porque para él la cafetería ya es perfecta tal como está. Pero no puedo seguir ignorando lo que siento. Va siendo hora de hacerle caso a Julia y atreverme a decirle la verdad, aunque me dé miedo.

El ruido de unos pasos interrumpe mis pensamientos. Levanto la cabeza y me encuentro con la mirada de mi padre, que aparece en la puerta de la cocina con el pelo desordenado y su pijama gris de verano.

—¿Qué haces ahí? —pregunta, bostezando mientras enciende la luz y busca el tarro del café en el armario—. ¿No has dormido?

—La verdad es que muy poco. Julia y yo estuvimos recogiendo hasta tarde.

—Esa chica vale oro —comenta, colocándose frente a la cafetera que empieza a hervir—. Hizo un trabajo increíble anoche. No sé cómo agradecérselo.

—No creo que haga falta. Lo disfrutó mucho.

Se cruza de brazos y me mira, apoyándose en el banco de la cocina.

—Fue una buena noche —dice con una sonrisa que me enternece—. Si tu madre hubiese visto la cantidad de gente que vino a ver el partido, seguro que se habría llevado las manos a la cabeza.

—La verdad es que me abrumé un poco —confieso mientras me pongo de pie, dejando la taza en la mesa de la cocina—. Pero así son las noches especiales de fútbol. Frenéticas.

Mi padre asiente con una sonrisa ligera, y el silencio se instala entre nosotros. Es el momento perfecto para hablar de todo lo que me ronda en la cabeza, para sacar a la luz lo que estuve hablando anoche con Julia, para expresar lo que siento. Pero antes de que pueda decir algo, él se acerca y me sujeta la cara con ambas manos.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti —dice de pronto, provocando que mi corazón se acelere—. Así como yo lo estoy. —Sin previo aviso, siento cómo las lágrimas llenan mis ojos. No sé muy bien por qué, pero no puedo contenerlas—. Emma…

Los brazos de mi padre me envuelven en un abrazo cálido, y me aferro a él con fuerza, como una niña pequeña que busca refugio. No sé cuántos segundos pasan antes de lograr secarme las lágrimas y levantar la mirada. Su expresión me dice que espera que hable, pero no sé cómo empezar.

—Lo siento, es que… —niego un par de veces, dándole la espalda mientras me concentro en fregar mi taza—. Estos días le estoy dando muchas vueltas a las cosas y estoy un poco saturada.

—¿Saturada por qué? Si es por el trabajo, podemos adelantar las vacaciones —dice, colocando una mano reconfortante en mi espalda.

—No, no es eso —respondo, negando con la cabeza y girándome para enfrentarlo—. Es sobre lo que te dijo Pablo el domingo pasado, mientras comíamos. Sé que no es un tema fácil, pero…

—Tu hermano nunca se anda con rodeos —murmura y suelta un suspiro—. Sé que tengo una edad y que no voy a tener la misma energía de siempre. Ayer apenas podía seguirte el ritmo, pero la cafetería es…

—Es lo único que te queda de mamá. —Completo su frase, apoyando una mano en mi pecho—. Pero dejarla en mis manos, que cambie su decoración o su estructura, no borrará los recuerdos que has formado allí con ella. Rumore seguirá siendo especial, incluso más, porque no caerá en el olvido con el paso del tiempo. Todas las personas que crucen su puerta sentirán esa magia que siempre ha tenido.

El burbujeo de la cafetera nos interrumpe, y mi padre se concentra en servirse el café. Sé que está pensando en lo que le he dicho. Puedo verlo en la forma en que sus manos se mueven lentamente, en cómo evita mirarme directamente. No espero un «sí» inmediato, pero tampoco un rechazo absoluto.

—Lo pensaré —dice al fin, y aunque no es un «sí», tampoco es un «no».

El alivio recorre mi pecho como una ola, y no puedo evitar sonreír. Le doy un beso en la mejilla antes de salir de la cocina. Decido dejarlo solo con sus pensamientos mientras yo subo a darme una ducha y quitarme de encima el cansancio acumulado. Bajo el agua, dejo que mi mente vuele. Pienso en cómo sería el Rumore de mis sueños: un espacio que preserve la esencia de mi madre y, al mismo tiempo, refleje quién soy ahora. Tal vez, después de todo, haya una forma de encontrar un equilibrio entre el pasado, mis sueños y el futuro.



13

DECISIONES A MEDIODIA

JULIA

Cinco días después

El calor del mediodía envuelve las calles de Valencia mientras camino hacia el restaurante donde he quedado con Estefi. A mi alrededor, la ciudad bulle con vida. Los turistas llenan las terrazas, disfrutando de una cerveza, unas tapas, y la energía vibrante que se respira en cada esquina. Las bicicletas zigzaguean entre los peatones, y las risas resuenan en el aire, mezclándose con el ruido de las conversaciones. Sin embargo, mi mente está en otra parte.

En los últimos días, he sentido algo diferente, como si una puerta que llevaba mucho tiempo cerrada comenzara a abrirse de nuevo. La idea de tener un restaurante con ella —que al principio me parecía una locura—, ahora empieza a parecer posible. Incluso emocionante. Y aunque no se lo he confesado a nadie aún, parte de esa chispa, de esa energía renovada, proviene de la conversación con Emma la otra noche.

Estaba en la cocina, terminando de ordenarla mientras ella guardaba las sobras en táperes que llevarse a casa. Afuera, se mantenía el silencio después del frenesí del partido. Pero yo estaba tan concentrada en lo mío que ni siquiera me di cuenta de su presencia hasta que su perfume llamó mi atención.

—Se nota que la cocina es tu lugar especial —me dijo de repente.

Al principio me reí, nerviosa ante su sinceridad, pero cuando nuestras miradas se encontraron, algo cambió. En sus ojos vi una mezcla de curiosidad y confianza que me hizo sentir algo que no había experimentado en mucho tiempo: validación. Como si alguien, por fin, pudiera ver quién soy en realidad, incluso cuando yo misma no estoy segura de ello.

—Rumore también es el tuyo —le respondí, volviendo la atención a lo que hacía.

—Lo es, pero ahora no hablamos de mí. Deberías aceptar la idea de Estefanía —me animó mientras se colocaba a mi lado, lo suficientemente cerca como para que nuestras manos se rozaran—. ¿O es que no estás segura de que funcione?

—Claro que sí.

—Entonces, díselo. Estefanía parece una buena amiga —susurró, casi como si hablara para sí misma—. Y estoy segura de que le hará ilusión saberlo. Tanto como a tu padre saber que te quedarás por aquí.

Sus palabras me dejaron pensando. Me hicieron reflexionar sobre mi futuro, mi amor por la cocina, ese local en la plaza, mis sueños y la posibilidad real de convertirlos en algo tangible. Aquella noche, mientras Emma hablaba de sus propios sueños y yo le daba la seguridad que necesitaba para abrir su corazón, algo cambió dentro de mí. Fue como si su energía se me hubiera contagiado, y esa sensación todavía me acompaña.

Cuando llego al restaurante y veo a Estefi sentada junto a la ventana, me doy cuenta de que le debo mucho a Emma. De alguna manera, ella ha logrado lo que nadie conseguía desde hace meses: que mi futuro no sea un borrón oscuro en mitad de la nada.

—¡Julia! —Estefi me llama, levantando una mano con una sonrisa para que me acerque.

No tardo en llegar, darle dos besos y sentarme frente a ella. Su sonrisa persiste, pero hay algo diferente en su mirada. Sus ojos están cargados de emociones que no había visto antes, ni siquiera cuando me contó lo mal que iban las cosas en el restaurante donde trabaja y eso no me gusta nada.

—¿Cómo van las cosas? —pregunto mientras dejo mi bolso en el respaldo de la silla —. ¿Estás bien?

Suelta un largo suspiro antes de dejarse caer en su asiento.

—Me he despedido del restaurante —confiesa, y mis ojos se abren como platos ante la sorpresa—. No me mires así. Ya sabes que la situación era insoportable.

—Lo sé, pero… creía que… —Intento articular algo, pero las palabras se me atascan —. No sé. ¿Cómo te sientes?

—Rara —admite, mientras juguetea con sus manos—. Una parte de mí está eufórica, tranquila, como si por fin pudiera respirar. Pero otra… estoy algo perdida. Ya sabes que no sé estar quieta y ya me estoy subiendo por las paredes.

Entiendo perfectamente lo que quiere decir. La libertad puede ser embriagadora, pero también deja un vacío que puede llenarse de incertidumbre y miedo. Mientras la escucho, pienso en lo que Emma me dijo: «Tal vez, lo que necesitamos está más cerca de lo que crees». Y por mi parte, frente a mí, tengo la oportunidad de reescribir un futuro.

—Ya sabes que te dije que la idea de abrir un restaurante me parecía buena, que lo aceptaba pero que quería tomarme mi tiempo. —Empiezo, interrumpiendo el silencio que yo misma he provocado. Estefi me mira con curiosidad y ladea la cabeza como si intentara descifrarme—. Pero lo he estado pensando seriamente y…

Su expresión cambia de inmediato y los ojos se le agrandan con sorpresa, con una

chispa de esperanza que ilumina su rostro.

—¿Y…?

—Creo que deberíamos hacerlo. —Por un momento, el tiempo parece detenerse. Estefi parpadea varias veces, como si no pudiera procesar lo que acabo de decirle. Luego, una sonrisa inmensa se extiende por toda su cara—. Ese local en la plaza tiene muchísimas posibilidades, y tengo algunos ahorros, así que no nos costará mucho empezar —añado, intentando contener mi propia emoción.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. —Deja escapar un gritito de alegría y se levanta de la mesa para lanzarse a abrazarme—. ¡Oye, que me estás ahogando!

—¡Es que no sabes lo feliz que me has hecho! —me dice, zarandeándome entre sus brazos—. ¡Te prometo que no te arrepentirás!

—Si no me sueltas, lo haré —le digo riendo. Al final, lo hacemos juntas, y cuando se calma, añado—: Anda, vamos a pedir algo de comer. Estoy muerta de hambre.

El silencio que nos envuelve ahora no es incómodo ni pesado. Es sereno, lleno de complicidad. La tensión que antes sentía Estefi ha desaparecido, y sus ojos brillan con una ilusión que se me contagia. Esto no va a ser fácil. Nos espera mucho trabajo, aprendizaje y desafíos, pero me siento aliviada de haber escapado de la incertidumbre que me perseguía y empezar a ver algo de luz al final del camino.

Después de hacer nuestro pedido, ella empieza a lanzar ideas sin parar. Es un torbellino de energía que llena el espacio arrastrándome también. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy tomando una decisión por mí y para mí, una decisión que no está impulsada por el miedo, sino por el deseo genuino de construir algo que me haga feliz.

El tiempo pasa entre risas, sueños y una ilusión que se hace más grande con cada palabra.

Cuando salimos del restaurante, el calor de la tarde nos envuelve, pero no nos importa. Caminamos juntas por las calles, hablando sin parar sobre planes y posibilidades. «Vamos a lograrlo», pienso, y sonrío con total certeza. Porque ahora tengo un sueño, un plan y a alguien como Emma, que cree en mí de verdad. Y eso puede con todo y más.



14

TE LO DEJO A TI

EMMA

Valencia. 9 de mayo, 2025

La campanilla de la puerta suena por última vez cuando el reloj marca las diez y media de la noche. Aunque mi alrededor está en silencio, la sensación de que el día aún no ha terminado pesa sobre mis hombros. Sarah ha recogido la cocina y me ha ayudado con la barra, así que la he mandado a por sus cosas; no quiero que acumule más problemas de los que ya tiene con sus padres.

—Bueno, mañana estaré aquí a primera hora, ¿vale? —dice mientras acomoda la mochila sobre sus hombros y me regala un beso en la mejilla.

—Sabes que no es necesario —le recuerdo, pero ella se encoge de hombros con resignación.

—Mis padres están insoportables, y cuanto menos tiempo pase en casa, mejor. —No da más detalles y se dirige hacia la puerta—. Que descanses, Marcos.

—Y tú, Sarita.

La puerta se cierra tras ella, y me concentro en contabilizar la caja. Desde que mamá murió, soy yo quien se encarga de las cuentas, y gracias a la tablet que Pablo me regaló, me resulta mucho más práctico. Mientras tanto, mi padre friega el suelo, y el aroma a limón llena el aire. Estoy tan absorta en mi tarea que no noto cómo me observa desde el otro lado de la barra. Cuando al fin levanto la mirada, veo su expresión preocupada mientras se sienta con dificultad en uno de los taburetes frente a mí.

—Emma, quiero hablar de algo contigo… —dice con seriedad, y su tono provoca que pierda la cuenta. Suelto un suspiro y lo dejo un momento para prestarle atención. Hay algo en su mirada que no me gusta: está confusa, enredada, como si buscara las palabras adecuadas.

—¿Ha pasado algo? —pregunto con cierta inquietud. Él niega con la cabeza, y

aunque me alivia, no puedo ignorar esa sombra que brilla en sus ojos.

—Va, cuéntame. Sabes que no soy buena con los misterios.

—Le he estado dando vueltas a lo que hablamos en casa hace unos días. —Empieza, como quien intenta quitarle importancia al asunto—. Sobre Rumore, lo que significa, el futuro… y tú.

Sorprendida de que retome la conversación tan pronto, me muerdo el labio inferior y aprieto el bolígrafo entre los dedos. Mi corazón comienza a latir con fuerza, y su sonido retumba en mis oídos. Ojalá Pablo estuviera aquí para escuchar lo que sea que papá está a punto de decir.

—No hacía falta que te tomaras tantas prisas…

La pausa que hace se siente interminable, como si buscara fuerza para seguir adelante. Rumore es su vida entera, y sé lo difícil que debe ser para él hablar de esto.

—Creo que va siendo hora de que te encargues tú. —Abro los ojos de par en par, sorprendida, y me enderezo en el asiento—. Tu madre estaría de acuerdo conmigo. Los tiempos cambian, y tú eres eso que le falta a este hermoso lugar.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. —Su voz es firme, pero sus manos tiemblan ligeramente al sujetar las mías—. Aunque me aferre al pasado, este lugar ya no es el mismo desde que tu madre se fue. —Sus ojos brillan con tristeza, y sus palabras se clavan en mi pecho—. No puedo permitir que mi miedo a perder sus recuerdos obstaculice tu camino. Y sé, aunque no me lo digas, que necesitas hacer de este sitio algo que te llene de vida y pasión.

El impacto de sus palabras me deja paralizada. Había soñado con este momento, con cómo sería asumir el control del local y tener libertad de decisión. Pero ahora que está aquí, no es como lo había imaginado.

—Papá, yo…

—No he tomado esta decisión a la ligera —me interrumpe, mirándome a los ojos con seriedad—. Sé lo mucho que te importa. Lo he visto en la manera en que trabajas, en cómo hablas de Rumore, en cada cosa que haces aquí.

—Pero… ¿estás seguro?

—Claro que lo estoy. —Sonríe con ternura—. No hay nadie mejor que tú para hacer frente a esto.

Decido romper la distancia y lo envuelvo en un abrazo fuerte, casi desesperado.

—Cariño, ¿qué es lo que pasa? —pregunta, sorprendido por mi reacción.

—Es solo que… —susurro, sin soltarlo—. No quiero que sientas que te estoy obligando a hacerlo.

—¿Obligarme? —Se aparta un poco para buscar mi mirada.

—Sí. Es que Pablo y yo no hemos dejado de insistirte, y también he estado hablando mucho de los cambios que me gustaría hacer, y ahora parece que quiero quitarte algo que es tuyo.

—Emma, escúchame. —Mi padre me sujeta la cara entre sus manos y me sonríe con una calidez que me llena por dentro—. Esto no es una renuncia. Rumore siempre formará parte de mí, y también de ti. Pero me estoy haciendo viejo, y no puedo seguirle el ritmo a esto. Mira la otra noche —me recuerda—. De no ser porque Julia te ayudó, te habrías quedado sola. No lo hago porque me sienta forzado, sino porque creo en ti y en tus capacidades.

—No sé si estoy preparada para esto… —admito, dejando que las dudas salgan a la superficie.

—Nadie está completamente listo para tener su propio negocio —me dice con serenidad—. Pero no se trata de estarlo, sino de dar el paso y llenarte el corazón de ilusión. Eso puede con todo. —Me quedo en silencio, mirándolo a los ojos, dejando que sus palabras se asienten en mi mente. Rumore ha sido parte de mi vida desde que era una niña; lo he visto crecer y cambiar conmigo. Pero la idea de asumir el control completo me llena de miedos—. Quiero que hagas de este lugar algo que te represente.

—¿Y si lo arruino?

Él sonríe y me besa con ternura en la frente, un gesto que hace que mis lágrimas comiencen a brotar.

—No lo harás. Porque yo estaré aquí contigo, ayudándote. Sé que nunca he sido bueno diciendo estas cosas, pero te quiero, y nunca voy a dejarte sola. —Mis ojos se agrandan y, de pronto, las lágrimas caen sin control—. Sé que tienes todo lo que necesitas para hacer que la cafetería prospere.

—Gracias…

—No me agradezcas nada. Solo prométeme que pondrás tu corazón en este lugar, y que serás tan feliz como lo fuimos tu madre y yo aquí.

—Lo haré.

Julia tenía razón: lo único que necesitaba era abrir mi corazón a mi padre, contarle cuánto amo la cafetería, lo mucho que significa para mí y para nuestra familia.

No sé cuánto tiempo pasamos abrazados, pero por primera vez en mucho tiempo, el peso de no encajar desaparece. En su lugar, surge una inseguridad nueva, desconocida, pero llena de posibilidades. Todo lo que me rodea ahora es mío. Tengo un centenar de caminos frente a mí, y aunque me aterra no saber darles forma, estoy decidida a intentarlo. Voy a dar lo mejor de mí y haré que Rumore vibre de nuevo.



15

TE ECHABA DE MENOS

Valencia. 11 de mayo, 2025

JULIA

Hoy se cumple un mes desde mi regreso a Valencia, y han pasado tantas cosas en cuestión de días que aún me cuesta asimilarlas. Cuando me abracé a mis padres al bajar del tren, lo hice con la sensación de haber dejado atrás mi vida, mis sueños y mis esperanzas de futuro. Ahora, mientras camino y disfruto de la calidez de un domingo por la mañana, no puedo evitar sonreír. Mi corazón se encoge con un remolino de emociones que aún me resulta difícil comprender. Es increíble estar tan bien, sentir la ilusión crecer dentro de mí y acariciar mis sueños con la punta de los dedos.

El puesto de churros cerca de casa está a la vuelta de la esquina, justo al otro extremo del parque donde Emma y yo solíamos jugar de pequeñas. El aroma dulce flota en el aire, y desde donde estoy, puedo ver la fila de personas esperando. Este pequeño ritual de fin de semana, que había olvidado durante mi tiempo en Lyon, fue lo primero que me reconectó con mi presente, con mi hogar, conmigo misma. En Lyon, dejé atrás muchas costumbres que alguna vez definieron quién era, concentrándome solo en estudiar y trabajar, hasta olvidar la chica que solía ser.

Mientras espero mi turno, decido revisar el teléfono para matar el tiempo. Estos días no he parado de guardar diseños, acumular ideas y soñar despierta. Todo lo que aparece en mi explorador de Instagram está relacionado con ello. Estefi tampoco ha parado de enviarme cosas, y aunque estoy un poco saturada, no puedo evitar sentirme como un niño a punto de vivir una gran aventura.

—¿Julia?

Levanto la mirada y me encuentro con Emma. No lleva el uniforme de la cafetería, y para mi sorpresa, luce un vestido blanco de lino que brilla bajo el sol. En sus manos lleva una pequeña bolsa de churros, y la imagen me arranca una sonrisa inmediata. Recordar que también son sus favoritos hace que este encuentro me parezca aún más especial.

—Has sido más tempranera que yo —le digo, mientras intento ignorar el nerviosismo que provoca su presencia. Su sonrisa, luminosa y natural, ralentiza el mundo a mi alrededor—. Parece que no soy la única que no puede resistirse a comerse uno de estos un domingo.

—Ya sabes que tengo debilidad por los churros. —Emma se ríe, y el sonido tan ligero y sincero espanta esos nervios que me encogían el estómago—. Aún te quedan muchos por delante.

—Lo sé. Me entretuve con unas cosas en casa.

—Anda, vamos, que te invito —comenta, sujetándose a mi brazo con una naturalidad que me desconcierta, como si este gesto fuera de lo más común entre nosotras.

—No, no hace falta. De verdad.

—Insisto. Es mi manera de agradecerte lo del otro día y, además, una excusa para pasar un rato juntas.

Cuando me mira a los ojos, soy incapaz de negarme.

Después de recoger un par de cafés para llevar, encontramos un banco bajo la sombra de un árbol en el parque. La luz del sol se filtra entre las hojas, y la sombra suaviza el calor del mediodía. Se nota que ya estamos en mayo; en unas semanas rozaremos las temperaturas típicas del verano, y la ciudad entrará en su temporada de mayor actividad. A nuestro alrededor, las familias pasean en todas direcciones. Este ambiente me transporta al pasado, a esos fines de semana en los que las nuestras se reunían para improvisar picnics en la playa. La nostalgia se mezcla con la alegría del momento presente, y me doy cuenta de lo mucho que estas pequeñas cosas significan para mí.

—Entonces, ¿ha ido bien la semana? —pregunta ella mientras divide un churro y lo sumerge en su vaso de café.

—Para serte sincera, sí —respondo, intentando resumir lo que ha pasado en los últimos días—. Le di muchas vueltas a lo que hablamos juntas y, aunque no estaba muy segura, al final tomé una decisión.

—¿Sobre qué?

La curiosidad de Emma me arranca una sonrisa. Me tomo unos segundos para llevarme un churro a la boca, saborearlo con calma y luego darle un sorbo al café, que arrastra cualquier rastro de azúcar en mi lengua.

—Sobre abrir el restaurante con Estefi —respondo al fin.

Sus ojos se iluminan con una mezcla de sorpresa y entusiasmo que me hace sonreír aún más.

—Ella lo ha estado pasando bastante mal en el último sitio donde trabajaba, y sé que esta idea le hace muchísima ilusión. Así que me decidí al cien por cien y le dije que lo hiciéramos.

—¿Pero tú estás segura? —pregunta, dejando a un lado su churro y fijando su atención completamente en mí—. No deberías aceptar algo con lo que no estés cómoda.

—Al principio me parecía una locura. Después de llegar de Lyon me sentía muy insegura conmigo misma, pero ahora, cuando pienso en tener mi propio local, la idea me hace feliz. —La seguridad en mis palabras parece contagiarla, así que añado—: Además, estaré al otro lado de la plaza. Seremos vecinas.

—Otra vez…

Cuando Emma susurra esas palabras, una ráfaga de recuerdos invade mi mente: risas, sueños, noches en su habitación jugando con muñecas, leyendo historias y creando pulseras de cuentas. Éramos dos niñas inocentes, ajenas a lo que la vida nos deparaba. Los años nos separaron, pero aquí estamos otra vez, como si el destino hubiera tejido este reencuentro. No puedo evitar sonreír al percibir cómo nuestras vidas se entrelazan de nuevo.

—¿Y tú cómo estás? —pregunto, cambiando el tema antes de que mis emociones se apoderen de mí—. ¿Cómo van las cosas por Rumore?

—Bueno… —murmura, jugueteando con uno de sus churros—. Estuve hablando con mi padre. Le conté lo que siento, lo que pienso, y parece que quiere que me haga cargo de la cafetería.

—¿Y eso no es lo que querías? Porque el otro día me lo dejaste muy claro.

—¡Claro que quiero! —exclama sin dudar—. Pero siento que, si fracaso, no solo me fallaré a mí misma, sino también a él, a mi madre… Y eso no lo puedo permitir. Me dolería mucho estropear un negocio en el que han puesto tanto de sí mismos.

Su confesión es tan honesta que me deja sin palabras por un momento. Pienso en Marcos, en cómo miraba a su hija con orgullo cuando fuimos a preguntar por el local en venta. Recuerdo también esa noche especial de fútbol, cuando trabajamos mano a mano. Ella tiene todo lo necesario para lograr que Rumore vibre y brille, como lo hacen los locales emblemáticos de Valencia, como el Café de las Horas, cerca de la catedral.

—Emma, se nota que amas ese lugar y que harás todo lo necesario para que funcione. —Su mirada, tan intensa, acelera mi corazón. Desvío la vista hacia el parque, tratando de recuperar la compostura—. Rumore forma parte de ti. Lo tienes metido en el alma, y no vas a fracasar.

—Gracias por tus palabras, de verdad.

Dejamos que el silencio nos envuelva mientras seguimos desayunando. Poco a poco, los churros y el café desaparecen, dejando nuestras manos vacías. Sin embargo, algo nuevo flota en el aire, una sensación extraña que no sé cómo describir pero que se siente profundamente cercana.

—¿Alguna vez has sentido que estás a punto de reconstruir toda tu vida desde cero? —pregunta de repente, mirando hacia la fuente central que adorna el parque.

—Desde que llegué a Valencia, todo el tiempo —respondo sin dudar.

—Me aterra… —murmura casi para sí misma—. Ahora mismo tengo mil ideas en mente, pero me da miedo ponerlas en práctica. ¿Y si no funcionan? ¿Y si no sirven? ¿Y si transforman la cafetería en un desastre y…?

No sé por qué lo hago, pero coloco una mano sobre su boca para que deje de hablar. La sorpresa en sus ojos me hace retroceder casi de inmediato, sintiéndome un poco torpe.

—Si quieres… bueno, te puedo ayudar con esas ideas.

—¿Lo harías?

—Créeme, yo también… —le confieso, recostándome en el respaldo del banco—. Estefi no deja de enviarme cosas, y a este paso, siento que mi cabeza va a estallar.

—No será para tanto.

—Nunca pensé que regresar a Valencia traería tanto cambio —le digo—. Mi vida en Lyon era muy estable. O al menos eso creía hasta que…

—¿Hasta qué…?

De repente, decido que es el momento de ser honesta, de abrir mi corazón y dejar de temer a mi verdad.

—Hasta que las cosas se echaron a perder. Me sentí demasiado sola, y regresé con la intención de reencontrarme.

—Y lo estás haciendo, ¿verdad?

—Eso parece… —Emma asiente, y por un instante el silencio se apodera de nosotras. Pero no es un silencio incómodo, sino uno lleno de emociones compartidas, una cercanía que me reconforta mientras pone mi mundo del revés—. Y me gusta. Mucho.

—Es lo que necesitabas… Rodearte de los tuyos, de tus raíces…

«De ti», quiero añadir. Pero no lo hago.

—Quizá sea así… —Muerdo mi labio inferior, pensativa—. Necesitaba encontrar mi camino de nuevo, y ya me ves…

—Comiendo churros con tu amiga de la infancia —añade ella, levantando una ceja mientras provoca que ambas estallemos en carcajadas.

—Hablando en serio —añade después, con un tono más suave—. Me alegra que regresaras, que aparecieras aquella mañana en Rumore y que volviéramos a hablar. Te echaba de menos.

Y aunque yo también la echaba de menos, no se lo digo. En lugar de eso, me limito a sonreír, mirándola a los ojos, y disfruto de unos minutos más a su lado, justo donde más deseo estar.



16

PÁGINAS DEL PASADO

JULIA

Valencia. 13 de mayo, 2025

El salón está impregnado por la magia de la luz dorada y cálida de mayo. Se cuela por las ventanas abiertas, acariciando los muebles, llenando el aire de motas de polvo danzantes que caen suavemente sobre mí. Mis padres aún duermen; la casa está en calma, y más allá de las ventanas, la ciudad parece querer alargar un poco más su sueño. Llevo horas despierta, rodeada de un silencio que solo rompen el tic-tac del reloj de cuco en el salón y el ocasional crujir de las páginas del álbum de fotos que sostengo entre las manos.

Hace años que no me detenía a mirarlos, y se nota que mamá también dejó de hacerlo, a juzgar por el polvo acumulado en sus hojas. No sé qué me ha impulsado a buscarlos hoy, ni qué me llevó a perderme en estas imágenes que reflejan más que recuerdos: son mi historia, mis emociones. Tal vez fue la conversación con Emma, o cómo su risa iluminó el domingo, haciéndome olvidar, aunque fuera por un momento, los miedos que cargo desde hace tiempo.

Paso las páginas con cuidado, dejando que mis dedos se deslicen suavemente sobre el plástico que las protege. Frente a mis ojos desfilan mi infancia, mi adolescencia… versiones de mí que ahora se sienten tan lejanas como Lyon y lo que ocurrió allí.

Y entonces, al abrir otro álbum, aparece ella.

En una fotografía algo borrosa, estamos sentadas Emma y yo en la playa. Llevo un sombrero ridículo que, sin duda, mi madre me obligó a usar para evitar que me pusiera tan roja como un tomate, mientras Emma sonríe con esa energía despreocupada que siempre la acompañaba. Ambas admiramos un castillo de arena que parece a punto de derrumbarse, pero nuestras caras irradian orgullo. Paso otra página y ahí estamos de nuevo: esta vez en mi décimo cumpleaños, compartiendo un trozo de tarta de chocolate que ya hemos devorado casi por completo.

Sin darme cuenta, sonrío. No por las imágenes en sí, sino por los recuerdos que traen

consigo. Memorias de todo lo que compartí con ella y que el tiempo no ha borrado. Emma y yo siempre fuimos mucho más que amigas. Desde que nos conocimos en la guardería, tuvimos una conexión instantánea, y a lo largo de los años se hizo más fuerte. Al menos, hasta que entramos al instituto y yo dejé que el deseo de encajar en un grupo popular me arrastrara.

Sé que la defraudé. Me convertí en alguien que no reconocía, alguien que ella tampoco pudo reconocer. Dejé de ser la chica que conocía, la que veía en sus ojos, y fui yo quien rompió el vínculo, quien se apartó y evitó que nuestra relación fuese a más.

—Mira quién se ha levantado temprano hoy.

Levanto la mirada y encuentro a mi madre en el umbral de la puerta del salón, con una taza de café en la mano y una sonrisa curiosa.

—¿Removiendo el pasado?

—Solo miraba algunas fotos viejas —respondo, sosteniendo el álbum para mostrárselo—. Hacía tanto que no me detenía a verlas que hasta había olvidado estas de aquí. —Sujeto una y se la muestro: la de Emma y yo en la playa—. Ha pasado tanto tiempo que ni siquiera nos reconozco.

Mi madre se acerca despacio, deja la taza de café en la mesa y se sienta a mi lado en el sofá. Su mirada se suaviza al tener la imagen en sus manos, y me regala una caricia en la mano mientras suelta un suspiro.

—Siempre inseparables —comenta, robándome el álbum y apoyándolo sobre sus piernas—. Allí donde iba una, iba la otra. Era muy gracioso veros cogidas de la mano, caminando de un lado a otro mientras reíais y disfrutábais de la vida. —Mi pecho se encoge —. Fue una pena que las cosas se rompieran en el instituto.

Sus palabras me atraviesan como una ráfaga de viento cálido e inesperado. Una parte de mí quiere desviar la conversación, pero mi madre ha tocado un tema importante. Aunque fueron años de aprender, descubrir y fallar, no estoy orgullosa de lo que ocurrió entonces.

—La verdad es que lo éramos —digo, intentando arrancar de mi garganta esa sensación amarga—. Supongo que es inevitable. Al final, las amistades no pueden ser eternas.

Mi madre pasa la página y se detiene en otra foto. En ella, Emma y yo aparecemos abrazadas frente a un árbol gigante. Recuerdo bien ese día, uno de los tantos veranos en el camping con la familia. En la corteza del árbol dejamos nuestras iniciales y prometimos que nunca nos separaríamos. Una promesa que, al final, fui yo quien rompió.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunta mi madre, desviando su atención de la foto para mirarme directamente a los ojos—. ¿Discutisteis o…?

Rara vez es directa, pero cuando pasa, siempre va al grano. Su mirada está llena de curiosidad y de esa preocupación maternal que busca entenderme mejor. Han pasado años

desde aquello, pero hay cosas que nunca le he confesado que, en parte, todo eso ha provocado que en ocasiones, no nos entendamos.

Con la fotografía aún presente en mi mente y lo que he vivido con Emma en los últimos días, noto una extraña presión en el pecho. Me doy cuenta de que las conexiones importantes no desaparecen; pueden pausarse, quedarse en un rincón olvidado del corazón, pero si son fuertes, el tiempo las protege y cuida hasta que surge una nueva oportunidad de vivirlas. Eso es exactamente lo que nos está pasando ahora. Cada vez que estoy con ella, algo tira de mí, algo que no quiero admitir o que quizá me da demasiado miedo reconocer.

—Si hay una culpable, fui yo —admito al fin, dejando escapar un suspiro pequeño—. Yo la dejé de lado, me centré en el grupo popular de la clase y supongo que eso no le gustó. Dejé de ser la chica que tanto conocía y la espanté. —Mi madre me observa en silencio, asintiendo un par de veces como si entendiera la confusión y el dolor que provocaron mis decisiones—. Me dolió mucho ver la decepción en sus ojos. Pero aún más perderla como amiga. La necesité muchísimo, incluso lloré por ella… pero al final, hice lo peor que podía hacer: alejarme.

—Erais demasiado jóvenes para entender lo importante que era vuestra amistad —dice mi madre, sujetando otra fotografía—. A veces no nos damos cuenta de cuánto significa alguien hasta que ya no lo tenemos cerca. Pero ahora sois dos mujeres adultas, y tu padre me dijo que últimamente os lleváis bastante bien. —Me empuja suavemente con su hombro, en un gesto cómplice—. Me alegró mucho saber que al menos os habláis.

—Emma… —murmuro su nombre, mordiendo mi labio inferior—. Es una mujer increíble. No hay más que verla. Sigue teniendo el mismo corazón, la misma sonrisa, la misma magia que desprendía de pequeña y además…

—¿Además?

El álbum y las fotografías quedan olvidados a un lado. Mis emociones se agitan mientras pienso en lo que significa verla de nuevo: las conversaciones que hemos compartido, ese momento mientras desayunábamos, cómo su presencia tiene el extraño poder de hacerme sentir vulnerable y segura al mismo tiempo.

—Es preciosa… —confieso al fin, dejando escapar una pequeña risa que se mezcla con un suspiro—. Nunca os lo mencioné, ni a papá ni a ti, pero… estuve enamorada de ella un tiempo. Y…

—Y al parecer, lo estás otra vez. —Miro a mi madre y asiento lentamente. No tiene sentido negarlo—. Y si volver a verla te ha hecho bien, no hay nada malo en ello —dice, sujetando mi cara entre sus manos con una ternura que me convierte de nuevo en una niña pequeña.

Quiero decirle que no me siento segura, que después de lo que pasó con Jade no soy capaz de confiar en el amor. Pero, al mismo tiempo, no puedo ignorar lo que llevo en el corazón.

—Es mucho lo que está pasando estos días… —admito, dejando que las palabras fluyan sin reservas—. Y me da miedo perderlas, como todo lo que se quedó atrás en Lyon.

—El miedo es natural, cariño. Pero no dejes que te impida vivir algo que podría ser maravilloso. —Mi madre sonríe y me acaricia las mejillas con ambas manos—. Nunca es tarde para reconectar con alguien importante, y mucho menos para dejar que el amor nazca de nuevo en tu corazón.

Cuando me quedo sola, miro el álbum cerrado sobre mis piernas y reflexiono sobre el significado de sus palabras. Sé que tiene razón. La conexión que Emma y yo compartimos no es algo que deba tomarse a la ligera. Pero el miedo sigue ahí, inmovilizándome, y esa sensación me frustra. Sin embargo, por primera vez desde que llegué a Valencia, siento que tal vez estoy preparada para dejar atrás el pasado y dar la bienvenida al futuro. Y quizá, solo quizá, hacerlo con Emma a mi lado.



17

PARA LO QUE ME NECESITES

Valencia. 15 de mayo, 2025

JULIA

Hace un par de días que mi madre y yo hablamos, y desde entonces no he podido sacarme de encima las emociones que despertaron dentro de mí. Emma está presente en mi mente todo el tiempo: lo que dejamos atrás, lo que ha regresado a mi vida, su risa, las nuestras llenando el parque cercano a casa, las ganas de volver a verla, de tener otra oportunidad como la que tuvimos el domingo en la churrería.

Sigo sin estar segura de si es el momento adecuado para que alguien más entre en mi vida, pero es que ella nunca se fue del todo. Siempre estuvo ahí, presente aunque invisible, como una mota de polvo suspendida en el aire que solo es visible cuando un rayo de sol la ilumina.

Mientras camino por las calles de Valencia, disfrutando de la brisa fresca de la mañana, no dejo de preguntarme qué habría pasado entre nosotras si no hubiera sido tan estúpida en el instituto y hasta dónde habría llegado nuestra relación si me hubiera quedado a su lado en lugar de perseguir la necesidad de encajar. Nunca lo sabré, pero lo que sí puedo hacer es dejar que ahora fluyan las cosas entre las dos, sin miedo. Permitir que el destino, o el universo mismo, nos lleve a donde debamos estar.

Cuando llego a Rumore, la cafetería está a rebosar. La puerta está abierta de par en par y desde fuera puedo escuchar el murmullo de conversaciones, el trajín de los clientes, y la música de fondo. Mis ojos buscan a Emma casi de inmediato, y la encuentro detrás de la barra, con el pelo recogido en un moño que deja algunos mechones sueltos caer sobre su rostro. Está sonriendo, inmersa en su elemento, y algo vibra dentro de mí al verla.

No sé por qué me está pasando esto ahora, pero quizá las cosas ocurren exactamente cuando tienen que ocurrir.

Entro al local y el aroma del café inunda mis sentidos, envolviéndome y empujándome hacia un asiento frente a la barra. Desde allí, puedo observarla de espaldas

sin que note mi presencia. Pero entonces se gira, me ve, y sus ojos se iluminan. Mi corazón responde acelerándose sin que yo lo pueda controlar. Estoy enamorada, enamoradísima y no sé si voy a poderlo ocultar por mucho tiempo más.

—¿Necesitáis algo de ayuda? —pregunto, apoyándome en la madera que nos separa, manteniendo mi mirada fija en ella—. No hay ni una mesa libre.

Emma parece meditarlo por un par de segundos, observando a su alrededor. Marcos está en la cocina, Sarah se maneja bien con las mesas, pero lo que más me interesa es quedarme aquí, cerca de ella, disfrutando de unos segundos más a su lado.

—Creo que nos las arreglamos bastante bien —responde al fin, volviendo a centrar su atención en mí—. ¿Qué haces por aquí tan temprano?

—Pensé que podría desayunar en Rumore—respondo, observando la vitrina con los dulces—. Y bueno… tenía muchas ganas de verte, así que, las dos cosas me empujaron a venir.

Su gesto se suaviza al escucharme. Por un instante parece detenerse y procesar mis palabras. Pero enseguida se gira hacia la máquina de café, manejándola con una soltura que me arranca una sonrisa. Desde mi asiento, tengo la oportunidad de observarla más detenidamente, recorriendo con la mirada cada movimiento, cada detalle de su cuerpo.

El silencio entre nosotras es cómodo, cargado de significado. Cuando termina, se gira de nuevo y coloca una taza frente a mí.

—Espero que esté a tu gusto —dice con una sonrisa ligera. Antes de que pueda responder, añade un plato con dos cruasanes de mantequilla—. No son churros, pero están de muerte. Te lo aseguro.

—No lo dudo… —le contesto, devolviéndole la sonrisa mientras mi mirada se fija en el cappuccino frente a mí, cubierto con un toque de chocolate espolvoreado, justo como me gusta.

. . .

Los minutos pasan, el café se acaba y el azúcar de los cruasanes se pega a mis labios. Rumore Es mucho más que una cafetería; te atrapa, te envuelve, se mete dentro de ti y te invita a quedarte el tiempo que desees. Mientras mi mirada recorre el lugar, pienso en mi restaurante y en cuánto deseo que vibre con la misma luz que llena este rincón idílico de la plaza. Y tan pronto como esos deseos cruzan mi mente, irrumpe una idea, paralizando mis sentidos y poniendo patas arriba mis decisiones recientes.

Sentada en el taburete, me limpio los labios distraídamente y me giro para observar el espacio. Mis ojos estudian cada rincón: las paredes, los suelos, los ventanales. Sin decir una palabra, me levanto y camino hacia la terraza exterior. Desde allí, examino los locales adyacentes a Rumore. Recuerdo que, a la derecha, había una floristería que se mudó al centro, y los locales de la izquierda siguen cerrados, acumulando polvo.

«No creo que le vaya a gustar la idea», pienso mientras intento estructurar en mi mente cómo sería transformar esta cafetería en un restaurante-bar que una mi sueño con el de Emma, convirtiéndolo en un proyecto único y compartido.

—¿Julia? —La voz de Estefi me saca de mi ensoñación. Me giro para encontrarme con su mirada curiosa y las cejas fruncidas, segura de que ha notado algo en mi expresión —. ¿Qué ocurre? Tienes cara de…

—De haber soñado a lo grande —respondo con una risilla nerviosa, intentando sacudir la intensidad de mis pensamientos—. ¿Quieres pasar y tomamos algo juntas?

—Me haría bien un café. Estos días, con lo del despido y el papeleo, apenas estoy durmiendo.

—Se te nota en la cara.

Atravesamos juntas la puerta de Rumore. Sarah y Estefi cruzan miradas y una sonrisa que no pasa desapercibida para mí. Estoy segura de que hay algo entre ellas que aún no me ha contado, pero decido guardarme la curiosidad por ahora. Nos acercamos a la barra, donde volvemos a sentarnos.

Sarah nos atiende con rapidez: le sirve un café a mi mejor amiga y lo acompaña con uno de sus dulces de chocolate favoritos antes de regresar al servicio. La calidez del gesto me hace sonreír.

—Y bien, ¿me vas a contar qué sueño era ese?

—Es una locura… —niego un par de veces, llevando un mechón de pelo tras mi oreja —. Pero no te lo puedo contar porque no solo me implica a mí. Tendrás que soportar la curiosidad hasta que vea bien qué hacer.

—Dime al menos que es algo bueno.

—Es algo muy bueno —recalco con una sonrisa mientras le doy un bocado más al cruasán que me dejé a la mitad—. Quizá sea justo lo que todos necesitamos para ser felices de nuevo.

Estefi me mira con una mezcla de confusión e intriga, pero no dice nada. Yo, en cambio, llevo mi atención a Emma, que sigue moviéndose por la cafetería con esa soltura natural. Está tan concentrada en su trabajo que parece no notar nuestra presencia, ajena a las ideas que pasan por mi mente. Quizá sea un pensamiento osado. Quizás estoy aprovechándome de este lugar, de su magia, para encontrar mi sitio. Pero no puedo evitar sentir que, en Rumore y junto a Emma, cualquier cosa es posible. Como si, a su lado, pudiera tenerlo todo y ser feliz de verdad.

EMMA

Una hora más tarde

Mientras recojo unas mesas en la terraza y ordeno las sillas, no puedo evitar mirar de reojo hacia donde está sentada Julia. Desde la última vez que hablamos, no he conseguido sacarla de mi mente. Tenerla cerca me hace bien, me llena de una energía que no esperaba y necesitaba. Su regreso a Valencia ha significado más de lo que imaginaba: me ha dado fuerzas para enfrentar mis miedos, para hablar con mi padre y hacerle ver lo que necesito, lo que me pesa y duele. Pablo ha hecho su parte, sí, pero Julia, con su sonrisa y su presencia, me ha entregado algo que no contaba tener: confianza.

Siento que, tras años de distancia y silencio, hemos empezado a redescubrirnos. Y la mujer que ahora ríe con su mejor amiga me encanta. Incluso más que aquella adolescente rebelde a la que quise y que me rompió el corazón.

—Bueno, entonces nos vemos en un par de días. —Estefanía sale por la puerta de la cafetería, y como siempre, no puedo evitar curiosear la conversación.

—Espero que me cuentes esa idea loca que has tenido. Me has dejado con las ganas.

—Nunca se sabe. —Julia se encoge de hombros y, al hacerlo, nuestras miradas se cruzan fugazmente—. Ahora vete, o llegarás tarde.

Estefanía me sonríe al pasar junto a mí. Sostengo una bandeja con un par de cosas que termino de recoger y me la llevo al interior de la cafetería. Sé que Julia me observa mientras camino, como una sombra que me sigue, creando una sensación extraña y agradable que revolotea en mi estómago.

—Estaba pensando… —Empieza y deja la frase en el aire mientras regresa a su asiento en la barra. Su mirada, directa pero cargada de duda, me llena de curiosidad mientras coloco los platos en el lavavajillas—. ¿Ya sabes qué vas a hacer para el cumpleaños de tu padre?

—¡Shhh! —Rápidamente la interrumpo, llevando una mano su boca para que se calle. Mis ojos se abren de par en par al mirar hacia la cocina—. ¡No lo digas tan alto, que te puede escuchar!

—Perdón… —dice y se muerde el labio antes de soltar una risilla—. Es que me acordé de lo de la tarta y… —Se encoge de hombros, con una sonrisa—. Aún sigue en pie lo de ayudarte. También para organizar algo especial, si quieres.

Su sinceridad me agita por dentro y le devuelvo la sonrisa mientras busco a mi padre con la mirada. Después, hago un gesto para que me siga a la terraza, donde el aire es más tranquilo y puedo hablar sin preocuparme de que él escuche.

—Pensé en aprovechar su cumpleaños para hacerle un pequeño homenaje —confieso al fin y dejo que las palabras fluyan con naturalidad—. Quiero que se dé cuenta de lo importante que ha sido para todas las personas que han pasado por aquí, que este lugar es mucho más que una cafetería. Incluso si decide irse y dejarme a mí las riendas, quiero que sepa que siempre será su segunda casa.

—Eso es muy bonito… —comenta Julia con sinceridad y su mirada fija en mí—.

Entonces me vas a necesitar mucho más que para esa tarta de naranja.

Nos reímos, y ella asiente con suavidad, con esa complicidad que tanto me gusta.

—No te preocupes, cuenta conmigo para lo que necesites. Podemos pedirle también ayuda a Estefi. Incluso a Sarah. Algo me dice que las dos no se opondrán a trabajar juntas.

La idea me hace sonreír, y por un instante las dos miramos hacia el interior de la cafetería, imaginando cómo sería ese día tan especial.

—Y tendremos que incluir a tus padres. No quiero que se dé cuenta de nada, y ellos son mi mejor opción para sacarlo de aquí.

—Hablaré con ellos. Seguro que se les ocurre algo.

—Gracias…

Y entonces, sin previo aviso, le doy un beso en la mejilla. El gesto me sale natural, como si fuera lo más sencillo del mundo, pero noto cómo se queda paralizada, mirándome en silencio. Julia no dice nada, pero la sonrisa que aparece en sus labios habla por sí sola. Y yo también sonrío, incapaz de ocultar lo que siento.



18

ENTRE CAFÉ Y CAFÉ

Un día después

JULIA

A primera hora de la mañana, recibí un mensaje de Emma citándome en Rumore a las seis de la tarde. El cumpleaños de Marcos es este mismo domingo, y algo me dice que, con tanto trabajo, apenas ha tenido tiempo de organizar la sorpresa. Por suerte, he traído refuerzos. Estefi desayunaba conmigo cuando me mensajeé con Emma, y no dudó en ofrecer su ayuda. Sobre todo porque Sarah también participa, y sé que la idea de pasar más tiempo con ella le entusiasma.

La campanilla de la puerta suena a nuestra llegada, y no puedo evitar sonreír al ser recibida por el aroma a café y bollería recién horneada. Las conversaciones se entremezclan con el tintineo de las tazas y las risas, que provienen de un grupo de adolescentes en un rincón que disfrutan de esos batidos que yo también solía pedir cuando era más pequeña.

Emma aún no se ha dado cuenta de que hemos llegado, lo que me da un breve instante para observarla. Está detrás de la barra, y su frente se frunce ligeramente cada vez que se le acumulan los pedidos. Incluso agobiada, me parece increíblemente atractiva.

—Esto está lleno hasta los topes. ¿Estás segura de que Emma dijo que era este viernes? —pregunta Estefi, a mi lado—. No sé yo si podremos planificar mucho.

—Marcos está con mi padre en la timba de dominó, y hay que aprovechar. Así que, vamos. —Nos acercamos a la barra y, con una sonrisa, la saludo—: Ey, menudo día que hemos elegido para organizar una fiesta sorpresa, ¿eh?

Emma se gira, deja por un momento la máquina de café, y me dedica una sonrisa que se me clava dentro.

—Agradezco que tu padre llamase ayer al mío, porque si no… —suspira y deja salir algo de su agobio—. Estos días tenemos mucho trabajo. No sé si el cartel de «cerramos en junio» ha atraído más a la gente o qué. —Se encoge de hombros, y eso hace que mi mejor

amiga suelte una carcajada.

—Necesitas un descanso, te lo juro.

—Bueno, esperemos que no entre nadie más por esa puerta.

Como si el universo se burlara de nosotras, la campanilla suena justo en ese momento. Las tres rompemos a reír, llamando la atención de Sarah, que aparece desde la cocina secándose las manos.

—¿Se puede saber a qué se debe el cachondeo? —pregunta con una ceja levantada.

—Nada, tonterías —responde Emma rápidamente—. ¿Has preparado la mesa? No quiero que nos reunamos aquí en medio con tanta gente. Mi padre podría aparecer y estropear la sorpresa.

—Sí. También puse un poco de coca para picar, porque estoy segura de que nos llevará un buen rato.

—Siempre siendo la mejor —dice Estefi con un tono que me hace mirarlas de reojo. Sarah le responde con un guiño coqueto que no pasa desapercibido.

—Anda, vamos. Pero quiero que sepáis que yo me hago cargo del menú.

Estefi me sujeta del brazo y me empuja hacia el interior de la cocina. No puedo evitar sentirme como una niña que acaba de cometer una travesura y ha sido sorprendida por su madre.

En cuestión de minutos, la mesa de la cocina está llena de hojas de papel con ideas anotadas. Afuera, Rumore sigue con a su ritmo natural. Emma entra y sale constantemente, y puedo decir con seguridad que la fiesta de homenaje y cumpleaños está casi lista. Yo sigo con el bolígrafo en la mano, garabateando detalles, preocupada por los flecos que aún quedan sueltos. Hay mucho por hacer, pero también una emoción latente en el aire, como si este momento fuera solo el principio de algo más grande.

—¿A qué le estás dando vueltas? —Emma, apoyada en el respaldo de la silla que ocupo, se inclina hacia adelante casi a la altura de mi cara mientras revisa lo que tengo escrito—. Por esto no te preocupes. El domingo la cafetería está cerrada, así que podemos dejar todo listo el sábado a última hora.

—¿Y cómo harás para sacar a tu padre del local? —pregunta Sarah, preocupada, antes de marcharse de la cocina a toda prisa al escuchar como un cliente reclama atención.

—Darle la noche libre —responde Estefi con naturalidad, y Emma suelta una risilla —. No creo que le importe mucho.

—Se nota que no le conoces. Mi padre es muy cabezota.

—Bueno, no te preocupes, seguro que encontrarás alguna solución para eso —le digo y busco una de sus manos para regalarle una caricia que no pasa desapercibida para mi mejor amiga—. Centrémonos en lo que nos queda.

—¿A tu padre le gusta todo tipo de comida? —pregunta ella con interés.

—Sí, claro. Lo único que no le hace mucha gracia son los frutos secos, pero lo demás… —Emma sonríe mientras me lanza una mirada cómplice—. Tienes libertad de hacer todo lo que quieras.

—Deja que le dé una vuelta y me pongo con ello enseguida. Te prometo que les va a encantar a todos —asegura Estefi—. Aunque la tarta, eso sí que…

—No te preocupes por eso. Emma y yo quedamos en hacerla juntas —la interrumpo con un tono que busca tranquilizarla—. Una mousse de naranjas de la tierra.

—¿Y qué hacemos con la decoración? —pregunta Sarah de repente, tras irrumpir de nuevo en la cocina—. Habrá que hacer algo bonito. También avisar a sus amigos, decirles que habrá algo especial para Marcos, ¿no os parece?

—¿Quieres hacerlo conmigo? —Estefi se nos adelanta, y Sarah nos mira con los ojos brillantes, a la espera de que la ayudemos a decidirse—. Pero vamos, que si estás muy ocupada…

—No, es que… vas a tener que hacer también lo de la cena —dice Sarah mientras se muerde el labio inferior. Por un momento, Emma y yo nos quedamos mirándolas, como dos espectadoras del momento más gracioso del día—. Pero sí. Si Emma me da unas horas libres, claro que puedo.

Emma sonríe. Hace como si estuviera pensándoselo durante unos segundos y, cuando nuestras miradas chocan, yo asiento con un gesto que la invita a que haga lo que ambas creemos que es lo mejor: empujar a esas dos a que se lancen y hablen de lo que sienten.—Puedes tomarte alguna tarde libre si lo necesitas. No me importa.

—Entonces, que no se hable más —exclama Estefi con ánimo, emocionada por la respuesta—. Yo tengo libre el miércoles que viene. Quizá podamos salir ese día y comprar todo lo que se necesite.

—S-Sí, está bien.

Sarah se marcha otra vez, dejando tras de sí una mezcla de nervios y sonrisas. De pronto, no quedamos a solas las tres. Emma y yo nos miramos, deseando preguntar algo. Es obvio que a las dos nos mueve el mismo impulso y que, por eso, terminamos soltando un carraspeo al mismo tiempo, rompiendo la tensión que se ha generado.

—¿Os apetece un café? La coca boba se pega a la garganta —pregunta Emma de pronto, cambiando de tema.

—Claro. Necesito un poco de combustible —menciona Estefi, dejándose caer en una silla con exageración—. O no soportaré este nivel de planificación.

—No exageres —respondo y ruedo los ojos, riendo porque, en parte, tiene razón—. Trae un par de cruasanes, le van a flipar.

—¿Me queréis cebar?

Emma se ríe con suavidad, y durante un momento nos quedamos a solas Estefi y yo. Yo aparto la mirada de los papeles que hay esparcidos por la mesa y la miro a los ojos, a la espera de que me cuente qué sucede realmente con Sarah y qué es eso que todavía no me ha contado.

—¿Piensas decirme qué os pasa a Sarah y a ti?

—No seas pesada —suspira y se lleva una mano al cuello, incómoda—. Es obvio que nos gustamos, pero la situación no es fácil. Yo tengo casi cuarenta años, ella veinte. Son veinte años, unos padres LGTBIfóbicos y…

—Joder, no esperaba que fuese tan complicado.

La conversación continúa, y poco a poco me entero de que las dos se conocieron en un pub del centro hará cosa de medio año. Se enrollaron esa misma noche, y fue una casualidad que las dos se reencontraran en Rumore. Apenas han hablado de lo que pasó aquella vez, pero se escriben a menudo. A veces incluso se llaman, y hay algo entre ellas que no pueden explicar pero que las une, como si estuvieran destinadas a encontrarse.

—Y yo que pensaba que te gustaban mayores.

—Serás idiota. —Estefi hace una pelota con las hojas sobrantes de nuestras anotaciones y me la lanza como si fuera una niña pequeña—. Sarah es especial.

—Sí que lo es. —Emma interrumpe nuestra charla y deja un par de cafés sobre la mesa junto a una bandeja de cruasanes—. Por eso trabaja aquí.

Nos quedamos en silencio por un momento. Ninguna lo dice en voz alta, pero las tres sabemos los problemas que enfrenta Sarah a diario. Apenas tiene veinte años, y su vida está llena de desafíos. Ese pensamiento nos une en un suspiro compartido mientras el sabor a mantequilla llena nuestras bocas.

Los minutos pasan y, finalmente, damos por terminada la reunión con un montón de anotaciones en la libreta y unos planes que hacer realidad en los próximos días.



19

CONFESIONES DE MEDIANOCHE

EMMA

Valencia. 17 de mayo, 2025

Para sorpresa de Sarah y mía, mi padre decidió cerrar Rumore antes de lo previsto hoy. Después de la ajetreada mañana que tuvimos, agradezco tener tiempo para darme un baño relajante y cenar una de esas tortillas deliciosas que solo él sabe hacer, sentada en la terraza sin prisas. Mañana termina la Liga, el Valencia jugó ayer, y al fin tendremos el descanso que tanto necesitamos.

Sin embargo, cuanto más se acerca el final del mes, más nerviosa estoy. En los últimos días, he hablado mucho con mi padre sobre todo lo que quiero cambiar en la cafetería: las mejoras, las ampliaciones, los pequeños detalles que quiero acomodar. Después de pensarlo juntos, decidimos que los tres meses de verano y parte de septiembre serán suficientes para poner todo en orden.

Lo he visto ilusionado, y eso me reconforta. Hacerlo partícipe en este nuevo proceso será bueno para él. Quiero que esté presente, que sienta que forma parte de cada decisión, que entienda que mi intención no es demoler el pasado, sino unificarlo con un estilo más bohemio, más mío.

El reloj marca la medianoche. Me he preparado un zumo de naranja frío con un toque de vodka y me siento nuevamente en la terraza. La casa está en calma; mi padre ya duerme, y este momento de tranquilidad me parece un lujo raro. En noches como esta, a veces desearía salir a bailar, romper la rutina y disfrutar de la vida como una mujer normal de treinta y cinco años. Pero desde hace mucho, mis días libres los utilizo para recuperar fuerzas, dar paseos o poner en orden las cosas de Rumore para la semana siguiente.

«Aunque me encantaría ser como esos jefes que delegan todo en sus empleados», pienso y suelto un suspiro mientras cierro los ojos. La brisa fresca de la noche me roza las mejillas y me entrega un alivio fugaz. Aunque mi paz se interrumpe cuando el teléfono vibra en mi regazo. Al mirar la pantalla, veo que es Pablo.

—¿Se puede saber qué haces despierto tan tarde? —pregunto con curiosidad.

—Te preguntaría lo mismo, pero estoy seguro de que acabas de llegar a casa —responde con una pequeña risa—. ¿Qué tal ha ido el día?

Me incorporo en la hamaca y me acomodo mientras paso una mano por mi pelo.

—Papá decidió cerrar temprano hoy, así que llevo un buen rato en casa —le cuento con una sonrisa—. Estoy en la terraza, tomándome algo. Es la primera vez en meses que tengo un momento para mí. ¿Te lo puedes creer? Es un desastre.

—Siempre le he dicho que debería ser más estricto con los horarios —comenta y suelta un suspiro—. Pero ya sabes cómo es. Aunque supongo que eso cambiará cuando tomes tú las riendas. —Su tono se llena de emoción—. ¡Por fin lo has conseguido! No me puedo creer que mi hermana pequeña vaya a dirigir su propio negocio.

—Yo tampoco me lo creo aún —confieso, dejando escapar una risa ligera.

—¿Y eso por qué? —pregunta, esta vez más serio—. Es lo que siempre has querido. Además, cuando papá me lo contó, lo noté emocionado.

—Eso es lo que me da miedo. Él cree en mí, y yo no sé si seré capaz de lograr lo que él y mamá hicieron en todos estos años —admito y recuerdo las palabras de Julia—. No quiero que gastemos dinero en las reformas, en cambiar la cafetería al completo, y que luego a la gente no le guste. ¿Sabes? Me rompería el corazón.

—Es natural que tengas miedo. Es una responsabilidad enorme, pero sé de sobra que no hay nadie como tú para hacerlo —me anima. Su tono es cálido, seguro—. Y no soy el único que lo cree.

El silencio que sigue es breve, pero cargado de significado. Todo el mundo piensa que he nacido para esto, que estoy preparada para dar el paso, que solo necesito dejar que mi corazón hable, que mis emociones fluyan; convertir Rumore en una extensión de mí misma y disfrutarlo como lo hicieron mis padres en el pasado. Pero yo sé que no será sencillo. Sé que no podré hacerlo sola y que necesitaré a alguien a mi lado para recordarme que mi padre tomó la decisión correcta, que puedo con esto y con cualquier cosa que me proponga.

De repente, el recuerdo de Julia aparece en mi cabeza, y mi corazón da un vuelco. Ella es quien más me ha impulsado, quien ha logrado que mis sueños tomen forma. O, al menos, que pueda verlos plasmados en un papel. Me encantaría contar con ella, ser ese equipo que fuimos el sábado pasado: trabajar juntas, tendernos una mano, porque ella es demasiado buena en lo que hace. El restaurante de una cafetería no es un lugar para una mujer que ha trabajado tan duro y conseguido tanto. Julia necesita y merece algo más: un restaurante, un espacio donde crear platos de cinco estrellas que dejen a todos sin palabras.

—Papá confía en ti.

—Lo sé, pero… —murmuro y me muerdo el labio inferior—. Sabes que la cafetería no es un local cualquiera.

—Emma, nadie espera que seas perfecta —me recuerda, con una calma que me reconforta—. Solo que seas tú, que encuentres tu sitio, tu pasión, y que seas feliz.

Las palabras de mi hermano se sienten como un abrazo inesperado, uno que no sabía cuánto necesitaba. De pronto, me envuelven, me acunan como si fuera una niña perdida en medio de un bosque oscuro. Debo confiar más en mí, tener valor, atreverme a soñar y disfrutar.

—¿Sabes? Al final de lo la fiesta de cumpleaños de papá sigue adelante —comento, apartando el tema de mis miedos a un lado—. No sé si le gustará, pero pienso hacerlo igual. Además, será como un pequeño homenaje.

—¿Un homenaje?

—Sí, bueno… ya sabes. Lleva en Rumore desde hace años, ha hecho muy buenos amigos, y todos en la plaza y el barrio lo aprecian mucho —le explico y me siento más animada—. Julia, la hija de Vicente y Chus, me va a echar una mano con la tarta y con todo lo necesario.

—Creo que va a ser algo muy especial, Emma —responde emocionado. Lo imagino sonriendo al otro lado del teléfono. Pablo sabe lo importante que es la cafetería para nuestro padre, la cantidad de recuerdos que hemos creado allí—. Estoy seguro de que lo harás llorar.

—Podrías tomarte el día libre y traer a Ingrid. Es increíble que aún no la conozcamos.

—Ahora que lo mencionas, lo haré —responde con seguridad—. Ella quiere veros. Le he contado muchas cosas sobre vosotros y sobre la cafetería. Aunque llevamos poco tiempo, creo que esto podría ir para largo.

—A papá le va a encantar teneros aquí —aseguro, dándole un sorbo a mi bebida—. Al menos que uno de los dos se case, por favor —bromeo y me echo a reír como una tonta, como si esa opción no estuviera escrita para que yo la disfrute o la contemple.

—Tan dramática como siempre —menciona, y nos reímos—. Algún día encontrarás a alguien que te haga vibrar por dentro, que aparezca en tu mente a todas horas, que te apoye y se quede contigo, que crea en ti.

—¿Y si te dijera que ya la tengo?

—Espera, ¿¡qué!? —grita desde el otro lado del teléfono—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Ya sabes que Julia y yo… bueno, yo sentía algo por ella cuando estábamos en el instituto —le recuerdo, tratando de sonar despreocupada—. No sé. Desde que llegó hemos vuelto a hablar, hemos recuperado el tiempo perdido, y redescubrirla me ha llevado a sentir cosas por ella que creía prácticamente muertas.

—Es que hay amores que no desaparecen, que se quedan viviendo dentro.

—Pues eso me está pasando —suspiro y dejo que las palabras se lleven parte del peso que siento dentro—. Es como si nunca la hubiera dejado ir, a pesar del tiempo, de la distancia… —Me muerdo el labio inferior e intento ordenar mis pensamientos—. Me gusta demasiado, y no quiero cometer el error de encariñarme con alguien que no pone de su parte.

—¿Estás segura de que ella no quiere nada?

—No lo sé… —admito con un tono más bajo—. Solo sé que últimamente nos vemos mucho, que cada vez que coincidimos parece que estamos buscándonos sin decirlo en voz alta. —Me encojo de hombros, aunque él no puede verme—. Me gusta. Me gusta verla cada dos por tres, aunque eso me asusta.

—Pues no pierdas el tiempo pensando tonterías. Hazle saber lo importante que es para ti. —Su tono cambia por uno más firme—. Creo que, en el amor, siempre debe haber algo de riesgo. Si tú no das el paso, puede que ella tampoco lo haga, y entonces te quedarás con las ganas.

—¿Tú crees?

—Si Ingrid no se hubiera lanzado, yo seguiría soltero. Así que sí.

—No sé… —murmuro y dejo que la inseguridad se asome en mi voz—. ¿Y si soy la única que se siente así? Solo pensarlo me da… —Suelto un suspiro pesado—. Qué vergüenza, por favor.

—Más vale pasar un momento de apuro que arrepentirte toda la vida por no haberlo intentado.

—En eso tienes razón… —reconozco, notando cómo sus palabras empiezan a calar en mí.

—Pues hazme caso y aprovecha un momento con ella. —Lo dice con una naturalidad que me sorprende—. Quizá mientras estás organizando lo de papá. Seguro que encuentras un instante, aunque sea pequeño.

—Está bien. Veré qué hago.

—Y por favor, mantenme al tanto. No me dejes en ascuas —dice entre risas, contagiándome su buen humor—. Ya sabes que siempre soy el último en enterarme de todo.

—No te preocupes, lo sabrás antes que papá incluso.

—Así me gusta —añade, y noto cómo bosteza al otro lado de la línea—. Yo te dejo ya. Voy a darme un baño y meterme en la cama. Ingrid está de turno en el hospital, así que aprovecharé para dormir del tirón.

—Descansa mucho. Hablamos pronto.

—Y tú también…

—Te quiero.

Cuelgo la llamada con una sonrisa en los labios. Me siento más ligera, pero al mismo tiempo nerviosa. Cierro los ojos y dejo que las palabras de ánimo de mi hermano se asienten dentro de mí, empujándome hacia un propósito que no había previsto. No puedo dejar de pensar en Julia, en cómo su presencia ilumina mis días, en la manera en que habla y me inspira, en lo mucho que me comprende. Quizá Pablo tenga razón. Ella vale la pena; siempre lo he sabido. Pero mis miedos y mi inexperiencia me han detenido antes. Ahora ya no soy esa cría que temía ser rechazada o equivocarse. Sé bien lo que me está pasando, y es hora de descubrir si soy la única que tiene esta clase de sentimientos.



20

MENSAJES A DESHORAS

EMMA

Valencia. 21 de mayo, 2025

Si alguien me preguntase qué día de la semana es mi favorito en Rumore, diría que los miércoles. A esta hora de la tarde, la cafetería parece sumida en una especie de limbo, un punto medio que se refleja también en el ambiente. A mi alrededor, solo algunas mesas están ocupadas, y afuera, en la terraza, la gente conversa animadamente, tomándose su tiempo para disfrutar de un café o una copa de helado.

Desde la conversación que tuve con Pablo el sábado pasado, no he dejado de pensar en Julia, en todo lo que significa para mí su regreso y en lo que puede significar que decida abrir su nuevo restaurante con Estefanía en la plaza. Su presencia ha revuelto algo dentro de mí, las emociones que hace años había enterrado en lo más profundo de mi corazón de pronto han visto la luz de nuevo y ahora no hay forma de ocultarlo: sigo enamorada de ella.

Desde el mostrador, no puedo evitar divagar y viajar lejos de aquí. La rutina de los últimos días me rodeó y protegió como una burbuja, y me ayudó a no mostrar lo que siento, pero hoy, con tan poco trabajo, los pensamientos me persiguen y me llevan de viaje al viernes, cuando organizamos los detalles de la fiesta sorpresa para mi padre.

Siempre supe que mi amor por Julia nunca desapareció, pero ahora que su presencia se ha vuelto cotidiana, no sé qué hacer con él. Como le dije a mi hermano, no tengo idea de si ella siente lo mismo por mí, si esa complicidad y química que percibo cuando nuestras miradas se cruzan es solo una ilusión mía o si estoy soñando como lo hacía cuando era una cría.

El ruido de la puerta de la cocina, que conecta también con el pequeño vestuario, me saca de mis pensamientos. Sarah aparece con su bolso colgado al hombro y una expresión en el rostro que no sé muy bien cómo interpretar. Sé que está nerviosa por su cita con Estefanía, pero también que le vendrá bien pasar un rato con ella.

—Bueno, yo me voy ya —dice mientras se acerca a darme un beso en la mejilla y

sonríe—. Recuerda, si necesitas algo o te ves saturada, llámame y vuelvo corriendo.

—Sabes que no voy a hacerlo —le respondo, cruzando los brazos—. Ve y diviértete. Y por favor, no os emocionéis mucho con la decoración. No quiero algo demasiado fiestero, ¿de acuerdo?

—Y yo que había pensado en comprar gorritos con borlas —bromea, echándose a reír al ver mi expresión—. Es broma, mujer. Sé cómo es tu padre, y no creo que le gusten esas tonterías —aclara mientras suspira y mira el reloj—. Bueno, pasa una buena tarde, ¿sí?

—Y tú. Aprovecha y habla con Estefanía, anda. Me pone de los nervios ver cómo os miráis y lo poco que os decís. —Le hago saber, y sus mejillas se tiñen de un rojo que me arranca una sonrisa—. Sé que os traéis algo entre manos, y algún día espero que me lo cuentes.

—Lo mismo digo de ti y Julia —comenta con picardía, y su frase provoca que abra los ojos de par en par—. Si tú vieras la cara que se os pone cuando os miráis, no te sorprenderías tanto.

—No tenemos nada.

—Aún —recalca, arqueando una ceja.

—No digas tonterías —respondo mientras la acompaño hasta la puerta de la cafetería con una mezcla de nervios y risas—. Vete o la harás esperar.

—Di mejor que no quieres que me quede porque sabes que al final, te sacaré todo eso que no me quieres contar.

Su comentario me arranca una risa nerviosa que percibe al instante. Hablar de Julia aún me pone fatal. No quiero que nadie sepa que llevo toda la vida enamorada de ella; quiero ser yo quien lo confiese cuando llegue el momento adecuado. Sarah me observa con la mano en la puerta y los ojos fijos en mí.

—No me mires así. Ya te lo contaré algún día de estos.

Ella entrecierra los ojos, no del todo convencida, pero no insiste. Le agradezco su discreción mientras deja escapar un suspiro antes de despedirse con un par de besos.

—Nos vemos mañana. A primera hora estaré por aquí.

—Hasta mañana.

Cuando sale por la puerta, suspiro profundamente. Los nervios que había sentido al verme descubierta se disipan y el silencio de la cafetería me envuelve como una manta. No puedo fingir más, ni mucho menos negar que entre Julia y yo hay algo. Aunque no sepa exactamente qué es, y aunque me muera de ganas por descubrirlo.

. . .

Han pasado un par de horas desde que Sarah se marchó, y mi mente sigue anclada a Julia.

Los recuerdos del otro día en la churrería, esos momentos que compartimos entre miradas y sonrisas, su cercanía, su presencia constante… todo se ha instalado dentro de mí, haciéndome imposible deshacerme de esta sensación de necesidad que me obliga a mirar mi teléfono una y otra vez con ganas de escribirle.

Julia siempre fue importante, y desde que atravesó las puertas de la cafetería de nuevo, no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ella. En cómo me siento cuando está cerca, en el sonido de su voz llenándolo todo, en su forma de caminar, reír, de llenar el espacio con su energía.

Me paso una mano por el pelo, despeinándolo aún más, y suelto un suspiro. No puedo seguir así, atrapada en este ciclo de dudas y expectativas. Necesito verla. Hablar con ella. Saber si lo que siento también lo siente ella.

Sin pensarlo demasiado, cojo el móvil y abro nuestra conversación. El hilo de mensajes del día de la churrería sigue ahí, intacto, y al verlo, una sonrisa se instala en mis labios. El recuerdo de cuando me dio su número se mezcla con la emoción que siento ahora. Sé que queda poco tiempo para la fiesta de cumpleaños y que tenemos que hacer la tarta, así que uso esa excusa.

Mis dedos se deslizan sobre el teclado mientras intento calmar los nervios que me recorren.

Emma: Hola, Julia. ¿Cómo va todo? Estaba pensando que mañana, a última hora del día y después de cerrar, podríamos quedar para hacer la mousse. ¿Te parece una buena hora? No quiero que mi padre esté rondando por aquí, será mucho más fácil. Además, estaremos solas y podremos hablar sin que nadie nos interrumpa.

Miro el mensaje durante unos segundos, dudando. Respiro hondo, me convenzo de que es algo sencillo, y lo envío. El tiempo parece detenerse mientras espero su respuesta. Cuando por fin vibra el móvil, mi corazón da un pequeño vuelco. Al abrir el mensaje, una sonrisa se instala en mis labios, fruto de los nervios y la emoción.

Julia: Todo va bien, ¿qué tal tú? Ey, me has leído el pensamiento. Estaba a punto de escribirte por lo mismo. La mousse puede estar en la nevera hasta el domingo, así que es perfecto. No me importa ir a última hora, lo entiendo. ¿Estoy allí a las doce? ¿Te parece?

La sonrisa se amplía aún más mientras escribo mi respuesta. Me aseguro de que las mesas estén atendidas y de que no haya nuevos clientes antes de contestar.

Emma: Yo estoy bien. Estoy teniendo un día tranquilo en Rumore, ¡aleluya! Me parece la hora perfecta. Entonces, mañana a las doce te espero. Hazme una lista con todo lo que necesitemos e iré a comprarlo a primera hora, ¿vale? Pasa una buena tarde.

Julia: Nos vemos mañana.

Junto al mensaje, envía una foto de la receta con los ingredientes detallados. Suelto una pequeña risilla al ver lo organizada que es. Suspiro, dispuesta a seguir con mi trabajo, y guardo el móvil en el bolsillo mientras recojo algunas mesas vacías. El tiempo parece pasar con rapidez hasta que, de pronto, el teléfono vibra de nuevo. Lo saco con curiosidad y, al desbloquearlo, leo un mensaje que hace que mi corazón se paralice.

> **Julia:** Estoy deseando pasar un momento a solas contigo. Apenas tenemos tiempo para hablar y lo echo de menos. Lo del otro día en la churrería se me quedó corto.

La intensidad de esas palabras me golpea de lleno. Mi pecho se agita y un calor suave me sube por las mejillas. Quiero responderle, pero me siento incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Así que, al final, opto por algo sencillo: un par de emoticones que espero transmitan lo que siento en este momento. La puerta de Rumore se abre, y un cliente entra acompañado de su pareja. Respiro hondo, guardo el teléfono y coloco mi mejor sonrisa mientras me acerco a darles la bienvenida y tomar nota de su pedido. Sin embargo, incluso mientras les atiendo, mi mente regresa a Julia, a ese mensaje y a la sensación creciente de que algo especial está empezando a construirse entre nosotras. Algo que, quizá, sea el comienzo de una historia real.



21

GUIRNALDAS DE COLORES

Unas horas más tarde

ESTEFANÍA

Cuando Emma propuso que Sarah y yo fuéramos las encargadas de buscar y comprar la decoración para la fiesta de cumpleaños de Marcos, sentí que estaba casi obligándonos a hacerlo. A estas alturas, es probable que tanto ella como Julia hayan notado que entre nosotras hay algo especial, algo que ni siquiera yo logro explicar del todo.

Son las cinco y media de la tarde, y el centro de la ciudad está repleto de gente. No dejo de mirar a mi alrededor, buscándola. Saber que vamos a pasar el resto del día juntas es casi un sueño, porque estos últimos meses nuestra relación se ha limitado a unos cuantos minutos robados entre café y café. Sé que su vida no es fácil, que su familia no la trata bien, y no soporto la idea de que esté sufriendo en silencio. Pero algo me dice que Emma, de alguna manera, ha asumido el papel de su hermana mayor, y eso me reconforta.

De pronto, entre el bullicio, la veo acercándose. Su pelo rubio está suelto, y el color magenta de su vestido realza el verde brillante de sus ojos. Su bolso cuelga despreocupadamente de su hombro, y su expresión relajada tiene ese toque de melancolía que me atrapó la noche que la conocí.

—Vaya, vaya. Mira quién ha llegado puntual a la cita —bromeo, fingiendo sorpresa cuando está a mi lado.

—Alguna vez tenía que pasar, ¿no? —responde con una sonrisa divertida—. ¿Llevas mucho tiempo esperando? Me entretuve hablando con Emma en la cafetería.

—Solo un poco. Pero no importa, me viene bien salir de casa y tomar el aire.

Sonreímos. Por un instante, el recuerdo de la última vez que estuvimos a solas cruza mi mente. Fue hace meses, durante una noche que empezó con risas y terminó enredando nuestras emociones de una forma que ninguna de las dos supo manejar. Desde entonces, las cosas han sido… complicadas.

—Bueno, ¿estás lista para sumergirte en el mundo del confeti y las serpentinas?

—No sé si estoy preparada para tan ardua tarea, pero vamos allá.

. . .

Llevamos más de veinte minutos en una tienda de artículos de fiesta. Todo a nuestro alrededor es un caos cegador de colores. Hay globos de todos los tamaños y formas; las estanterías están abarrotadas con serpentinas, guirnaldas y adornos temáticos que parecen sacados de cualquier rincón del mundo. Un grupo de niños corretea entre los pasillos, riendo mientras su madre los persigue con una mezcla de frustración y resignación. Las risas de los pequeños son tan vibrantes que me arrancan una sonrisa.

—¿Qué te parecen estas? —pregunto y señalo una colección de artículos decorativos con motivos florales—. Yo creo que quedarían bonitos.

—Emma me dijo que no quiere nada estrafalario, así que busquemos algo más sencillo.

Con su respuesta, me encojo de hombros y decido continuar. Sarah me sigue, la veo rozar distraídamente algunos adornos y no puedo pasar por alto su actitud de hoy. Hay algo que le preocupa, pero no estoy segura de si soy la persona adecuada para preguntarle.

Aun así, lo intento.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro. —Su respuesta llega rápido, demasiado rápido, casi de manera automática—. No es nada. Solo… he tenido muchas cosas en la cabeza últimamente.

—Bueno, si necesitas hablar de ello, ya sabes que estoy aquí.

Ella asiente con una sonrisa breve, pero no dice nada más. Yo tampoco la presiono, respeto el espacio que parece necesitar.

Seguimos explorando los pasillos en silencio, dejamos que el ruido de la tienda llene los huecos entre nosotras. Aunque no diga mucho, sé que algo la inquieta. Y mientras la observo de reojo, decido que voy a hacer lo posible por ganarme su confianza, aunque me lleve tiempo, aunque no sepa si voy a conseguirlo o no.

SARAH

Asiento y evito la mirada de Estefanía mientras escojo una guirnalda al azar y la coloco en la cesta que cuelga de mi brazo. Ella me observa con esos ojos negros que tienen el don de ver más allá de lo que quiero mostrar, y por un momento, tengo la tentación de contarle la verdad. Pero no lo hago. Es más fácil para mí esconderlo que aceptar que mis padres no soportan saber que soy lesbiana, y que su desaprobación pesa cada vez más en mi corazón.

—Gracias por todo, pero estoy bien.

Ella no insiste, y se lo agradezco. En lugar de presionar, se desvía y camina hacia otro pasillo, dejando esta zona de la tienda atrás. Me siento como una idiota por ocultarle lo que realmente siento, pero no puedo permitir que Estefanía se adentre más en mi interior de lo que ya lo está. Porque dejarla entrar del todo significaría romper con lo poco que tengo.

—¿Crees que estos globos quedan bien con las guirnaldas? —pregunto y trato de desviar la conversación. Me mira, y aunque su sonrisa se amplía cuando cruzamos miradas, su preocupación por mí se clava profundamente—. Si los colocamos en la barra...

—Es una buena idea. Además, llenarán de color el salón y, a falta de lucecitas de colores…

—Si lo convertimos en un guateque de los ochenta, Emma nos mata —respondo, y nos echamos a reír.

—Y respecto a lo otro...

—No tienes que preocuparte por mí. Estoy acostumbrada a manejar las cosas sola.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —dice mientras me sujeta de la mano y me lleva a un rincón apartado de la tienda—. Me tienes aquí, ¿de acuerdo?

Mi corazón se agita y una presión insoportable se instala en el centro de mi pecho. Siento la necesidad de salir corriendo, de huir, como lo hice aquella mañana en que desperté enredada en las sábanas de su cama y me di cuenta de cuánto necesitaba que alguien me amara como lo hizo ella.

—¡Es complicado, ¿vale?! —le grito de repente—. Mis padres… ¡ellos no aceptarían esto! ¿Es que no lo entiendes? Lo único que hago es darles asco, que me miren como si fuese...

Estefanía me rodea con sus brazos antes de que pueda decir algo más. Me acuna contra su pecho, refugiándome en su cuello.

—No puedo imaginar lo difícil que debe ser eso, pero no me voy a marchar a ninguna parte. Me voy a quedar, aunque me eches a patadas y me digas que no quieres verme más.

No sé por qué, pero sus palabras me atraviesan irremediablemente. Quizás es porque las creo, porque sé que no es de esas personas que dicen cosas solo por decirlas.

Levanto la vista y la encuentro mirándome con una mezcla de preocupación y ternura que me hace sentir vulnerable y segura al mismo tiempo.

—A veces tengo la sensación de que esta situación no va a cambiar nunca. Que siempre voy a tener que elegir entre ser quien soy y quien mis padres quieren que sea.

—No tienes que elegir, Sarah —responde sin dudar—. Eres increíble tal como eres, y si no pueden verlo… ellos se lo pierden.

Quiero creerla, pero es complicado cuando has pasado media vida luchando contra ti

misma para agradar a las personas que deberían amarte incondicionalmente. Suspiro, sintiendo un leve alivio al soltar esas palabras en mi mente. Estefanía sonríe, y aunque por un instante tengo el impulso de acercarme a ella, de borrar la distancia entre nosotras con un beso, no lo hago. El miedo sigue ahí, mirándome fijamente, frío y tenso.

Cuando finalmente dejamos la tienda con las bolsas repletas de adornos y comenzamos a caminar de regreso a la cafetería, presiento que algo ha cambiado entre nosotras. Quizás es porque he conseguido que entienda lo que me ocurre, o porque, por primera vez desde que la conocí, he podido ver en sus ojos lo mucho que le importo.

Ser yo no es fácil; pensar en el amor tampoco. Nunca pensé que una mujer como ella llegaría a mi vida, ni que esa noche fuera tan significativa, pero por mucho que me encante, no sé si estoy preparada para que mi mundo se ponga patas para arriba.



22

MOUSSE DE NARANJA

JULIA

Valencia. 22 de mayo, 2025

Debo admitir que me emocioné cuando recibí los mensajes de Emma ayer. La idea de pasar unas horas juntas y crear la tarta de cumpleaños para su padre, me pareció la excusa perfecta para dejar que las cosas fluyan entre nosotras y averiguar si ella también nota este cambio en nuestra relación que, personalmente, no me deja dormir. Sin embargo, ahora que estamos aquí, parece que el mundo entero se ha detenido un momento, encapsulándonos en esta pequeña burbuja. Y eso me pone un poco nerviosa.

Rumore está iluminado por la cálida luz de las lámparas, y aún huele a café a pesar de que las máquinas llevan horas apagadas. Emma está detrás del mostrador, terminando de cuadrar la caja. Su pelo está recogido en un moño deshecho, con mechones rojizos cayendo sobre su rostro. Está preciosa, con las mejillas ligeramente sonrojadas y esa expresión concentrada que me invita a interrumpirla con algo más que palabras.

—Termino en unos minutos —dice algo apurada al verme apoyada en una mesa sin hacer nada—. No esperaba que llegases tan puntual.

—No iba a hacerte esperar —respondo y suelto un suspiro antes de acercarme a ella —. Además, esa tarta también es importante para mí. Tu padre es el mejor amigo del mío, siempre se ha portado bien conmigo. Lo quiero como si fuera de la familia.

Ella me mira, y su sonrisa se me clava en el pecho. Antes de que pueda reaccionar, desvía la mirada de nuevo hacia las cuentas, sumergiéndose en su tarea.

—Siento que tengamos que vernos a estas horas. Pensé que sería más fácil si mi padre no estaba aquí —comenta, mordiéndose el labio inferior, lo que provoca que algo revolotee en mi interior—. Le puse la excusa de que iba a quedarme haciendo las cuentas de la quincena y que Sarah estaría conmigo. No quiero que sospeche nada.

—Tranquila, no me molesta en absoluto. Además, así pasamos un momento a solas más allá de la cocina —digo, sorprendida por lo honesta que suena mi voz.

Por un instante, parece que mis palabras la desconciertan, pero rápidamente retoma su ritmo, y yo hago lo mismo, sintiéndome agradecida por este instante perfecto, íntimo y nuestro.

El tiempo pasa rápido, y sin apenas darnos cuenta, ya estamos en la cocina. Su silencio habitual, interrumpido solo por el zumbido tenue de los electrodomésticos, siempre me ha erizado la piel. Este lugar es especial para mí, un rincón donde todo parece encajar. A mi alrededor, los aparatos y utensilios imponen su presencia, pero los domino con la confianza de quien conoce su terreno.

Mientras me ato el delantal, me inclino hacia la nevera y empiezo a sacar los ingredientes que le pedí a Emma que comprara.

—Primero, vamos a preparar la *mise en place* —digo mientras coloco uno a uno los elementos frescos sobre el banco de trabajo: las naranjas, los huevos, la nata, la mantequilla. Luego cierro la nevera y reviso los armarios, encontrando las galletas, la gelatina y el resto de ingredientes, que dejo perfectamente ordenados.

Emma me observa con detenimiento. Siento sus ojos siguiéndome mientras me muevo por la cocina, y cuando la miro, se le escapa una risilla.

—¿Eres siempre tan ordenada y meticulosa?

—La cocina requiere precisión, y la pastelería aún más. Aunque también necesita algo de corazón y mucho amor —respondo, moviéndome con soltura mientras recojo los utensilios necesarios—. La clave está en encontrar el equilibrio entre ambos.

—Así que orden, precisión y amor —murmura, acercándose hasta quedar a mi lado. Por un instante, nuestras miradas se encuentran, y la intensidad del momento hace que mi pulso se acelere—. Creo que puedo con eso. ¿Por dónde empezamos, chef?

Su tono juguetón y esa sonrisa ligera me sacan una pequeña risa.

Que se refiera a mí con ese calificativo me gusta. No he tenido tiempo de mostrarle cómo soy en el trabajo, mi gran pasión, y por eso intento relajarme y disfrutar. Quiero que este momento quede grabado en su memoria, que sea uno de esos que se recuerdan con cariño, como todos los que compartíamos cuando éramos niñas.

—Primero tenemos que dar forma a la base. Algunas recetas la hacen con bizcocho, pero la más sencilla es de galletas Lotus y mantequilla —le explico, omitiendo los detalles más técnicos—. Necesito que busques el triturador, pongas las galletas dentro y las trituras a tope. Mientras tanto, yo derretiré la mantequilla y me pondré a sacar el zumo a las naranjas, ¿de acuerdo?

—Sí.

Lo que ocurre después es metódico y casi terapéutico. Emma comienza con la base de galletas mientras yo lleno una jarra entera de zumo de naranja, filtrándolo con cuidado para evitar impurezas. Las dos trabajamos, concentradas, y por un rato el mundo más allá de nosotras deja de importar. Ni siquiera mis ganas de hablar con ella interrumpen este

ritmo. Pero entonces, me da un pequeño empujón con su cuerpo, sacándome de mi ensimismamiento.

—Esto no es tan complicado como parece —dice y me sonríe. Cada vez que sus labios se curvan, siento unas ganas irrefrenables de besarla. Por eso evito mirarla a los ojos. Me he dado cuenta de que no puedo controlar lo que pienso ni lo que quiero—. ¿Qué vas a hacer con ese zumo? —pregunta.

—Ahora separaremos un poco para hacer una cobertura. El resto lo mezclaremos con la nata cuando esté montada con el azúcar —le explico de la forma más sencilla posible —. Así todo tendrá sabor a naranja y quedará espectacular.

—Estoy deseando probarla...

De repente, Emma toma una galleta y empieza a comérsela, apoyada en el banco de la cocina. Observa con interés cómo la nata empieza a endurecerse mientras yo consigo la textura que busco. Cuando estoy satisfecha, ella se toma la libertad de acercar un dedo a la nata y llevarse un poco a la boca. El gesto llama mi atención, y algo en mí se descontrola, revolviéndose como una tormenta.

—A-Ahora toca mezclar la gelatina con el zumo, incorporarla y...

—¿Y? —pregunta, pestañeando ligeramente, como si no supiera lo que provoca en mí.

—Y dejarla enfriar. El calor podría hacer que se baje —respondo, obligándome a mantener la mirada fija en sus ojos. Pero mis pensamientos me traicionan y mi mirada se desliza hacia sus labios. Carraspeo y me obligo a seguir—. Bueno, vamos con ello, o se estropeará. Y no queremos que eso pase, ¿verdad?

El silencio se instala entre nosotras tras mi pregunta, y decido que es el momento de retomar la mezcla. Sujeto el zumo de naranja, añado la gelatina que se derrite al instante y comienzo a integrarlo todo con movimientos suaves y envolventes. La fragancia cítrica nubla mis sentidos, y no suelto un suspiro de satisfacción hasta que la mezcla está perfectamente unificada.

—Menudo pintón tiene. ¿Así está bien? —pregunta Emma, y asiento ligeramente—. ¿Puedo probar?

—¿No puedes evitar llevártelo todo a la boca? —Levanto una ceja, y ella se muerde el labio inferior en un gesto tan inocente que no puedo evitar sonreír—. Toma.

No sé ni por qué lo hago, pero cojo un poco de la mezcla con mi dedo y se lo acerco a la boca. Es la primera vez que me atrevo a hacer algo así. Ni siquiera con Jade fui capaz de regalarle un gesto tan provocativo. Emma acerca sus labios a mi dedo y lo succiona lentamente. Una ola de calor me recorre el cuerpo y, sin poder evitarlo, dejo escapar un leve jadeo.

—Sí que está buena...

—Está perfecta… —respondo, apartándome ligeramente y centrándome en el bol con la mezcla. Mis manos trabajan mecánicamente, intentando ignorar los impulsos que me recorren. Sus palabras, su proximidad, todo en ella hace que sea difícil mantener el control. Decido enfocar mi atención en lo que hago, en la tarta, antes de dejarme arrastrar por emociones que aún no estoy lista para explorar del todo.

El pasado sigue siendo un peso que arrastro, un eco que me atormenta y me recuerda que soltarme puede ser peligroso. No sé si seré capaz de dejar que esto siga adelante, de entregarme al destino y fluir. Pero, al menos, guardo la esperanza de que algún día lo sea.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Emma, y la curiosidad en su tono hace que la mire.

—Siempre.

—¿Si te enseño mis ideas…? —Deja la pregunta flotando en el aire, como si dudara —. Sobre los cambios de la cafetería —aclara—, ¿me dirías qué te parece? Quiero ampliar la cocina, arreglar la terraza, el comedor… —Enumera con rapidez—. Pero no sé si me estoy pasando, o…

—¿Alguna vez has pensado que Rumore podría ser un gran restaurante? —pregunto, interrumpiéndola. Su expresión de sorpresa me hace sonreír internamente, pero me doy cuenta de que no he respondido directamente a su petición—. Y sí, claro. No te preocupes, me encantará ayudarte.

—¿Tú crees que eso sería factible? —cuestiona ahora ella, con sus ojos buscando los míos con una mezcla de interés y nerviosismo.

—¿El qué? —respondo, mientras aplasto la base de las galletas con el reverso de una cuchara para formar una capa firme.

—Lo que has dicho —menciona, y de pronto, sus manos se posan sobre las mías, deteniéndome. La sorpresa me obliga a alzar la vista y mirarla a los ojos—. Que Rumore se convierta en un restaurante.

—Bueno, a ver… —suspiro e intento enfocar mis pensamientos, aunque las palabras fluyen más rápido de lo que esperaba—. Se necesitaría más espacio. Ampliar la cocina, la terraza… Tendrías que absorber los locales de los extremos, cambiar un poco la configuración.

—Parece que ya hayas pensado en ello…

—No, es que… —Sonrío, tratando de desviar la intensidad de su mirada mientras sujeto el bol con la nata y la vierto cuidadosamente en el molde—. Se me pasó por la cabeza, y ahora que ha salido el tema, simplemente… —Levanto la mirada hacia ella, quedándome atrapada en sus ojos—. Siento si te he incomodado.

—Yo siempre he creído que Rumore podía serlo todo… —murmura, con una sonrisa suave que parece restarle importancia a lo que acaba de confesar—. No sé. Me lo imagino

de tantas maneras que a veces creo que me vuelvo un poquito loca.

—No es una locura soñar… —Niego con la cabeza y dejo a un lado lo que estaba haciendo. Mis manos caen, liberadas, y me permito centrarme solo en ella—. Es lo que nos permite conseguir todo lo que queremos.

Sus ojos brillan con una intensidad que me deja inmóvil.

—¿Y tú qué es lo que quieres?

La pregunta cuelga entre nosotras, cargada de un significado que ambas entendemos. Por un momento, siento que el aire se detiene. Y entonces, sin pensar, sin cuestionarme o preocuparme de más, me dejo llevar.



23

NUESTRO PRIMER BESO

EMMA

Continuación

Cuando los labios de Julia rozan los míos, me quedo paralizada. No es que no lo deseara, pero definitivamente no lo esperaba. Descubrí que me gustaban las mujeres gracias a ella, a través de su risa, de su sonrisa, de los momentos que compartíamos y las confesiones que nos hacíamos. Soñaba con que algún día me diría: «Emma, estoy enamorada de ti». Pero eso jamás sucedió, y nuestra relación se marchitó lentamente hasta morir.

Ahora, lo que creía exterminado arde en mi pecho. Solo ha tenido que besarme para hacer florecer las mariposas dormidas en mi interior. El beso comienza con dudas, con una suavidad que parece preguntar si esto está bien, si es lo que queremos. Pero en el instante en que ella me sujeta la cara entre sus manos y nuestros labios encajan, el resto deja de importar.

Intento dar un paso al frente y, al apoyarme en la encimera, algo cae al suelo, pero ninguna de las dos parece tener intención de detenerse. Sus manos abandonan mi cara, vacilantes, y encuentran el camino hacia mi cintura, mientras las mías se pierden en su pelo. Ese cabello que tanto me distrajo el día que regresó a mi vida y reapareció en Rumore.

De pronto, el movimiento de nuestros labios se vuelve más seguro, más profundo, y una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo. Noto cómo se despiertan emociones que vibran, aletean y susurran su nombre. Cuando nos separamos, apenas sin aliento, nuestros ojos se encuentran, y el silencio que nos rodea dice mucho más que cualquier palabra. Esto era lo que necesitaba, lo que me urgía conocer y ahora que lo sé, no puedo evitar brincar de felicidad por dentro.

—Yo... —Empieza Julia, con la voz entrecortada, mirándome como si no supiera qué decir.

—No es necesario que digas nada... —susurro, sonrío y sacudo la cabeza—. Todo está bien.

No estoy segura de si lo digo para tranquilizarla a ella o a mí misma. Tampoco sé qué añadir. Lo único que sé es que el calor de sus labios aún se mantiene en los míos, y no quiero que desaparezca. Ella asiente, pero la duda en sus ojos es inconfundible. Y cuando se aparta, creando una distancia hueca que siento como un abismo, tiemblo.

—Emma, esto no...

—Lo sé... —respondo rápido, intentando llenar el vacío que dejan sus palabras.

¿De verdad lo sé? No estoy segura de nada, excepto de que quiero acercarme a ella de nuevo, borrar esa distancia que ha puesto entre nosotras y asegurarle que no hay nada de lo que deba arrepentirse.

Julia lleva la mirada hacia la encimera, donde la mousse de naranja ya está en el molde. Su mandíbula se tensa ligeramente, y puedo ver cómo lucha contra sus propios pensamientos mientras recoge del suelo la espátula. Temo que en cualquier momento salga corriendo y me deje aquí, atrapada en este torbellino que ha desatado dentro de mí.

—Creo que deberíamos meterla en la nevera —dice al final, apenas en un susurro.

Asiento. Aunque quisiera hablar de lo que ha pasado, sujeto el molde entre mis manos y lo llevo al frigorífico. Aún falta la cobertura, pero algo me dice que eso es lo que menos importa ahora.

Como si nada hubiera sucedido, volvemos a centrarnos en lo que nos rodea y empezamos a recogerlo todo con cuidado. La noche avanza a medida que los utensilios se lavan y se colocan en su sitio. Con cada minuto que pasa, noto que me falta el aire. Julia apenas me mira, y no sé en qué estará pensando.

—Supongo que ya está —comenta, secándose las manos con un paño y echando un vistazo a su reloj—. Ya se ha hecho tarde.

—Eso parece...

El silencio que sigue es insoportable. Las palabras no dichas me ahogan, y estas emociones que no sé cómo manejar me envuelven. Ella se gira hacia mí y, por un momento, creo que va a decir algo. Pero en lugar de eso, asiente, como si hubiera tomado una decisión que yo desconozco. Luego, pone su atención en la salida de la cafetería y sonríe con cierta melancolía.

—Entonces, será mejor que me marche —dice, dejándome con la boca abierta. Pensaba que me acompañaría a casa, que caminaríamos juntas y tendríamos algo más de tiempo. Pero no menciona nada. Solo recoge sus cosas, y cuando atraviesa la barra, nuestros ojos se encuentran por un instante—. Nos vemos, Emma.

—S-Sí... —logro decir.

Cuando la puerta se cierra tras ella, dejándome a solas con el recuerdo de lo que acaba de pasar, apoyo las manos en la madera y cierro los ojos en un intento por calmar las emociones que se revuelven en mi pecho y unas lágrimas de decepción que no sé cómo

controlar. Porque, aunque no tenga idea de qué ha significado este beso para Julia, para mí lo ha cambiado todo y me ha asegurado algo que ya sabía de antes.

. . .

El sonido de la puerta cerrándose tras ella sigue resonando en el aire como un eco que no quiere apagarse. No sé cuánto tiempo he tardado en reaccionar, pero al final, mi cuerpo, que ha estado en tensión desde el momento en que nos besamos, cede y me dejo caer al suelo, con la espalda apoyada contra la madera de la barra.

El aroma de la naranja aún flota en el ambiente, pero no es eso lo que me abruma. Es lo que siento ahora, todo lo que lleva años enterrado y ha salido a flote. El amor que sentía por Julia, esos sentimientos que eran suyos cuando éramos unas crías, han regresado con una fuerza que me atormenta. No sé si está bien que sigan ahí, pero tampoco sé cómo apagarlos. No ahora que ella ha encendido la chispa de nuevo.

Con las rodillas flexionadas y los brazos rodeándolas, intento contenerme y escondo la cabeza cerrando los ojos. Pero es inútil. Las lágrimas caen antes de que pueda detenerlas. Mi cuerpo parece dispuesto a liberar todo lo que he reprimido durante años: el dolor de ver nuestra relación romperse, de sentirla como una desconocida, de verla marcharse de Valencia sin despedirse siquiera, de saber de ella solo por comentarios ajenos. No sé si estoy llorando por el pasado, por lo que perdí, o por lo que acaba de pasar. Solo sé que duele tanto como me alivia, y que lo necesito.

Los minutos pasan en un parpadeo hasta que unas manos cálidas se posan en mis hombros. Al levantar la mirada, me encuentro con Sarah, que me observa con el ceño fruncido, claramente preocupada.

—Emma, ¿estás bien? —pregunta, y veo que ha dejado sus cosas tiradas en el suelo, como si hubiese corrido al verme en este estado. Intento hablar, pero las palabras no salen. Trago saliva, niego con la cabeza y, sin más, me dejo envolver por el abrazo que me ofrece —. Tranquila, ya estoy aquí —susurra.

Su gesto es simple, cálido, sincero, y provoca que las lágrimas fluyan con más fuerza. Ella no dice nada más, solo me sujeta y me acompaña, esperando a que logre calmarme. Lo consigo poco a poco, a base de voluntad, aunque una presión persistente sigue instalada en mi pecho.

—Siento que me hayas encontrado así —murmuro al fin, con la voz rota, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—No tienes por qué disculparte —aclara, secándome una de las mejillas con ternura —. Si no puedes llorar aquí, ¿entonces dónde? Vives con tu padre, y no creo que quieras preocuparlo.

—No… no quiero. —La sombra de una sonrisa cruza mis labios.

—¿Me vas a contar qué ha pasado?

—Es largo… —respondo, pasándome una mano por el pelo en un gesto nervioso.

—Tengo tiempo de sobra. —Su sonrisa ligera me arranca una risa breve—. Ahora mismo, lo último que quiero es regresar a casa.

Quiero preguntarle qué ha pasado para que no quiera volver a su hogar, si ha tenido otra pelea con sus padres, si algo más la atormenta. Pero sé que hoy no está aquí para hablar de ella, sino para ayudarme a mí, así que dejo las preguntas a un lado y fijo la atención en mis manos.

—Julia y yo… nos hemos besado —suelto sin rodeos.

—¿Qué? —exclama, con los ojos abiertos como platos.

—Ya es hora de que lo sepas... —susurro—. Julia y yo… —Hago una pausa y suspiro —. Hubo un tiempo en el que estuve enamorada de ella. Y bueno, las cosas no acabaron como imaginé. Y ahora… ahora estoy muerta de miedo.

—¿Por qué razón?

—Porque ella ha reaccionado como si mi cercanía la agobiara —confieso y bajo la mirada—. Y porque ha hecho que sienta cosas que ni siquiera soñaba volver a sentir por ella. —Sarah se mantiene en silencio, escuchando con atención mientras intento explicar el torbellino de emociones que me sacude—. Nuestra conexión era increíble, de esas que no tienes con cualquiera —continúo—. Pero todo se rompió. En vez de luchar, en vez de decirle lo que sentía, me hice a un lado y dejé que se destruyera.

—Emma…

—La gente dice que el tiempo lo cura todo, pero creo que solo entierra las heridas — murmuro y dejo escapar un suspiro tembloroso—. Y ahora que está aquí, que nos hemos acercado de nuevo, esto ha salido a la superficie y no sé cómo manejarlo.

—¿Y crees que ella no siente lo mismo por ti?

—Me besó y salió corriendo —respondo, señalando la puerta con frustración—. Si hubieses visto su cara… Eso es más que suficiente.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque vi la duda en su mirada —suspiro profundamente—. No sé, hay cosas que simplemente… se saben.

—Quizá se asustó. —Sarah sujeta mi mano con suavidad y lleva la mirada a nuestro alrededor—. A veces hacemos cosas que no esperamos, que nos toman por sorpresa y nos hacen tambalear —dice como si hablara desde su propia experiencia—. Mira, nunca te lo he contado, pero lo mío con Estefanía no empezó con sus visitas a Rumore. —Levanto una ceja, intrigada—. Ella y yo nos enrollamos en verano —confiesa, bajando la voz—. Yo creía que solo sería un acercamiento sin importancia. Pero después apareció por aquí y…

Al escucharla, recuerdo ese día en que se le resbalaron las cosas de la bandeja varias

veces. La llevé afuera para que tomara aire y me contara qué le pasaba, pero nunca lo hizo. Desde entonces, Estefanía y ella comparten miradas y pequeños instantes en la cafetería, como si ambas estuvieran atrapadas en un bucle de lo que pudo ser y no fue.

—¿Y aún no has hablado con ella?

—La otra tarde juntas fue increíble, pero ya sabes que tengo demasiados problemas encima. —Suelta un suspiro y se sienta justo a mi lado—. No puedo dejarme llevar cuando en mi casa tengo a dos personas que no aceptan quién soy. Imagínate cómo sería si les digo que estoy viéndome con una mujer que me lleva veinte años. Por eso me controlo y aprovecho los pocos ratos que ella se pasa por aquí para imaginarme cómo serían las cosas.

—No deberías permitir que tus padres controlen tu corazón, Sarah. Eres demasiado joven para joderte la vida así —le digo, apoyando mi cabeza contra la suya mientras ella se deja caer en mi hombro—. Te mereces ser feliz.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunta, sujetándose a mi brazo como si estuviera buscando algo de estabilidad—. Hoy tuve que marcharme de casa para dar un paseo porque no los aguantaba. No debería ser tan complicado querer a alguien.

—Creo que nosotras mismas lo complicamos más de lo necesario —respondo y me dejo llevar por una risa amarga.

—Pero hablando en serio… —murmura y levanta la cabeza para mirarme directamente—. Pase lo que pase con Julia, tienes mi apoyo. Pero si no haces nada, si te quedas aquí llorando, también tendrás mi sermón, por muy joven que yo sea. Tú eres libre de disfrutar de una relación bonita, Emma. No dejes pasar la oportunidad.

El silencio se instala entre nosotras, pero no es incómodo. Me permite reflexionar sobre todo lo que hemos hablado. Quizá Sarah tenga razón. Tal vez Julia tampoco esperaba lo que ha pasado. A lo mejor se abrumó y no supo cómo reaccionar. Ya no soy una cría. Sé bien lo que siento, lo que quiero, y no pienso renunciar a ello de nuevo.



24

DULCES CONFESIONES

JULIA

Un día después

El centro de Valencia está lleno de vida. Es viernes, y se nota que es uno de esos días en los que la gente aprovecha para salir. Las terrazas a mi alrededor rebosan de risas y conversaciones animadas. Mientras caminamos, Estefi habla con entusiasmo sobre algo que le pasó esta mañana. Sin embargo, no estoy prestando mucha atención. No porque no me importe, sino porque mi mente está en otra parte.

Tengo a Emma clavada dentro. El recuerdo del beso que compartimos sigue persiguiéndome como mi sombra, despertando emociones que me han quitado el sueño y hasta las ganas de comer. Por más que intento borrar de mi mente la suavidad de sus labios, el tacto de sus manos en mi pelo y las curvas de su cuerpo, soy incapaz de hacerlo. Y luego está la vergüenza; me aparté como si tenerla cerca fuera insoportable.

—Julia, ¿me has escuchado? —La voz de Estefi me arranca de mis pensamientos. Me giro hacia ella y me encuentro con su ceja levantada, en una expresión mitad divertida, mitad inquisitiva—. ¿Estás bien?

—Lo siento… —respondo, esforzándome por sonreír—. Solo estoy algo distraída.

—Ya lo veo, ya. —Hace una pausa, evaluándome con esa mirada suya que conozco demasiado bien—. ¿Qué te pasa?

—Nada importante. Estoy bien.

—Claro, claro. Y yo toco las castañuelas. —Se cruza de brazos mientras camina a mi lado—. Vamos, te conozco desde hace mucho tiempo. Algo me ocultas, y no voy a dejar de preguntar hasta que me lo cuentes.

Suspiro, consciente de que no me dará tregua. Pero tampoco sé cómo contarle lo que ha pasado, así que intento cambiar de tema lo más rápido que puedo.

—Mira, una heladería. ¿Nos tomamos algo? —Levanto las cejas, tratando de sonar despreocupada—. Hace un calor horrible, y no me vendría mal una horchatita.

—Esto no va a quedar así, que lo sepas. —Me señala con un dedo, pero accede—. Ahora vamos. Se me ha antojado una copa de helado de chocolate. Pero cuando terminemos, me lo cuentas todo.

Nos sentamos en una mesa de uno de los rincones del local. La Horchatería Santa Catalina está bajo los pies del campanario de la iglesia que lleva el mismo nombre, y es uno de los puntos de encuentro más emblemáticos de la ciudad. Su decoración, llena de mosaicos realizados a base de manises valencianos, llama mi atención mientras nos acomodamos. Un camarero no tarda mucho en acercarse a tomar nota de lo que queremos.

—Bueno, ahora sí. Cuéntame. ¿Qué te pasa? ¿O me vas a obligar a adivinarlo?

—No es nada, de verdad —respondo mientras jugueteo con una servilleta entre mis dedos.

—Julia… —Su voz suena más suave que antes, pero igual de seria—. Sea lo que sea, hablarlo te hará bien. No puedes guardártelo todo dentro, porque después se te acumula, y cuando estalles, será mucho peor.

—Es complicado, Estefi.

—Todo lo que vale la pena lo es. —Sus palabras me atraviesan, porque en mi mente aparece Emma: su sonrisa, su risa, sus mejillas rojas y ese gesto de concentración que siempre me ha encantado—. Somos amigas, y no creo que quieras contárselo a tu madre, ¿verdad? ¿O sí?

—Si le cuento esto a mi madre, la armaría seguro.

—Pues vamos, ¡suelta por esa boquita!

En ese momento, el camarero regresa con el helado y la horchata. Durante unos segundos, ambas nos concentramos en nuestros vasos, evadiendo la conversación. Me gustaría que este instante se alargara para siempre, pero sé que no puedo evitar la charla por mucho tiempo. Estefi permanece en silencio, y se lo agradezco. Ese pequeño respiro me ayuda a buscar las palabras correctas para contarle lo que me pasa.

—Algo me tiene en las nubes —comento y dejo que una pequeña risa escape entre mis labios. Intento no sonar demasiado obvia, pero la sensación dentro de mí es imposible de contener—. Y no es lo del restaurante precisamente.

—Es por una mujer, ¿verdad? —pregunta, inclinándose hacia adelante con una sonrisa traviesa mientras revuelve su helado con la cuchara—. Y no me mientas, te conozco.

—Es una mujer… —respondo, casi en un susurro.

—¡Lo sabía! —exclama, dando una palmada en la mesa que hace girar algunas cabezas a nuestro alrededor. Ignora las miradas y me observa con esa mezcla de triunfo y emoción—. Dime al menos que es quién tú y yo sabemos.

—Es por ella sí.

—¡Dios mío! —Estefi abre los ojos de par en par y deja caer la cuchara al plato—. ¿Qué es lo que ha pasado para que te tenga así? Porque tiene que ser algo...

—Bastante gordo.

Durante unos segundos me centro en mi horchata. Sé qué es lo que va a decir en cuanto sepa cómo reaccioné la otra noche, y me lo merezco. Hasta me da vergüenza regresar a Rumore y tener que cruzarme con ella.

—Pero… —Me escanea como si intentara entender cómo había pasado algo tan importante sin que ella se enterara antes—. ¿Cuándo ha pasado esto? Quiero decir, sé que os echabais miraditas pero...

—Ya sabes que Emma y yo crecimos juntas. Éramos inseparables hasta que, en el instituto, me dejé llevar por el grupito de chicas populares y la dejé de lado. —Las palabras salen con una mezcla de culpa y nostalgia—. La relación se rompió y después de años sin contacto, mi regreso a Valencia…

—¿Qué has hecho? —pregunta, sin dejarme escapar.

—Nos besamos.

—¡Pero eso es perfecto! —exclama emocionada—. Cuéntamelo todo. ¿Cuándo fue?

—Hace un par de días, en la cafetería. Estábamos preparando la tarta para el cumpleaños de su padre y… simplemente pasó.

—¿Y? —La pregunta viene cargada de expectativas.

—Y nada.

—¿Nada? —Se cruza de brazos, claramente incrédula—. ¡Joder Julia! No me digas que te echaste atrás.

—¡Me asusté! —exclamo, notando el rubor en mis mejillas—. Fue demasiado intenso, demasiado real, y...

—¿Y qué tiene de malo que fuera así? Eso significa que no fue solo algo físico, que...

—Que no sé si estoy preparada para sentir algo por alguien —respondo con sinceridad. Dejo caer la mirada al vaso de horchata que sostengo entre las manos—. Después de lo que pasó con Jade, no sé si puedo manejar algo así, todo me parece demasiado complicado.

—No tiene por qué serlo —dice, con un tono más suave—. Julia, no puedes permitir que lo que pasó con tu ex te frene. Lo que pasó con Jade no define lo que puedas tener con Emma.

—¿Y si no funciona? —digo y me llevo una mano al pelo, apartándolo de mi cara—. Estamos a punto de empezar con el restaurante, tengo tantas cosas en la cabeza, y si mezclo

esto... puedo acabar arruinándolo todo.

—¿Y si sí funciona? —Estefi ladea la cabeza y me lanza una mirada firme—. Emma no es Jade, y esto no es Lyon. No puedes comparar algo que te hizo daño con algo que tiene el potencial de hacerte feliz.

—Lo sé, pero...

—No hay «peros» que valgan, Julia. Lo que pasó entre vosotras significa algo, aunque tú intentes esquivarlo. Y si tú no lo ves, estoy segura de que ella sí que lo hace.

Sus palabras me golpean en lo más profundo. Pienso en Emma, en su mirada cargada de sentimientos, en cómo me hizo temblar aquella noche y en cómo me miró cuando decidí marcharme de Rumore sin mirar atrás. Me he pasado los días imaginándola rota, decepcionada, devastada. Ya se lo hice una vez y ahora...

—¿Qué debería hacer?

—Seguir tu corazón —responde sin titubear—. Habla con ella. Dile lo que sientes.

—Lo haré. Aunque no sé cuándo —respondo, pero el nudo en mi estómago no se disipa del todo.

Estefi sonríe con complicidad, como si estuviera segura de que daré ese paso. Y aunque yo aún tengo dudas, una parte de mí sabe que tiene razón. No puedo seguir huyendo de lo que siento.



25

MENSAJES A MEDIANOCHE

Valencia. 24 de mayo, 2025

JULIA

La tarde se ha alargado más de la cuenta. Estefi me convenció, y al final acabamos cenando juntas en una pizzería en la otra punta de la ciudad, tomando un par de copas en su pub favorito. Estoy agotada. Mientras entro en casa, solo pienso en quitarme la ropa, darme una ducha fría y descansar. Mis padres deben estar en el salón; el leve murmullo de una película se filtra por el pasillo. Aunque no anuncio mi llegada, mi madre me regala una pequeña sonrisa en cuanto me ve, una que me llevo conmigo hasta que entro en mi habitación.

Dejo mis cosas sobre la cama, me quito las sandalias y, descalza, con mi pijama entre los brazos, camino hacia el aseo. Una vez desnuda, el agua tibia de la ducha me refresca en cuanto toca mi cuerpo. Cierro los ojos y dejo que me relaje, eliminando el calor que arrastro encima. Se nota que el verano está a la vuelta de la esquina, porque ya resulta imposible disfrutar de una noche al aire libre sin un abanico.

La conversación con Estefi sigue rondando mi mente, y no puedo dejar de repetirme una pregunta desde entonces: «¿Y si funciona?». Quiero creer que todo es posible, que esas mariposas que sentí despertar dentro de mí son la manera en que mi corazón me susurra que siempre la he querido y que, por fin, ha llegado el momento de actuar y no dejar escapar esta oportunidad.

Mis pensamientos vuelan a Lyon, a lo que viví y aprendí allí. Cada experiencia que me traje en la maleta se ha transformado en un sistema de alerta que me recuerda constantemente lo que puede pasar si alguien atraviesa ciertos límites. El problema es que Emma ya estaba al otro lado. Aunque dejamos de hablar y perdimos el contacto, formaba parte de mí, como tantas otras personas que se quedaron en Valencia cuando me marché.

Con la toalla enroscada en mi pelo, me dejo caer en la cama, con los ojos puestos en el techo mientras mis emociones se agolpan en mi pecho. Emma ha conseguido que el amor regrese a mí, que la felicidad brille como un faro en mitad de la noche. Y me gusta. Me gusta mirarla a los ojos y sentirme en casa, estar cerca de ella y saber que estoy donde debo estar,

como si nunca me hubiera marchado.

Fui una estúpida al apartarme de ella después de aquel beso. Ese instante lo cambió todo, y no puedo evitar recordarlo: cómo sus labios se movían contra los míos, la manera en que se sujetó a mi pelo, cómo yo me aferré a su cintura buscando más. El calor de su cercanía arrasó con mis miedos y borró el resto. Quería quedarme, y si lo hubiera hecho, no aseguro haber tenido fuerzas para detenerme.

No sé si lo hice por miedo, inseguridad o porque, en el fondo, todavía me cuesta creer que merezco tener a alguien como ella a mi lado. Lo único que tengo claro es que no quiero cometer los mismos errores. Quiero hacerlo bien, confiar en que lo que tenemos vale la pena y no quedarme de brazos cruzados.

Me incorporo, inquieta, y me apoyo en el borde de la cama. Busco el móvil con la mirada, que descansa sobre la mesilla de noche. Lo observo durante unos segundos, debatiéndome entre enviarle o no un mensaje. Al final, lo atrapo entre mis manos, abro la aplicación de mensajes, busco su nombre y comienzo a grabar un mensaje de voz:

—Hola, Emma… ¿cómo estás? Esto… —suspiro, cancelo y lo intento de nuevo—. Quería saber cómo estás, espero que todo vaya bien… —Me llevo una mano a la cabeza, cancelo de nuevo, suspiro y lo dejo caer, frustrada, sobre la cama—. ¿¡Por qué tiene que ser tan complicado!? ¡Tampoco es como si le estuvieras pidiendo matrimonio, Julia!

Decido dejarlo un momento y centrarme en mí y en lo que siento, antes de hacer nada. Relajarme, soltar los nervios. Tras unos minutos, me tumbo otra vez en la cama y vuelvo a intentarlo:

—Hola, Emma… Siento las horas. Espero que las cosas vayan bien por la cafetería. Escucha, quería saber si tienes un hueco para que podamos hablar. Me imagino que estarás durmiendo, responde cuando lo escuches, ¿vale? Buenas noches. —Pulso enviar antes de arrepentirme y apoyo el móvil contra el pecho, cierro los ojos y rezo porque no tarde mucho en responder.

Me siento como una adolescente, como la chica que fui en su momento y cometió la estupidez de dejar ir a su media naranja.

EMMA

Llevo más de quince minutos con la mirada puesta en el chat, sin atreverme a escuchar el mensaje de audio que he recibido de Julia. No sé por qué tengo tanto miedo. Sarah me dijo que confíe en lo que siento, que está segura de que huyó porque se asustó y que solo necesitaba tiempo para poner en orden sus pensamientos, pero… ¿y si no es eso?

Respiro hondo, me abrazo las piernas contra el pecho y, en silencio, me llevo el móvil a la oreja. Escucho por fin su voz, y mi corazón late con una fuerza que no esperaba. Una sonrisa se dibuja en mis labios, inevitable, incontenible. Saber que quiere hablar conmigo me eriza la piel y, al mismo tiempo, me pone de los nervios. No sé qué quiere decirme, pero

mi mente ya se prepara para asumir que esta charla terminará siendo otra despedida, una más de las tantas que hemos protagonizado a lo largo de nuestra vida.

Me muerdo el labio, dejo caer el cuerpo en la cama y, abrazada a mi almohada, presiono el botón para comenzar a hablar:

—Lo cierto es que me has pillado despierta, apenas puedo conciliar el sueño… —Hago una pausa—. Estoy bien, es solo que… —Niego, y al notar cómo me tiemblan los labios, elimino el mensaje. Necesito ser sincera con lo que siento, no tener miedo de abrir mi corazón y mostrarme tal como soy. Lo intento de nuevo—: Me has pillado despierta y pensando en ti. Apenas puedo conciliar el sueño desde lo que pasó el otro día. Al verte marchar de la cafetería me sentí mal y… —suspiro—. Ya sabes que mi único día libre es el domingo. Dime dónde quieres que nos veamos y allí estaré.

Tras enviar el mensaje, me quedo observando la pantalla. Cuando ella empieza a escribir, el resto del mundo desaparece para mí.

Julia: Yo también estaba pensando en ti. Hay muchas cosas que quiero decirte, pero no es hora. ¿Qué te parece si nos vemos el domingo y damos un paseo por la playa?

La idea de pasar mi día libre con ella me resulta perfecta. Antes de que mi mente comience a divagar y dibujar todos los posibles desastres que podrían ocurrir, empiezo a escribir:

Emma: Ahora vas a hacer que no pueda centrarme en el trabajo pensando en esas cosas. Me parece un plan perfecto. ¿Nos vemos en el chiringuito de la Malvarrosa a eso de las 11?

Julia: Allí nos vemos. Buenas noches.

Emma: Buenas noches para ti también.

Cuando envío el último mensaje, abrazo el teléfono como si estuviera sujetándola a ella entre mis brazos. Quizá Sarah tenga razón. Tal vez me equivoqué al juzgar la forma de actuar de Julia. Ahora que sé que ambas nos sentimos igual, que no dejamos de pensarnos, no puedo evitar apartar lo sucedido de mi mente y concentrarme en lo que ocurrirá el domingo.

JULIA

—Un paseo por la playa… —murmuro en voz baja, mordiéndome el labio inferior mientras intento contener la sonrisa que ilumina mis mejillas.

La idea revolotea en mi cabeza mientras cierro los ojos y dejo que el silencio de mi habitación me envuelva. Hay tantas cosas que quiero decirle, tanto que necesito explicarle.

Emma no sabe nada de lo que ocurrió con Jade. No conoce mis miedos ni las inseguridades que eso me generó.

Pero si hay algo de lo que estoy segura, es que quiero dar este paso. Quiero abrirme a ella y descubrir si esto que nos está pasando es real, si el amor que siento por ella aún puede crecer un poco más.



26

EL SOL DE FINAL DE MAYO

EMMA

Al día siguiente

El domingo despierta brillante y sofocante. La playa de la Malvarrosa está llena de vida. Algunas risas infantiles resuenan mientras los niños construyen castillos de arena, el vaivén de las olas acompaña la música de fondo que llega desde un chiringuito cercano, y las palmeras se agitan con la brisa que parece jugar entre sus hojas. Llevo más de veinte minutos aquí, apoyada en la barandilla del paseo, dejando que la marea de emociones en mi pecho me invada mientras busco a una persona en particular entre toda la gente que circula por aquí.

Quedamos a esta hora, y aunque sé que Julia siempre es puntual, el tiempo parece haberse estirado en mi mente, transformando minutos en horas. Mis manos no dejan de moverse; juego con el collar de caracolas que llevo puesto, un gesto nervioso que intenta apaciguar la tormenta de pensamientos que me acecha. Y si al recuerdo de lo que pasó le sumamos que hoy es la celebración sorpresa que le hemos organizado a mi padre, estoy atacada de los nervios.

Mi corazón late con fuerza recordándome que esta no es una cita cualquiera. Desde que Julia y yo nos besamos, todo ha cambiado. No dejo de pensar en ella, de soñar con sus labios, de darle vueltas a cómo sería si ella y yo estuviésemos juntas. Quizá sueñe demasiado y construya castillitos de arena en las nubes, como cuando era una cría, pero la sola idea, me saca una sonrisa.

Decido serenarme, llevar la mirada hacia el horizonte donde el cielo se funde con el mar. Esto debería tranquilizarme, pero no lo hace. La incertidumbre de si aquel beso fue tan especial para ella como lo fue para mí me está matando. En mi mente, ese instante sigue vivo y tan real como si hubiera sucedido hace un momento. Puedo notar sus labios sobre los míos, el calor de su cuerpo, la chispa que encendió algo que se había apagado durante años, pero también el miedo y las dudas que me generó su expresión, su frialdad, como si con ese beso hubiera cometido el mayor error de su vida.

Mientras lloraba, no dejé de preguntarme si fue eso, un error. Gracias a la aparición repentina de Sarah mi estado mejoró, pero hasta que no recibí los mensajes de Julia, las horas pasaron demasiado lentas y me atormentaron, sobre todo porque despertaron en mi mente recuerdos y sensaciones que intenté por todos los medios arrancar de mí.

—¡Emma! —La voz de Julia me resulta inconfundible, y cuando me giro, ahí está ella, caminando hacia mí, con su pelo recogido en una coleta baja, sonriente, radiante—. Hola… —murmura cuando se acerca, y por un instante, nos quedamos así, paradas una frente a la otra, sin saber muy bien cómo empezar.

—Hola… —le respondo al fin, sacándome los miedos de encima.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunta y yo niego un par de veces—. El sol quema, tienes las mejillas rojas.

—Qué va, acabo de llegar —miento, llevando una mano a mi pelo para evitar que este se me meta en los ojos—. Me encanta este lugar…

—Lo recuerdo —comenta y lleva la mirada a nuestro alrededor—. Cuando éramos niñas y veníamos los fines de semana, no querías marcharte nunca.

—Es que es precioso… —le digo en un suspiro—. ¿Caminamos por la orilla?

—Claro que sí.

Nos dirigimos hacia la arena, cruzando entre familias y parejas que disfrutan del día. Me quito las sandalias y dejo que el agua fresca moje mis pies mientras el calor del sol acaricia mi piel. Julia hace lo mismo, y durante unos minutos, el silencio se convierte en nuestro único lenguaje. Nos envolvemos de él, dejándonos guiar hasta donde desee, mientras que el tiempo corre y avanza, agitando mi corazón, despertando esas mariposas que provocan que me suden las manos y que evite sonreír por miedo a que Julia descubra que estoy aterrada de miedo.

—No sabía si ibas a querer verme, ¿sabes?

—Es lo que más deseaba —respondo casi sin pensar, mirándola a los ojos. Ella toma aire, como si estuviera reuniendo valor para decirme algo—. La otra noche…

—Quiero contarte algo —interrumpe y toma un momento—. Primero, quiero pedirte disculpas. No debí irme así.

—No pasa nada. Supongo que fue demasiado…

—No, no lo fue. —Su respuesta rápida me toma por sorpresa. Julia se muerde el labio, un gesto que delata su nerviosismo—. Es decir, sí fue mucho, pero no estuvo mal. No me malinterpretes...

—¿Entonces? —pregunto en un susurro, incapaz de contener la necesidad de entender qué es lo que pasó.

—Ese beso… —dice finalmente, con los ojos fijos en los míos—. Fue especial para mí.

Solo necesito que sepas que no fue un error. Me aparté porque no supe cómo manejar lo que sentí. Todavía no sé cómo hacerlo, pero no quiero que pienses que no significó nada.

Sus palabras me llenan de una calidez que no puedo describir. La duda que me atormentaba desaparece, y todo lo que queda es el deseo de acercarme a ella, de borrar cualquier rastro de inseguridad que he traído conmigo.

—Para mí también fue especial —le digo y coloco una mano en su pecho. Su respiración se acelera, y nuestras miradas se entrelazan, cargadas de una electricidad que no puede ignorarse.

Antes de que pueda responder, deslizo una mano hacia su cuello, acariciando su piel hasta llegar a su pelo. Y entonces, lo hago. Me acerco, la beso y dejo que todas las emociones acumuladas en mi pecho encuentren su salida. Bajo el sol radiante de Valencia, con las olas como testigo, el mundo se desvanece. Solo existimos nosotras, unidas por algo que ha estado ahí desde siempre, esperando pacientemente su momento para volver a brillar.

. . .

El tiempo parece detenerse mientras sigo apoyada en su frente, con nuestras respiraciones sincronizadas y unidas en este momento que se siente eterno. Mis manos encuentran un lugar cómodo en su cintura, y por un instante, el resto desaparece. Sus palabras se quedan flotando entre nosotras, suaves y cargadas de una sinceridad que me hace vibrar por dentro.

—No voy a apartarte —susurra, y la fuerza en su voz, mezclada con la ternura de su mirada, me hace sentir un calor reconfortante en el pecho—. No quiero hacerlo. Pero también necesito que entiendas que hay cosas de mí, de lo que he vivido, que me asustan. No porque no quiera estar contigo, sino porque temo que puedan arruinar... lo que sea que estamos construyendo.

—No lo harán —le aseguro y acaricio con suavidad su mejilla, dejando que mi pulgar recorra su piel como una promesa tácita—. Esto es nuestro, Julia. Y si tenemos que enfrentarnos a lo que sea, lo haremos juntas. No tienes por qué cargarlo sola.

Ella cierra los ojos y se deja llevar por el momento, como si mi toque pudiera calmar la tormenta que parece habitar dentro de su pecho. Por un instante, me pregunto qué secretos guarda, qué heridas lleva consigo y cuánto le han dolido. Pero no insisto, no ahora. Entiendo que cada cosa tiene su tiempo, y este momento no necesita ser ensombrecido por los fantasmas del pasado.

—Es extraño cómo después de tanto tiempo, algo puede volver a la vida con tanta fuerza —murmura, abriendo los ojos lentamente para encontrarse con los míos—. A veces pienso que el destino nos estaba esperando, burlándose de nosotras mientras hacíamos nuestras vidas por separado.

—Quizá tenía que ser así —digo y dejo caer mis manos hasta encontrar las suyas, entrelazando nuestros dedos—. A lo mejor el tiempo nos ha dado lo que necesitábamos

para volver a encontrarnos en el momento perfecto.

—¿Crees en el destino? —pregunta con una pequeña sonrisa que ilumina todo su rostro.

—Creo en lo que siento cuando estoy contigo.

Sus mejillas se tiñen de un color rosado que me hace sonreír aún más. La brisa marina juega con algunos mechones sueltos de su pelo, y el sol se refleja en sus ojos, dándoles un brillo especial que parece capturar todo lo bueno que hay en este día.

—Eres increíble —dice de repente, como si el pensamiento se le escapara antes de poder detenerlo.

—Tú también lo eres, Julia.

Nos quedamos así, en la orilla del mar, con las olas acariciándonos los pies y el mundo girando a nuestro alrededor. No hablamos más, no porque no haya cosas que decir, sino porque no son necesarias. Lo que sentimos se refleja en nuestras miradas, en nuestras caricias y en la promesa silenciosa de que esto es solo el comienzo de algo maravilloso.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de lo que venga, porque con ella a mi lado, sé que cualquier cosa es posible, y mientras nuestras manos permanecen unidas, sé con seguridad que no voy a soltarla. No ahora. Nunca.



27

UNA NOCHE PARA CELEBRAR

JULIA

Domingo por la tarde-noche

Rumore nunca me ha parecido tan diferente como hoy. Las luces colgantes del techo, que en un día normal bañan el local con una atmósfera acogedora, ahora brillan con un tono más festivo gracias a las guirnaldas de colores que cuelgan entre ellas. La barra está decorada con algunos globos a juego y hasta las mesas —siempre forradas con la mantelería—, ahora están vestidas con un tono rojo oscuro que vibra bajo la luz. Sarah y Estefi han decorado todo mientras Emma y yo nos veíamos esta mañana, y aunque al principio no estaba muy segura de cómo quedaría, debo decir que es maravilloso.

La música de fondo es suave, lo justo para amenizar la velada mientras los primeros invitados llegan y picotean algo a la espera de la estrella de esta noche. Hace unos minutos le envié un mensaje a Emma para saber si todo iba bien y si su padre se olía algo. Me comentó que ni siquiera puso pegas cuando le comentó que debían ir a la cafetería a echar un vistazo a una nevera que parecía haberse estropeado. Para Marcos, su cumpleaños es solo un día más en el calendario, pero para todos los que lo queremos y que formamos parte de su vida, es algo especial.

Por primera vez desde que pasó todo con Jade, las cosas parecen equilibrarse. Aunque tengo muchas cosas que contarle a Emma, hablar con ella, confesarle lo que llevo dentro y saber que siente lo mismo que yo me ha relajado. Nuestra relación, nuestra conexión —que parecía perdida con los años— ha regresado, y aunque el miedo sigue presente, ahora es más pequeño gracias a ella.

—¿Sabes si van a tardar mucho en llegar? —pregunta Estefi, que aparece a mi lado con un refresco en la mano.

—Me dijo que estarían aquí sobre y media, así que no deben tardar mucho.

Me sonríe y las dos nos quedamos apoyadas en la barra, observando todo a nuestro alrededor con curiosidad. Todavía no le he contado aquella idea loca que se me pasó por la

cabeza sobre convertir este lugar en un restaurante, uno que podamos llevar junto a Emma y convertirlo en un espacio familiar, único y que hable de las tres a partes iguales.

—Os ha quedado muy bonito —le digo, buscando su mirada—. A Marcos le va a encantar.

—Eso espero. Sarah me ha dicho que es un poco rarito.

—Nunca le ha gustado celebrar su cumpleaños —le cuento, cruzándome de brazos —. Ni siquiera cuando Emma y yo éramos pequeñas lo hacía. Su mujer era la única que lograba sacarle una sonrisa en un día como este. Pero bueno, seguro que conseguimos que, al menos, se lleve un gran recuerdo.

Ella asiente dándome un golpecito en el hombro antes de alejarse hacia la cocina, donde Sarah termina de organizar algunas bandejas con los aperitivos. Cuando las miro, no puedo evitar sonreír. Sin embargo, me escondo en mis pensamientos y me dedico a esperar en silencio, mientras permito que los minutos pasen corriendo.

. . .

He perdido la noción del tiempo, y cuando regreso al presente, Sarah aparece delante de mí con una bandeja repleta de canapés. Estefi se ha trabajado un menú espectacular, y me alegra que se animase a hacerlo porque estoy segura de que esto la ha motivado mucho. Sin embargo, la mirada de Sarah refleja mucho más que cansancio; también preocupación.

—Bueno, con esta bandeja todo está listo —anuncia y acomoda los platos en la barra —. Ahora solo falta que Emma llegue con su padre y podamos empezar con la fiesta. O a este paso, los invitados se lo comerán todo.

Me uno a su risa y niego un par de veces antes de llevarme uno de los canapés a la boca, saboreándolo en silencio.

—Es que Estefi cocina muy bien, no lo niegues. —Le hago ojitos, y ella me regala una sonrisa que lo dice todo—. Es una lástima que el imbécil de su jefe la dejase ir así.

—Míralo por el lado bueno: podréis abrir vuestro restaurante —comenta, cruzándose de brazos.

Me sorprendo un instante, porque no esperaba que ella también lo supiera.

—¿Te lo ha contado? —pregunto, intentando ocultar mi asombro.

—Sí, me lo comentó el miércoles. Está muy ilusionada.

—Yo también, créeme. Aunque tengo la mente en las nubes con tantas ideas locas…

—Estoy segura de que será un lugar… especial. —Sarah observa a su alrededor y señala la decoración—. Tal como lo es este. Ya deseo saber qué cambios hará Emma ahora que es la dueña.

—Emma… —susurro, y Sarah me mira con curiosidad—. Será una fantasía, ya lo

verás.

Las dos nos quedamos en silencio unos segundos, y cuando creo que va a marcharse, le impido hacerlo sujetándola del brazo. Hay una tensión extraña entre las dos, pero cuando la suelto, le hago un gesto de disculpa que ella recibe con una sonrisa.

—Quería darte las gracias por estar con ella —le digo y la miro a los ojos—. La otra noche sé que lo pasó muy mal, y tú apareciste como un rayo de luz.

—Estaba destrozada —admite con un suspiro—. La encontré justo aquí, rota de dolor. Nunca la había visto así. Bueno, solo cuando murió su madre. Pero no por…

—Fui muy tonta, lo sé. Me entró el pánico y…

—A mí no me tienes que dar explicaciones, Julia. Solo a ella —me corta, firme pero comprensiva—. Emma te quiere, y mucho. Le importas más de lo que puede expresar, y ahora que estás aquí, que has regresado a su vida, no quiere perderte otra vez.

—Eso no va a pasar.

—Pues házselo saber —insiste, dándome un leve empujón—. O la harás dudar, y no quiero verla así de nuevo. Emma es como una hermana para mí, y creo que hacéis una pareja muy bonita.

—Lo mismo puedo decir de Estefi y tú —comento, alzando una ceja.

—Nuestra historia es de esas que no tienen final feliz —añade, soltando un suspiro —. Así que es mejor que ni empecemos a escribirla. Nos ahorraremos mucho dolor.

—Pero…

—Todo está bien, Julia. De veras. Ya estoy acostumbrada. Algunas personas nacemos en una familia en la que no encajamos, en la que no se nos ama por ser como somos… — dice, pensativa, con los ojos fijos en mi mejor amiga, que está en un extremo de la cafetería charlando con mis padres—. Solo podemos aferrarnos a pequeños rayos de luz y motas de felicidad; soñar con una vida mejor.

—Escúchame … —suspiro y sujeto sus manos con las mías—. Es posible que tu familia no te quiera, pero estás rodeada de personas que harían todo lo necesario para que seas feliz. Empezando por Estefi, terminando por Emma, por Marcos… incluso yo lo haría. No dejes escapar tu felicidad, ni el amor. A veces se va y tarda años en regresar.

El sonido de la campanilla nos pone en alerta a todos e interrumpe nuestra conversación, que queda flotando en el aire como una promesa rota. Al girarme hacia la puerta, veo a Marcos acompañado por Emma, y un estallido de aplausos llena el espacio. Los murmullos se transforman en vítores, las sonrisas se multiplican, y sé que el momento que hemos estado esperando por fin ha llegado.



28

EL RINCÓN DE LOS SECRETOS

ESTEFANÍA

Minutos antes, entre tanto y tanto…

A pesar de que Sarah y yo compramos los adornos a lo loco y sin pensar, Rumore luce espectacular esta noche. Los primeros invitados ya han llegado a la fiesta que Emma ha organizado para su padre, y aunque me hubiese encantado quedarme afuera con Julia, no he podido evitar apartarme un instante para buscar a Sarah en la cocina.

Desde que llegué esta tarde y nos pusimos manos a la obra, la he notado más callada de lo normal. La última vez que hablamos, pensé que le había quedado claro que estoy aquí para lo que necesite, que puede contar conmigo si quiere desahogarse. Pero hoy su sonrisa parece forzada, como si escondiera algo que no quiere que los demás perciban, y no pienso dejar que pase el resto de la noche así.

Cuando entro en la cocina de la cafetería, la encuentro de espaldas, concentrada en organizar las bandejas con los canapés que traje hechos de casa. Encargarme de ellos me ayudó a centrarme y darme cuenta de que no hay nada que quiera más en el mundo que trabajar en la cocina de un restaurante. Sarah está rígida, y lo noto por el brinco que pega al sentir mi mano en su espalda.

—Tranquila, que soy yo... —le digo con suavidad. Ella se gira y me mira con esos ojos cristalinos que, en otro tiempo, me hicieron sentir en el paraíso—. Venía a ver si necesitabas ayuda.

—Me las apaño bien. No te preocupes.

De nuevo, me esquiva. Su actitud me arranca un suspiro cargado de frustración. Es difícil ayudar a alguien que se encierra en sí misma, pero no puedo dejarla así, sobre todo porque sé lo mal que lo debe estar pasando con lo que pasa en su casa.

—Deja esto un momento. —Con un amago de seguridad y determinación, sujeto sus manos y la obligo a girarse hacia mí—. Sé que te pasa algo, y no voy a dejarte tranquila hasta que me expliques qué es.

Nuestras miradas se encuentran, y durante un instante, veo cómo se debate entre huir o quedarse conmigo. Algo me dice que sus padres están detrás de este malestar. No sería la primera vez que la hacen sentir vulnerable, y cuando baja las manos, apartándolas de las mías, sé que no me equivoco.

—Antes de marcharme de casa, discutí con mis padres —admite finalmente, pasándose una mano por la cara para despejar el pelo de su frente—. No sé qué estaba haciendo en mi dormitorio, pero mi madre encontró unos panfletos que tenía escondidos. Eran de pisos en alquiler, opciones que estoy barajando para independizarme.

—Espera… ¿¡estaba revisando tus cosas!? —pregunto, incrédula.

Sarah asiente, y una sonrisa amarga se dibuja en sus labios.

—Sí. Al parecer, pensó que tenía derecho. —El sarcasmo en su voz refleja el dolor que le ha causado, tanto como las exigencias y prohibiciones de su madre—. Según ella, mientras viva bajo su techo, todo lo que hay en mi dormitorio le pertenece.

—Pero eso no está bien. Nadie debería invadir tu espacio así, ni siquiera tus padres.

Se ríe con amargura y niega un par de veces mientras echa una mirada alrededor de la cocina, como si buscara algo en qué apoyarse.

—No es algo nuevo. Siempre han tenido la absurda idea de que mi vida les pertenece, de que pueden decidir por mí y decirme qué tengo que hacer o con quién debo estar. —Se detiene, mirándome ahora directamente—. A veces me pregunto si vale la pena luchar constantemente. Me cansa esta situación... —confiesa, y sus palabras caen como un peso entre las dos—. No importa lo que haga, nunca voy a ser la hija que esperan que sea, y ya estoy perdiendo la paciencia.

—Escúchame. —Siento un nudo en la garganta, y aunque intento mantener la compostura, no puedo. La sujeto de las mejillas, obligándola a que ponga toda su atención en mí—. No tienes que demostrarle nada a nadie. No necesitas su aprobación para ser quien eres ni para vivir tu vida como quieres.

—Lo único que deseo es ser libre. ¿Tienes idea de lo que me cuesta vivir así?

Me toma un par de segundos darme cuenta de que no solo habla de su situación, sino también de nuestra relación. Sé que no se lo he puesto fácil, y por eso desvío la mirada de sus ojos. Me gustaría decirle que sí, que lo sé, pero la verdad es que no. Lo único que puedo ofrecerle es mi casa, mis brazos, mi espacio.

—Vas a tener que encontrar un sitio donde sentirte segura y feliz, sin importar lo que piensen —le digo observando mi reflejo en sus ojos—. No puedes continuar así. No voy a permitirlo.

—Ya lo tengo. Rumore es mi segundo hogar.

Afuera, la vida sigue. La música ya suena, las conversaciones se entremezclan, y apuesto lo que sea a que de un momento a otro aparecerán Emma y Marcos por la puerta.

Pero ahora mismo, todo lo que importa es ella y la forma en que se aferra a mí, como si lo fuéramos todo a pesar de que no somos nada.

De pronto, nuestras miradas se encuentran. Me cuesta un mundo frenar mis impulsos de besarla, pero al final lo hago. Una de mis manos acaricia su mejilla, y cuando lo hago, todo lo que sentí aquella noche en que la besé y acabamos juntas en mi apartamento, estalla en mi corazón. El corazón me da un vuelco y cuando la cercanía se rompe, su sonrisa provoca la mía.

—Gracias…

—No deberías dármelas —le susurro, solo para ella—. Estoy aquí. ¿De acuerdo? Te puedes...

—Deberíamos regresar a la fiesta antes de que Julia note nuestra ausencia. —Su voz, ahora más ligera, me hace ver que esta conversación era lo que necesitaba—. Alguien tendrá que servir todo lo que trajiste. Por cierto, está riquísimo.

—Me alegra que te guste.

Sarah me sonríe una vez más antes de sujetar una bandeja repleta de canapés y abrir la puerta de la cocina para regresar al centro de Rumore. No sé si todo esto nos llevará por el camino correcto, pero ahora mismo, lo único que me importa es que esté bien y que, de una vez por todas, sus padres la dejen vivir. Es desgarrador que alguien tan joven tenga que enfrentarse a la discriminación solo por ser lesbiana, por no seguir los pasos que su madre había imaginado para ella, por dedicarse a servir cafés en vez de estudiar medicina, como sus padres querían.

Todo esto ha avivado recuerdos que creía olvidados. Recuerdos de mi madre y yo, el día que me encontró besando a una chica en mi habitación. El tiempo que tardó en volver a mirarme a los ojos. Lo complicada que fue aquella conversación y todo lo que cambió después de aquello. Dejé de ser la misma, y me entristece pensar que Sarah esté luchando contra algo tan irrefrenable. Pero sé que lo único que puedo hacer ahora es quedarme, apoyarla cuando todo su mundo se venga abajo y formar parte de esa familia que nunca ha tenido.



29

PROMESAS BAJO LAS LUCES

Una hora más tarde

EMMA

La fiesta está en pleno apogeo, y Rumore brilla con una calidez que parece envolvernos a todos. Las guirnaldas que Estefanía y Sarah eligieron para decorar el local proyectan pequeños destellos de color sobre las mesas llenas de copas, platos vacíos y risas compartidas. La música, una mezcla suave de jazz y boleros, flota en el aire, lo suficientemente alta como para animar sin ahogar las conversaciones.

Mi padre está en su elemento. Aunque al principio refunfuñó al verse rodeado de tanta gente, diciendo que no necesitaba «tanta parafernalia», ahora no puede borrar la sonrisa de su cara. Está sentado en una de las mesas más grandes, rodeado de sus amigos más cercanos, sus compañeros de brisca y Vicente, quien es casi un hermano para él. Estoy segura de que le está contando alguna tontería que lo hace reír a carcajadas. Desde la barra, lo observo inclinarse hacia adelante, secándose los ojos mientras sigue riéndose. Ese brillo en su mirada es todo lo que quería para él esta noche.

—Se te ve muy feliz. —La voz de mi hermano me saca de mis pensamientos. Me giro hacia él y dejo caer mi cabeza en su hombro, con una sonrisa dibujada en mis labios.

—Mucho... —suspiro, mordiendo ligeramente mi labio mientras dejo que mi sonrisa hable por sí sola—. No lo hice sola. Tenemos que agradecérselo también a Julia, a Estefanía y a Sarah.

Pablo asiente, con esa expresión de orgullo fraternal reflejada en sus ojos. La verdad es que me siento feliz. Tan feliz que no puedo dejar de sonreír. Es una mezcla de amor en todas sus dimensiones, que se abre paso en mi pecho, convirtiéndose en mariposas que danzan y me hacen volar.

—De todas maneras, espero que a partir de ahora estas fiestas sean una costumbre en Rumore —menciona mientras busca una de mis manos y la atrapa entre las suyas—. Porque ahora serás tú quien controle lo que pase aquí dentro. La cafetería forma parte de

esta familia, como cualquiera de nosotros y la quiero ver brillar como lo hacen tus ojos.

Sus palabras hacen que me detenga por un momento. Rumore siempre ha sido mucho más que un negocio para nosotros. Es el lugar donde crecimos, donde mi madre derramó su pasión, y donde mi padre puso cada parte de sí mismo después de que ella se fuera. Ahora, es mi turno. Mi sueño. Mi pasión y no los voy a defraudar.

JULIA

El sonido de un brindis repentino rompe el murmullo general de la sala. Estaba hablando con Estefi, contándole mi idea de sugerirle a Emma convertir Rumore en un restaurante lleno de sueños y nuevos comienzos. Sin embargo, cuando miro hacia la barra, mis ojos chocan con la mujer que ha convertido mis últimos días en un caos emocional. Emma golpea una cuchara contra una copa, y dirigimos nuestra atención a su encantadora sonrisa.

—Primero que todo, os doy las gracias por haber venido esta noche —dice en voz alta, proyectando una calidez que llena el espacio. Sus ojos se posan en nosotras y continúa —: No habría podido hacer nada sin la ayuda de ellas. Ya forman parte de la historia de Rumore, como todas las que cada uno de nosotros hemos escrito entre las cuatro paredes de este lugar tan especial.

Marcos observa a su hija con los ojos bañados en lágrimas, y noto un nudo en la garganta a causa de las emociones que flotan en el aire. Estoy segura de que recordará este día como uno de los más especiales de su vida. No puedo evitar ver en ella el reflejo de Isabel, su madre, a quien seguro Marcos tiene muy presente en un instante como este.

—Mi padre, estaréis de acuerdo conmigo, se ha entregado a esta cafetería en cuerpo y alma —cuenta y provoca que más de uno suelte una risilla cómplice—. Siempre le he dicho que más allá de las puertas de Rumore existe un mundo por descubrir, y que debería darse la oportunidad de explorarlo. Sin embargo…

—Sabes de sobra que eso no está hecho para mí.

Marcos la interrumpe, y Emma estalla en carcajadas.

—Ya veis que no hay nadie que le convenza de hacerlo. —Levanta su copa señalándolo—. Es tan terco como una mula.

—¡Y tú saliste a él! —exclamo, y ella me mira, devolviéndome una sonrisa que expresa más de lo que cualquier palabra podría decir.

El resto se ríe, pero el silencio vuelve cuando Emma cambia su expresión. Sus ojos recorren los rincones de Rumore con una melancolía evidente. No necesito estar en su cabeza para saber que piensa en su madre, en todas esas personas que ya no están y que alguna vez compartieron momentos entre estas paredes.

—Hoy no solo estamos aquí para celebrar el cumpleaños de mi padre, sino para agradecer el trabajo que ha hecho toda su vida y la oportunidad que nos ha dado de

conocer Rumore —explica, llevándose una mano al pecho—. Un lugar que siempre ha sido mi hogar, que llevo clavado en el corazón y que jamás dejará de existir. Papá… —Llama la atención de Marcos, con la voz cargada de emoción—. Te queremos, y te prometo que, aunque lo que nos rodea cambie en el futuro, lo que tú y mamá construisteis jamás pasará desapercibido.

Antes de que su padre pueda responder, todos levantamos nuestras copas y brindamos con entusiasmo, y yo no puedo evitar sellar esas palabras mirando a Emma a los ojos. Siento un nudo en la garganta, un remolino de emociones que me alerta de esa felicidad que palpita con fuerza en mi corazón.

En cuestión de segundos, aparecen los abrazos y cuando la observo fundirse con su padre en un abrazo, sé que no hay nada que pueda desear más que todo esto: formar parte de una familia a la que amo de verdad.

EMMA

Si la felicidad se siente como todo lo que se agolpa en mi corazón en este momento, deseo vivirla cada día de mi vida. Todo el mundo ya sabe que, a partir de octubre, seré la dueña de Rumore, y he recibido tantos halagos como palabras de ánimo. Lo que me espera no es insignificante, pero quiero que este lugar vuelva a vibrar como lo hacía cuando mi madre estaba viva, y estoy decidida a lograrlo.

Con una cerveza en la mano, camino hacia donde está Julia. La celebración, las conversaciones y todo lo demás han hecho que esté un poco ausente, pero después de nuestra conversación, lo único que deseo es abrazarla y besarla. Hay tantas cosas que quiero contarle, tantas ideas que necesito compartir, tanto tiempo que deseo pasar con ella… Pero esta noche hay otro protagonista, y me debo a él.

—Por fin tengo un momento —le digo, llamando su atención mientras se lleva un canapé a la boca. Julia se la cubre con la mano al verse sorprendida y sonríe.

—No te preocupes, pero… —Sin terminar la frase, me toma del brazo con firmeza y me lleva hasta la cocina. Antes de que pueda reaccionar, cierra la puerta tras nosotras y me besa con las mismas ganas que yo he estado reprimiendo estas últimas horas.

Es un beso largo, intenso, que lo dice todo sin necesidad de palabras. Cuando termina, me roba una sonrisa y un suspiro.

—Por fin… —murmura, riendo suavemente—. Estaba deseándolo.

—Yo también, créeme.

No puedo decir nada más. Me fundo con ella en un abrazo y me quedo ahí, sintiendo su corazón que late junto al mío.

—No deberíamos escondernos. Parecemos dos adolescentes.

Las dos reímos, y cuando nos separamos, Julia acaricia una de mis mejillas con ternura.

—Deja que al menos disfrutemos lo que no pudimos en el pasado, ¿no te parece? —Levanta las cejas y, sin saber por qué, me sonrojo—. Tú y yo debimos haber empezado a salir cuando teníamos, ¿qué? ¿Dieciséis años?

—Sí, creo que más o menos eso. —Muerdo mi labio inferior—. Pero supongo que las cosas han pasado así por alguna razón, porque debíamos llegar hasta aquí. Aunque ha sido un camino de idas y venidas, me siento feliz. Muy feliz.

—¿De verdad? —pregunta, buscando confirmación en mi mirada. Asiento con firmeza—. ¿No estás molesta conmigo por haberte apartado de mí?

—Bueno… —Me hago la pensativa, entrecerrando los ojos—. Digamos que cuando lo hiciste, me rompiste el corazón un poquito.

—¿Cómo de poquito?

—Algo así —le digo, señalando con mis dedos un espacio mínimo—. Mi madre se molestó mucho contigo, por cierto.

—Bueno, ahora lo único que quiero es que te quedes conmigo. —Julia se acerca, rodeando mi cuerpo con sus brazos y me atrae hacia ella—. Lyon fue toda una experiencia. Aprendí muchísimas cosas, pero también hubo momentos que me destrozaron por dentro. Y cuando regresé y te vi, me di cuenta de que nunca debí haberme marchado.

—Regresar a casa genera esa sensación.

—No solo fue volver —me asegura—. Tú hiciste que me quedara. Hiciste que mi mente se llenara de ideas y posibilidades, que quisiera mezclar mis sueños con los tuyos, que imaginara cómo sería mi vida aquí: en Valencia, contigo.

—¿Mezclar mis sueños con los tuyos? —repito, ladeando la cabeza con curiosidad.

—¿Te gustaría que fuésemos socias? Que Rumore se convirtiera, no solo en una cafetería, sino en un restaurante que abarque toda la glorieta.

—¿Eso no es soñar demasiado alto? —pregunto, sintiendo una punzada de miedo—. Ya sabes que no tengo idea de cómo manejar un negocio tan grande. Estoy aterrorizada con solo pensar en hacerme cargo de esto en octubre… Y un restaurante, toda la glorieta…

—Escúchame. No te estoy obligando a aceptar mi propuesta. Solo quiero que lo pienses. Imagina cómo sería trabajar juntas, codo con codo…

—¿Y si lo nuestro no funciona? —pregunto, separándome de ella un poco—. ¿Y si nos damos cuenta de que esto que tenemos no es tan fuerte? No quiero que nos veamos obligadas a sufrir como en el instituto.

—Eso no va a pasar —me asegura, sujetando mi rostro entre sus manos.

—No prometas cosas que no puedes cumplir —le digo en voz baja. Apoyo mis manos

en su pecho y suelto un suspiro—. Es una idea maravillosa, pero no podemos tomar una decisión así, y mucho menos sin tener en cuenta el resto.

—Tienes razón. Lo siento. No lo había pensado.

—Hablaremos de ello en otro momento, ¿vale? Ahora volvamos. —Busco su mano y entrelazo mis dedos con los suyos—. Seguro que ya se están preguntando dónde estamos.

Cuando salgo de la cocina con Julia a mi lado, dentro de mí se agolpan la ilusión, el amor, las dudas, el miedo y la inseguridad. Ella tiene muy claro cómo quiere que sea su futuro, pero yo no puedo mirar más allá de lo que sucederá este domingo o el próximo lunes. Acabamos de reencontrarnos, lo nuestro apenas empieza, y me da pánico pensar que, en cualquier momento, todo pueda cambiar.



30

DUDAS ENTRE TAZAS DE CAFÉ

JULIA

Valencia. 28 de mayo, 2025

Hoy Valencia despertó pintada de gris. Es normal que en esta época aparezcan días donde el sol se oculte tras las nubes de tormenta y estas nos sorprendan con una lluvia fuerte y repentina. Desde mi ventana, el cielo parece tan oscuro que recuerda al otoño, lo que me lleva a pasear por mi mente y recuperar instantes de mi vida en Francia. Momentos en los que fui feliz, en los que pensé que eso era todo lo que quería.

Llevo varias horas sentada en la cama, con un cuaderno abierto sobre las piernas, anotando las ideas que me vienen a la mente y que, en algún momento, compartiré con Emma. Intentar ordenarlas ha sido un fracaso; están amontonadas, dispersas, caóticas. Han pasado tres días desde la conversación que tuvimos en la cocina, y aún no he sido capaz de ir a Rumore ni de enviarle un mensaje para saber cómo van las cosas.

Sus palabras se quedaron grabadas dentro de mí. Me recordaron que el futuro es incierto, que no importa cuánto lo intentemos, porque no podemos controlarlo, y que las promesas, a menudo, se rompen. Pensar en nuestra época del instituto trajo a mi memoria lo extrañas que nos sentíamos la una con la otra. Éramos desconocidas que se conocían más de la cuenta, que se querían y que habían compartido una historia que, por razones inexplicables, no me importaba. Yo le hice mucho daño, y reconozco que no estoy orgullosa de ello, pero desde hace semanas sé que estoy donde quiero estar y que ella es la persona con la que quiero compartir este tramo de mi camino.

Un par de golpes en la puerta y mi madre asomando la cabeza interrumpen mis pensamientos.

—Julia, cariño. Estefi está aquí. Ha venido a tomar café.

—¿Ahora? —pregunto, algo sorprendida—. Ni siquiera me ha avisado.

—Bueno, los amigos son así. No tardes en salir.

Me levanto de la cama, suelto un suspiro y dejo el cuaderno sobre el escritorio. Antes de salir me arreglo un poco el pelo e intento colocar mi mejor sonrisa para que ella no note que algo no va bien. Quizá su visita sea justo lo que necesito, porque siempre sabe cómo ayudarme a ordenar mis ideas, a poner los pies en el suelo y a apartar cada una de mis dudas.

Cuando llego al salón, Estefi ya está sentada, disfrutando de una de las pastas que mi madre siempre tiene para amenizar la tarde. Tiene la mirada algo perdida, como si algo le rondara la cabeza. Sin embargo, cuando me mira, su sonrisa se amplía y me regala un abrazo que me ayuda a recuperar energías.

—¿Desde cuándo haces estas cosas sin avisar? —pregunto, y se echa a reír—. Con el tiempo que hace no esperaba visitas.

—Ya sabes que a mí la lluvia no me asusta.

—Ya lo veo.

Mi madre entra de pronto con las tazas de café. Mientras las deja sobre la mesa, Estefi y yo intercambiamos una de esas miradas que lo dicen todo. Hay algo que la atormenta, al igual que a mí, pero por el momento tendremos que esperar. Mis padres se unen a nuestra pequeña merienda durante un rato, hasta que nos vuelven a dejar a solas.

Sonrío porque tengo suerte de contar con ellos, de tener una familia que no solo me apoya, sino que me brinda mi espacio y sabe dar libertad a pesar de convivir conmigo. Estefi me observa con atención, se lleva una pasta a la boca y entrecierra los ojos como si me estuviera evaluando. Siempre logra ponerme de los nervios, y por eso doy un sorbo a mi taza, buscando centrar mi atención en otra cosa.

—¿Me vas a contar qué hablasteis tú y Emma en la cocina de Rumore hace unos días? —pregunta, tan directa como siempre, provocando que me atragante—. Ya sabía yo que esas caras no eran normales.

—No pasó nada. De verdad. Solo... hablamos. —Me encojo de hombros—. Necesitábamos un pequeño momento a solas y nos lo dimos.

—Julia, que nos conocemos demasiado…

Noto que mis hombros se tensan, pero dejo escapar un suspiro y me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Estefi ya sabe sobre la locura de unir nuestro restaurante a Rumore, pero me recomendó que lo pensase con tranquilidad, que buscara el momento perfecto para hacérselo saber a Emma y yo hice todo lo contrario.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza —le digo sin rodeos—. Cuando llegué de Lyon, no paraba de decirme a mí misma que estaba huyendo por miedo a enfrentarme a lo que me pasaba. Pero luego llegué, me rodeé de las personas que me quieren, de Emma y.... —suspiro pasándome una mano por el pelo—. Tengo la sensación de que, cada decisión que tomo, me lleva a cometer las mismas estupideces del pasado.

—¿Esto tiene que ver con lo tuyo con Emma?

—Ya sabes. Ahora que salimos, le dije lo del restaurante —le recuerdo. No tuvimos mucho tiempo para hablar, pero fue suficiente para contarle sobre mis planes—. Quiero empezar un nuevo capítulo aquí, que lo hagamos juntas. Pero no puedo evitar pensar que me dejo arrastrar por lo que desean y sueñan los demás, en vez de por lo que de verdad quiero yo.

—¿Y te has preguntado qué es lo que quieres?

—Lo único que quiero es ser feliz de verdad —respondo con franqueza—. En Lyon lo tenía todo. Mi vida allí era de color de rosa, y cuando pasó lo de Jade, las cosas se fueron a la mierda. Sentí que no era capaz de seguir adelante, que mi seguridad era inexistente y que no quedaba nada que me importase en el mundo. Pero estaba equivocada, porque al regresar, me reencontré con lo que me llenaba de verdad.

Abrirme, explicar a alguien cómo me siento de verdad, me ayuda a verlo desde una perspectiva menos personal, menos dolorosa. Yo misma dejé mi vida atrás y cuando encontré a Jade, busqué recrear la calidez de un hogar con ella. Pero no salió bien, y todo se fue al traste cuando descubrí su infidelidad.

—Pues si estás tan segura de ello, lucha. Acláraselo a Emma y deja las dudas para otro momento —me dice con suavidad—. Yo no dudaría en aceptar tu propuesta. Solo hazle ver que compartir este sueño puede resultar maravilloso.

Sus palabras son sencillas, pero tienen un peso imposible de ignorar. El día que me monté en el tren, lo único en lo que pensaba era en que no iba a ser capaz de recuperar la pasión por lo que hacía, las ganas de meterme en la cocina y perderme entre fogones. Solo quería llorar, gritar. Pero desde hace semanas, desde esa noche que pasé con Emma en Rumore, apareció una luz que ha disipado esa sensación borrándola de mi vida.

—¿Crees que la idea de convertir la cafetería en algo más grande es una locura?

Estefi cruza una de sus piernas mirándome con franqueza. Yo sé la respuesta, porque de las ideas más locas surgen los recuerdos más imborrables.

—Es ambicioso, pero nadie dice que no pueda funcionar. Además, la plaza es maravillosa, está llena de turistas y creo que será un buen negocio a largo plazo —añade con seguridad—. Rumore ya tiene una base sólida, y con su esencia y nuestra experiencia, puede convertirse en uno de los locales más famosos de Valencia.

—Me aterra lo que Emma pueda pensar. Cuando se lo dije apenas me dio una respuesta y… —Suelto un suspiro y me dejo caer en el respaldo del sofá—. Le aterra la idea de que, si nuestra relación no va bien, alguna de las dos tenga que abandonar sus sueños.

—Eso no es algo que podáis prever. El futuro es incierto.

—Ella dijo exactamente lo mismo. —Sujeto mi taza de café y le doy un último sorbo, frío y casi sin sabor—. Desde entonces no hemos hablado, y tampoco sé que decirle.

—Rumore es el corazón de su familia, y estoy segura de que aceptar una propuesta así no es algo que deba tomarse a la ligera —me dice sin más—. Pero si le diste esa opción,

es porque confías en lo que sientes, en que puedes formar parte de su historia, de su vida.

—Claro que quiero hacerlo. No pienso moverme de su lado, esta vez, no

—Entonces deja que procese lo que le propusiste. Y mientras tanto, sigue labrando tu camino. —Estefi me da un pequeño empujón y me sonríe—. Aún te quedan muchas cosas por hacer. Como, por ejemplo, salir de esta casa y tener la tuya propia. ¿O me vas a decir que te quieres quedar en tu habitación rosa toda la vida?

Sus ojos se clavan en los míos, y las dos soltamos una carcajada que llena el salón de alegría. Emma necesita su tiempo, y yo necesito hacerle saber que lo que le propuse no es una idea a la ligera, que no le tengo miedo al futuro y que me voy a quedar aquí en Valencia, con ella, porque es lo que deseo de corazón.



31

TARDE DE LLUVIA

EMMA

Valencia. 29 de mayo, 2025

Hace diez minutos que ha empezado a llover. El agua se acumula en la plaza, y desde mi lugar detrás del mostrador, observo cómo transforma el suelo en un espejo brillante. Apenas hay clientes, solo una mesa ocupada por una pareja que se refugia de esta repentina tormenta. Mi padre está junto a un ventanal, hojeando el periódico, mientras disfruta de un café y deja que los minutos pasen.

Desde la fiesta de cumpleaños no he tenido noticias de Julia. Nuestra conversación en la cocina hizo que la noche transcurriera más tensa de lo normal, y no sé cómo romper este silencio entre las dos. No he podido dejar de pensar en lo que me dijo, en la idea de mezclar nuestros sueños y convertir Rumore en algo mucho más grande. Parte de mí sabe que es una idea increíble, que es justo lo que quiero, pero hay otra que me frena de dar ese paso y cada vez que miro a mi padre, me da miedo hacerle partícipe de todo esto.

Tras pagar la cuenta, el tintineo de la campanilla sobre la puerta nos deja a solas. Suspiro, sujeto un paño y comienzo a limpiar la barra en un intento por centrarme en algo, en cualquier cosa que no sea Julia.

—Emma. —Al levantar la mirada, veo a mi padre observándome por encima de sus gafas—. ¿Por qué no dejas eso y vienes aquí un rato? Por mucho que frotes la barra no harás que brille más.

Obedezco, dejando el trapo a un lado, y me preparo un café antes de caminar hasta la mesa. La silla chirría cuando la corro para sentarme, y por un momento, solo el sonido de la lluvia llena el silencio entre nosotros.

—¿Estás bien? —pregunta, dobla el periódico y lo deja a un lado—. Hoy te siento un poquito apagada.

—Ya sabes que los días de lluvia me afectan.

Su mirada es firme, pero también está repleta de cariño. Una de las cosas que siempre he admirado de él es su capacidad para leerme como un libro abierto sin que me sienta invadida. Antes, cuando estaba mamá, era a ella a la que le contaba todos mis problemas, pero cuando se fue, perdí a mi gran consejera. Él suplió su espacio sin que yo se lo pidiera, aunque me cuesta un poco contarle todas las cosas que me rondan por la cabeza y me inquietan.

—Solo estoy pensando en Rumore y en los cambios que quiero hacer.

—¿Y por eso estás tan preocupada? —pregunta. Muevo la cucharilla dentro de la taza de café antes de darle un buen sorbo—. Llevas todo el día con el gesto fruncido, y me gusta más cuando sonríes.

—Todos tenemos nuestros días, papá.

Mi respuesta provoca que levante las manos en señal de rendición. No quiero contarle lo que me atormenta porque no sé cómo se tomará la propuesta de Julia, ni tampoco cómo decirle que la idea me parece maravillosa sin que sienta que quiero destrozar lo que él construyó con mi madre. Le prometí que este lugar guardaría su esencia, pero, no será posible si de pronto lo derrumbamos y lo construimos de nuevo.

—No tuve tiempo de decírtelo, pero la tarta estaba deliciosa —menciona de repente, captando toda mi atención—. Y mira que yo no soy mucho de mousses.

—Agradéceselo a Julia. Fue ella la que me dio la idea.

Él asiente, cruzando los brazos mientras me observa con atención.

—¿Me vas a decir qué te pasa o voy a tener que enfadarme como cuando eras una niña? —pregunta, y suelto un suspiro.

—No es necesario llegar a tanto. —Él suelta una risilla, y yo aprovecho el momento para buscar las palabras con las que abordar el tema. Mi padre siempre ha sido muy protector con Rumore, y aunque la idea de cambiar cosas lo emociona en teoría, sé que está profundamente arraigado a este lugar—. Solo he estado dándole vueltas a la renovación de la cafetería.

—¿Ya tienes algunas ideas?

—Muchas —le confirmo—. Aunque hay algo que…

—¿Qué ocurre? Cuéntame.

—Julia me propuso algo el domingo —digo, notando cómo las palabras se me atascan un poco al salir. Él me mira con curiosidad, y ya no tengo escapatoria—. Convertir Rumore en un restaurante.

Por un momento, el silencio entre nosotros es palpable. Veo cómo las arrugas de su frente se profundizan mientras procesa lo que acabo de decir, y yo desvío mi atención al café, a la lluvia y a mis propias emociones.

—¿En un restaurante?

—Sí —asiento, tratando de mantener un tono firme—. Aunque no solo sería un restaurante. Sería una combinación, una cafetería que también tendría un espacio dedicado a la cocina. Algo más grande, más completo.

—¿Y quién llevaría ese supuesto restaurante?

Lo miro directamente a los ojos y me muerdo el labio inferior.

—Julia, y también Estefanía.

Mi padre se recuesta en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho mientras evalúa lo que le acabo de decir. Su reacción no me sorprende; este lugar es muy importante para él, parte del legado de mi madre está pegado a estas paredes, y le prometí que eso jamás cambiaría.

—Suena muy ambicioso —dice por fin.

—Lo es…

—Y arriesgado —añade. Asiente, como si estuviera sopesando mis respuestas. Veo la duda en sus ojos, la misma que, seguro, se reflejó en los míos cuando Julia me lo propuso y no supe qué decirle—. ¿Crees que eso será lo mejor para Rumore?

—Creo que este lugar tiene potencial para ser todo lo que nos propongamos. Mamá lo convirtió en algo especial, tú lo mantuviste vivo, y ahora es mi turno de transformarlo en un paraíso donde las personas encuentren algo más que un helado, un café o una jornada de fútbol. —Sus labios se curvan en una leve sonrisa, pero no dice nada—. Julia y Estefanía llevan semanas pensando en un proyecto parecido, y ya sabes que querían hacerlo justo al otro lado de la plaza, así que sería una buena oportunidad, ¿no te parece?

—No es una idea tan descabellada —admite para mi sorpresa—. Pero hay algo que no me cuadra. —Me señala—. Pareces insegura. No me malinterpretes, creo que la idea es fantástica, pero hay algo en ti que me dice que no estás del todo convencida.

—No es eso. Es que tengo miedo, papá. —Él no dice nada; solo espera a que continúe —. Estoy enamorada de Julia, y tengo miedo de que mezclar nuestras vidas y nuestros sueños termine separándonos. No quiero que lo que tenemos se arruine por culpa del trabajo, del estrés o de las discusiones inevitables que podamos tener.

—Vicente tenía razón… —murmura y, de pronto, me sonríe.

—¿De qué hablas?

—Él me dijo que Chus le contó hace unos días que Julia no deja de pensar en ti — responde, y eso provoca que mis mejillas se calienten de vergüenza—. Ahora sé que es porque mi hija ha descubierto el amor de la mano de quien siempre ha sido su mejor amiga. Y eso me hace feliz.

—He sentido esto toda mi vida. Se lo conté a mamá hace un tiempo. —Me encojo de

hombros, apartando la mirada de sus ojos—. Pero cuando llegamos al instituto, algo se rompió y al final nos separamos. Las cosas se reavivaron cuando la vi aparecer por Rumore ese día.

—Ahora comprendo todas esas miradas y cada una de las sonrisas que os dedicáis.

—Pero esto es un problema —digo con seguridad—. No quiero que nuestra relación se vea afectada por nuestras decisiones. No soportaría perderla otra vez.

—Emma, tu madre y yo abrimos Rumore juntos. No siempre fue fácil, te lo aseguro. Había días en los que discutíamos por cosas insignificantes, y otros en los que pensábamos que no podríamos seguir adelante. —Sus ojos se suavizan al recordar el pasado—. Pero nunca dejamos que eso definiera nuestra relación. El amor no es un obstáculo; es un cimiento sobre el que construir lo demás.

Sus palabras se cuelan dentro de mí, mezclándose con mis sentimientos y calmando esas inseguridades que he acumulado durante estos días.

—No va a ser fácil —continúa, apoyando una mano sobre la mía—. Pero cuando amas a alguien de verdad, cuando confías en esa persona, encuentras la manera de superar cualquier desafío, en compañía.

—Entonces, ¿crees que es una buena idea? —pregunto con curiosidad.

—Lo creo siempre que tú sientas que es lo que te hace verdaderamente feliz.

Con la mirada puesto a mi alrededor, comienzo a imaginar cómo sería compartir mi día a día con Julia. Mis miedos no proceden de este presente, nacen del pasado, de esa relación nuestra que se rompió y dejó de existir y que tanto me hizo sufrir. Sé que no somos la única pareja que convive, que trabaja y mezcla sus tiempos, que se pasa las horas juntas sin problema y que eso las ayuda a fortalecer su relación. Quiero creer que lo nuestro será así, y que tenerla conmigo, es lo que hará que este nuevo capítulo, sea el más importante de nuestras vidas.



32

LAS LUCES DE RUMORE

Última hora del día

JULIA

La noche se despliega ante mis ojos, más brillante y fresca que en días anteriores. Las aceras relucen bajo las luces anaranjadas de las farolas, todavía húmedas por la lluvia que cayó durante toda la tarde. El aire es fresco, cargado de ese aroma a tierra mojada que siempre me ha resultado reconfortante y que me transporta al pasado, cuando Emma y yo saltábamos charcos en el colegio.

Después de la conversación con Estefi, mi mente es un torbellino. Mientras avanzo rumbo a Rumore, no puedo evitar darle vueltas a todo. Lo único que me acompaña es el ruido de mis pasos y mis pensamientos, que giran incesantemente en torno a lo que siento y lo que quiero.

El trayecto hasta la cafetería es corto, y al llegar, la luz cálida de las lámparas del interior se filtra a través de los ventanales. Emma está detrás de la barra, colocando vasos, poniendo todo en orden para dejar el local listo para la mañana siguiente. Lleva el pelo suelto cayéndole sobre los hombros. Su expresión de concentración me arranca una sonrisa, y por un instante me apoyo en la puerta, observándola en silencio.

Mis ojos la recorren con cuidado, fijándose en los pequeños detalles que hasta ahora habían pasado desapercibidos: los destellos rojizos de su cabello, el esmalte rojo que pinta sus uñas, el short que se ajusta perfectamente a sus caderas y su estrecha cintura, y ese top que realza la forma delicada y perfecta de su pecho. A pesar del miedo y de las dudas que me han asediado estos días, hay algo que tengo muy claro: aquí es donde quiero estar.

Con ella.

Empujo la puerta con suavidad, y el sonido de la campanilla rompe el silencio del local, llamando su atención. Levanta la vista, sorprendida al verme. Por un instante sus ojos se agrandan, pero enseguida su expresión cambia, transformándose en algo más. Algo que no puedo identificar, pero que me cala hondo y provoca que mi sonrisa se ensanche.

—¿Puedo quedarme o…? —pregunto en un susurro cargado de emoción, llenando el espacio que nos separa.

EMMA

No pienso, ni siquiera razono o dejo espacio para las dudas. Todo lo que hago surge de las ganas acumuladas de verla, de todo eso que se ha almacenado con el paso de los días, de las horas y los minutos dentro de mí. Dejo la barra, y mis pies me llevan tan rápido como pueden hacia ella. Cuando llego a su lado, lo que siento es la urgencia de cerrar la distancia que aún nos separa.

—Hola… —me saluda, mordiéndose el labio inferior, y mi reacción es puro impulso, guiada por el latido frenético de mi corazón.

Mis labios encuentran los suyos apenas un par de segundos después de que mis brazos rodeen su cuello para atraerla hacia mí. Este beso no se parece al de la última vez, repleto de nervios y dudas; este está lleno de seguridad, de afirmaciones, de emociones que han salido a la luz. Es la confirmación de algo que ambas sabíamos, pero que intentamos frenar, pausar, entender o acomodar.

Siento sus manos aferrándose a mi camiseta, tirando de mí con una necesidad que refleja la mía, y el mundo se desvanece cuando su boca se separa de mis labios para buscar mi cuello. Cada beso, cada mordisco, cada caricia incendia este instante, transformándolo por completo. Lo nuestro no es un reencuentro, ni una reconciliación tras una pelea; es algo más puro, el renacer de unas emociones que se negaron a desaparecer y que hoy estallan dentro de nosotras.

Caminamos torpemente, yo de espaldas, ella a ciegas. Chocamos con una mesa, arrastramos un par de sillas con nuestros cuerpos, y terminamos apoyadas en la madera de la barra. Estamos dispuestas a entregarnos todo aquello que no pudimos darnos tiempo atrás, cuando este amor que arde en mi pecho empezó a crecer, cuando me di cuenta de que mi amiga se había convertido en todo lo que quería.

JULIA

El sabor de sus labios, el calor de su cuerpo junto al mío, la suavidad de sus manos hundiéndose en mi pelo, su voz entre suspiros. Todo en Emma es un recordatorio de lo que siempre he querido, lo que siempre he soñado y lo que ya no puedo ignorar. Hace meses, después de descubrir la infidelidad de Jade, creí que sería incapaz de volver a enamorarme, pero aquí estoy, dejándome arrastrar de nuevo por un sentimiento que, al parecer, siempre estuvo ahí.

Mis manos se mueven casi por instinto, encontrando su piel desnuda bajo la camiseta, sujetándome a ella como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier

momento. Su respiración, rápida y entrecortada, se mezcla con la mía mientras nos perdemos en esta marejada de caricias que no tiene intención de calmarse.

No sé en qué momento cruzamos la puerta que conecta con la cocina, pero una vez dentro, el resto desaparece, encerrándonos en una burbuja íntima y solo nuestra. Emma rompe el beso por un instante y deja que sus labios rocen los míos. Al observar mi reflejo en sus ojos, no me queda duda de que ahora mismo tengo todo lo que quiero cerca de mí.

—Emma…

—No digas nada… —responde con una pequeña sonrisa, mientras sus manos recorren mis brazos, erizándome la piel—. No lo arruines, anda.

Ríe, y esta se apaga bajo un nuevo beso. Mis manos encuentran lo que esconde su camiseta, permitiéndome explorar con delicadeza las curvas que forman parte de su cuerpo. Mis dedos delinean su piel con suavidad, deslizándose por la línea de su ombligo, como si estuvieran aprendiendo de memoria cada detalle.

Las suyas, seguras y a la vez llenas de ternura, se aferran a mí con una familiaridad que se siente nueva y antigua al mismo tiempo. Cada toque, cada caricia, parece borrar las barreras que el tiempo y las circunstancias levantaron entre nosotras, dejando al descubierto esta verdad cruda y pura.

El frío metal de una de las neveras contrasta con el calor que emana de mi cuerpo cuando ella toma el control y me obliga a apoyar la espalda contra él. Pero ni siquiera lo noto porque lo único que me importa es ella. Sin embargo, me freno, y lo hago porque no quiero que nuestra primera vez sea en las cocinas de Rumore.

EMMA

La intensidad de este momento es abrumadora. La miro, y en sus ojos veo reflejados mis propios sentimientos. Hay algo liberador en esto, en dejar de lado las dudas y simplemente ser. Ya no somos las mismas de antes; somos dos personas diferentes, envueltas en una corriente que nace y vibra en nuestros corazones, que late con la rapidez de un colibrí y que, como por arte de magia, nos ha llevado a soñar de nuevo.

Mis labios se encuentran con los suyos, y en este beso dejo ir todo: mis miedos, mis deseos, mi amor. Porque eso es exactamente lo que siento cuando la tengo cerca.

—Te quiero… —susurro, apenas consciente del peso de esas palabras hasta que veo cómo su mirada se ilumina—. Te quiero demasiado…

Ella no responde con palabras, pero la forma en que me toca, en que me sostiene entre sus brazos y busca mi cuerpo más allá de la ropa, me dice todo lo que necesito saber. Sus dedos recorren mi piel, y el deseo que crece entre nosotras nos detiene un instante cuando me doy cuenta de que la deseo por completo.

—Creo que hemos elegido el lugar más incómodo del mundo para nuestra primera

vez —dice y suelta una pequeña risa. No puedo evitar reír también y me dejo caer en su pecho, abrazándome a ella—. ¿Quieres pasar la noche conmigo?

—¿Con tus padres en la habitación de al lado? ¿Tú estás loca?

—Pensaba que podríamos ir a un hostal, no sé. —Levanta una ceja, insinuando algo que, de pronto, me gusta mucho más—. Creo que hay uno no muy lejos de aquí. Tendremos que conformarnos con eso hasta que tenga un piso para mí.

—Te juro que nunca me imaginé que esto pasaría… —le confieso, y ella acaricia mi mejilla con ternura.

—Anda, envíale un mensaje a tu padre y vámonos. O te prometo que te haré el amor aquí mismo —bromea mientras echa un vistazo a su alrededor.

Entre risas, con los nervios a flor de piel, recogemos todo y salimos de Rumore, dejando el pasado atrás y dando la bienvenida al futuro que construiremos juntas.



33

AMOR DESBORDADO

Minutos después, en el hostal

JULIA

El tiempo que la recepcionista ha tardado en darnos la llave me ha puesto de los nervios. Emma no ha dejado de mirarme, de provocarme, y es la primera vez en mi vida que un viaje corto en ascensor me resulta tan ardiente. Llevo anclado a la piel de mis manos el aroma de su sexo, la humedad que traje conmigo al meterme bajo su ropa y masturbarla mientras nos besábamos con desesperación, buscando encender lo que apagamos sin remedio en la cafetería.

La puerta de la habitación se abre de golpe mientras que nos tambaleamos juntas hacia el interior. Estoy segura de que alguien nos habrá escuchado, de que nuestras risas y jadeos habrán llamado la atención, pero ahora mismo no me importa. Mis labios están sobre los suyos, como si al besarla pudiera borrar lo que viví lejos de ella, sepultándolo bajo capas de amor. Amor que ahora se ha transformado en un fuego que arde en mi interior.

No sé en qué momento este pequeño espacio se convierte en nuestro mundo, pero eso es lo de menos. Mis dedos recorren el borde de su camiseta, tirando de ella hacia mí, buscando la suavidad de su piel, mientras sus manos exploran mi espalda, aferrándose a la ropa que llevo puesta, y que ya empieza a sobrar.

Susurra mi nombre, y sonrío al escucharlo en su voz, grave y cargada de deseo. Camino hacia algún lugar, guiada solo por la cercanía de su cuerpo, y nuestras lenguas se encuentran en un baile de caricias que me erizan la piel y cargan el ambiente con una electricidad que me recorre por dentro.

La tenue luz de la lamparita sobre la mesa junto a la cama apenas nos ilumina, pero no necesito nada más. Solo a ella, todo lo cerca que pueda estar.

EMMA

Choco contra la pared, pero no me importa. Ni siquiera percibo el impacto porque los labios de Julia se encuentran devorando mi cuello con una urgencia que provoca escalofríos por toda mi piel. Mi cabeza cae hacia atrás y le dejo espacio para que explore, para que saboree cada centímetro de mi cuerpo. Una de sus manos está sujeta a mi cintura, apresándome como lo hace un cazador que no desea que su presa se escape.

La tonta idea provoca que jadee, que mis dedos se enreden en su pelo tirando de él con suavidad. Cada caricia, cada beso que me da, me desarma y deja al descubierto partes de mí que, hasta el momento, habían permanecido a escondidas. Noto como sus manos me liberan del short que llevo puesto, como de pronto mis bragas caen al suelo y una corriente de placer se hunde entre mis muslos; son sus dedos de nuevo, recordándome que esta noche apenas ha comenzado.

—Julia… —murmuro, pero ella no se detiene.

—Shh… —me susurra contra la piel, bajando lentamente por mi cuerpo, asegurándose de que note cada una de las caricias de su lengua que en cuestión de segundos se abre paso en mi sexo.

Tiemblo y creo que voy a caer rendida contra el suelo, sin embargo, ella se asegura de que no lo haga, de que disfrute, de que sienta como las mariposas vibran en mi estómago, envolviéndome de un placer que me deja sin aire, que me obliga a abrir la boca y gemir, que me lleva a sujetarla con fuerza del pelo, a mecer mi cadera para aumentar la fricción y todas las sensaciones que despierta en mi cuerpo.

JULIA

Un escalofrío recorre mi piel cuando la escucho gemir de placer. Mi lengua se desliza entre los pliegues de su sexo buscando más, buscando guardar en mi memoria su sabor, su textura, cada pequeño detalle. Ella tiembla con cada roce y lo hace aún más cuando es mi mano la que se dedica a tocarla, a embestirla con suavidad. Desde esta posición me parece mucho más perfecta que de frente, una diosa espectacular que tengo la suerte de amar.

Me incorporo con la finalidad de llevarla conmigo hasta la cama y besarla se convierte de nuevo en un capricho. Juntas disfrutamos de su sabor mientras la arrastro conmigo, quitándome el resto de la ropa, dejando que ella haga exactamente lo mismo.

—Eres increíblemente preciosa —le susurro sobre los labios. Ella ríe con suavidad antes de sujetar mi cara entre sus manos y mirarme a los ojos.

—No más que tú, mi amor.

«Mi amor», esas dos palabras destruyen todos mis muros, los hace pedazos, los derriba con la facilidad de un cañón en mitad de una batalla bélica, agitando mi corazón, convirtiéndome en suya por completo, atando su vida a la mía por toda una eternidad.

EMMA

Necesito sentirla y la empujo hacia la cama, provocando una sorpresa que desaparece cuando me deslizo sobre su cuerpo y me siento a horcajadas sobre ella, abrazándola con mis caderas, notando el roce de nuestra piel, el calor que desprendemos, la necesidad que dejan por escrito nuestras manos al tocarnos.

Mi pelo cae sobre uno de mis hombros mientras la beso de nuevo y ella se aprovecha de ello para girarse y colocarse sobre mí, enredar sus piernas con las mías para recordarme que el amor también es pasión, que tiempo atrás había soñado con este instante un millón de veces y que ahora está pasando, que es real y que esto es lo que las dos deseamos.

La cama cruje bajo nosotras, el cabezal choca mientras nos movemos y nuestros gemidos se mezclan una vez que entran en juego nuestros dedos. Cada movimiento, cada caricia, parece existir para dejarnos sin aliento y recordarnos que no hay lugar en el mundo donde prefiramos estar que aquí, la una junto a la otra.

Mis manos se encuentran con uno de sus pechos, que apreso y acaricio, que masajeo y pellizco endureciéndolo a mi paso. Me parece increíble que esto esté ocurriendo, que, por primera vez en toda nuestra historia, estemos cruzando la línea de una amistad que creció poco después de que naciéramos.

Sonrío y la hago presa del placer, con la boca abierta mientras ella hunde su cara en mi cuello y sus dedos en mi interior. Yo me muevo, mi cadera lo hace por instinto, necesitando más y más, necesitando alcanzar el paraíso.

—No pares… —le exijo, aunque estoy segura de que sería incapaz de hacerlo.

—Me vuelves loca… —me susurra.

—Hazme sentirlo.

JULIA

Sus peticiones me envuelven, me queman de una forma que nunca había experimentado antes y pierdo la claridad en la mente. De un momento a otro las caricias de mis dedos entre sus piernas se vuelven más intensas, más duras, más profundas y sus gemidos se convierten en la melodía perfecta para acompañar este momento.

Me muevo para inclinarme hacia ella, mirándola a los ojos como si quisiera descubrir la puerta al cielo, como si a través de ellos pudiese alcanzar las estrellas; brillan, lo hacen plagados de emociones que compartimos, sentimientos que están ahora escritos en mi corazón, que jamás voy a poder olvidar.

—Julia…

No sé si lo que estoy sintiendo puede describirse con palabras. Perderme en ella es la experiencia más liberadora que he tenido; la manera en la que sus dedos recorren mi

espalda, en la que sus labios trazan mi hombro, en la que su cuerpo responde a mis caricias.

—No pares… —murmura de nuevo, con la voz entrecortada, agitada.

—No pienso hacerlo nunca.

Y es cierto. Mis manos continúan y me dejo llevar guiada por la intensidad de su deseo, por todo lo que compartimos, por el placer que siento al notar cómo una de sus manos se cuela entre nuestros cuerpos y encuentran mi sexo. Creo poder tocar las estrellas cuando el orgasmo me alcanza en sintonía con el suyo, y cuando caigo sobre su pecho, siento una paz que no había conocido antes.

Ella busca mi mirada y cuando nos besamos, me doy cuenta de que me quiero quedar aquí toda la vida: en sus brazos, en su corazón, en este instante que parece haber concentrado el amor que nunca tuvimos la oportunidad de profesarnos.

—Te quiero… —le digo yo ahora.

Ella me acaricia la mejilla y mientras sus ojos brillan, me besa, recordándome que hemos cruzado un umbral del que no hay vuelta atrás, y que, a partir de ahora, lo que suceda, estará repleto de felicidad.



34

UN NUEVO AMANECER

JULIA

A la mañana siguiente

La luz de primera hora del día se cuela por las cortinas, arrancándome lo poco que queda de sueño. Abro los ojos con suavidad y saboreo el momento como si hiciera años que no despertara con esta sensación brotando en mi pecho. Una sonrisa se dibuja en mis labios, causada por una mujer cuyo aroma sigue grabado en mi piel. Hoy he soñado con ella, con su risa, con la manera en la que me miraba, como si yo fuera el centro de su universo.

En mitad de esa ensoñación tan real, me giro bajo las sábanas y la busco, esperando encontrarla a mi lado. Pero su hueco está vacío y frío al tacto. Mi corazón da un vuelco, aunque antes de que la preocupación me alcance, veo un papel doblado sobre la almohada con mi nombre escrito.

No necesito comenzar a leer para saber que es de ella. Es viernes, y Rumore se activa a las siete de la mañana. Me juego lo que sea a que tuvo que marcharse por eso, a pesar de que le habrá costado horrores dejarme aquí, sola, durmiendo como si el mundo se hubiera paralizado.

Sujeto la nota entre los dedos mientras me enderezo, pasando una mano por mis ojos para despejarme del todo. No sé ni qué hora es, pero ahora mismo eso no importa. Despliego el papel con cuidado y comienzo a leer sus palabras, dejando que este amor que llevo en el pecho lo inunde todo.

Julia,

No quería despertarte. Verte dormir tan tranquila era demasiado bonito como para interrumpirlo. Me he marchado temprano a la cafetería, pero tendré preparado un plato de churros y un cappuccino para ti, si te apetece venir.

Lo que pasó anoche… No solo fue perfecto. No he dejado de pensar que así debió ser siempre. Nunca me había sentido tan completa, tan unida a alguien como contigo, y ahora sé que te quiero mucho más de lo que ya lo hacía antes.

Me hubiese gustado decírtelo ayer, pero nos quedamos dormidas… La propuesta que me

hiciste, la de ser socias tú, yo y Estefanía, creo que es brillante. Confío en vosotras, en ti, en lo nuestro, y sé que podemos hacerlo juntas. Rumore lo significa todo para mí, pero estoy segura de que lograremos convertirlo en un lugar único. Lo mejor de todo es que mi padre está de acuerdo.

Te veo en unas horas, dormilona.

Te quiero.

Saber que ha aceptado, que Marcos apoya la idea, retumba dentro de mí una y otra vez. Mi corazón late con fuerza, emocionado, sabiendo que no hay nada más bonito que sentir esperanza. Que sentirte en casa, en el lugar donde siempre quisiste estar, rodeada de las personas que amas.

Llegué a Valencia en busca de respuestas, tratando de reconstruir algo roto dentro de mí. Pensé que abrir un restaurante con Estefi sería suficiente, que centrarme en un proyecto nuevo me ayudaría a sanar. Pero ahora sé que la verdadera felicidad no está solo en hacer realidad tus sueños, sino en las personas con las que decides compartirlos.

La imagen de Rumore, más clara que nunca, empieza a formarse en mi mente. No como la cafetería que es, ese lugar que año tras año ha acogido a familias celebrando instantes inolvidables. Ahora lo veo también como un restaurante, un espacio que invite a quedarse durante horas, con un menú repleto de amor, y una cocina donde pueda crear sin miedo, donde dejar que mi pasión fluya. Imagino a Estefi a mi lado, a Sarah y a Emma moviéndose entre las mesas, sonriendo a los clientes. Y me veo a mí, mientras cruzo miradas con Emma desde la distancia, con esa expresión de amor que me hace sentir invencible.

Cierro los ojos e intento asentar estas emociones, y por primera vez desde que empecé mi nueva aventura, el futuro ya no me asusta.

Me levanto al fin, camino hacia la ventana y me detengo a observar. No son más de las nueve, pero las calles ya están repletas de vida. Aún hay charcos en los bordes de las aceras, y aunque estamos a final de mes, una brisa se cuela por las rendijas, erizándome la piel. Busco mi ropa, y mientras me visto, sonrío al recordar todo lo que Emma y yo hemos compartido en unas pocas horas. Sus besos, sus caricias, sus palabras no solo despejaron mis dudas, sino que encendieron en mí una ilusión que creí apagada.

Al bajar a recepción, pago la habitación y salgo a la calle, donde la frescura del aire me despierta por completo. Anoche comenzó algo nuevo. Sé que mis miedos no han desaparecido, pero ya no tienen control sobre mí. Estoy lista para dar este paso, para construir un futuro lleno de posibilidades. Porque sé que, pase lo que pase, no estaré sola, sino rodeada de quienes me aman de verdad. Y eso, es todo lo que necesito.

EMMA

El agua tibia de la ducha cae sobre mi cuerpo, llevándose consigo el cansancio y cualquier rastro de la noche anterior. Me tomo un instante para quedarme quieta, mientras dejo que

las gotas golpeen y masajeen mi espalda. Apoyo la frente contra las frías baldosas recordando la risa de Julia, el sabor de sus labios, la manera en la que me hizo el amor... todo sigue en mi mente, como si esta quisiera traerlo de vuelta una y otra vez, obligándome a revivir lo maravilloso que es estar enamorada.

Cuando cierro el grifo, me envuelvo en una toalla y me miro al espejo. Mi reflejo me devuelve una sonrisa plagada de felicidad que no puedo contener. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, tan viva, tan bien. Me visto con rapidez, eligiendo una camiseta negra ajustada y mis vaqueros cortos favoritos. Recojo mi pelo en un moño alborotado y salgo de casa a toda prisa, a sabiendas de que mi padre y Sarah ya estarán en Rumore, probablemente preguntándose dónde he estado.

Al llegar a la cafetería, la campanilla de la puerta resuena alertando de mi llegada. El aroma a café recién hecho y pan tostado llena el aire. Me detengo un momento a observar lo que pasa a mi alrededor y encuentro a mi padre detrás del mostrador, concentrado en servir un par de cafés con esa destreza que siempre ha tenido.

Cuando me ve, sonríe y arquea una ceja. No necesito contarle dónde he pasado la noche; lo nota en mi expresión, en mis ojos, pero aun así no duda en acercarse para preguntar.

—¿Todo bien, cariño? —Deja las tazas sobre los platos en una bandeja y yo asiento con suavidad—. Ya estaba preguntándome cuándo aparecerías.

—Siento haberme retrasado. No puse la alarma.

—No te preocupes. —Se ríe y me da el delantal que forma parte de la indumentaria del trabajo—. Lo importante es esa sonrisa que te traes. Me alegra verte tan feliz.

—Lo estoy…

Su expresión se suaviza mientras regresa a lo suyo. Poco después, Sarah entra en el local con un par de bolsas de la compra. Normalmente soy yo quien se encarga de eso, quien va al mercado por los suministros, y me apena que haya tenido que hacerlo por mi culpa.

—Por fin estás aquí. El panadero no me quería dar el pan porque decía que no le habías avisado de que iría yo a recogerlo —menciona, molesta—. Al final tuve que llamar a tu padre para que se lo dijera. ¿Te lo puedes creer?

—Lo siento. Te prometo que no volverá a pasar.

—Alguien tenía que hacerlo —dice, y de pronto su expresión cambia a una mezcla de curiosidad y picardía—. ¿Me vas a contar dónde has pasado la noche, señorita? Porque tienes una cara...

—¿Qué le pasa a mi cara? —pregunto, me llevo las manos a las mejillas y busco mi reflejo en el metal de la máquina de café.

—Que nunca te he visto tan feliz, y me temo que es culpa de Julia, ¿o me equivoco? —

Niego, aunque siento el rubor subir a mis mejillas—. ¿Y bien?

—Hemos... ya sabes...

—¿¡Qué!? —grita, llamando la atención de mi padre—. Pero, Emma… eso es…

—Maravilloso, lo sé.

Los minutos pasan, y de pronto lcampanilla vuelve a sonar, y esta vez no es un cliente quien cruza el umbral. Es Julia, con esa sonrisa que es capaz de agitar mi corazón, con esa mirada que, al chocar con la mía, hace que mi felicidad sea imposible de ocultar.



35

EL PASADO SIEMPRE REGRESA

JULIA

Unas horas más tarde

Valencia vibra a esta hora de la tarde. Las calles están llenas de vida, con turistas entrando y saliendo de los locales a mi paso mientras camino hacia el apartamento de Estefi, situado a pocos pasos de la catedral. A pesar de las horas que han pasado, Emma sigue muy presente en mi mente. Todavía siento la suavidad de sus labios sobre los míos, sus manos aferrándose a mi piel. Absolutamente todo.

Una sonrisa se dibuja en mis labios al recordar nuestra noche en el hostal. Lo que ocurrió entre esas cuatro paredes fue mucho más que pasión y amor. Las dos conectamos de una forma tan genuina que sentí nuestras almas mezclándose, encajando más allá de la piel. Como dos piezas hechas a medida.

Cuando llego frente al edificio donde vive mi mejor amiga, me detengo un momento. La fachada clásica y el portal pequeño pero acogedor me resultan familiares. Subo las escaleras al trote, emocionada por contarle lo que ha pasado. Sin embargo, al tocar el timbre y escuchar sus pasos al otro lado, el gesto serio y fruncido con el que me recibe me pone en alerta.

—Menos mal que estás aquí, me estoy volviendo loca —dice, apartándose para dejarme pasar.

—¿Está todo bien? —pregunto, cerrando la puerta detrás de mí mientras dejo mi bolso sobre el pequeño banco del recibidor—. No me gusta nada tu cara.

—Sí… bueno, no del todo. —Se cruza de brazos, esquivando mi mirada antes de señalar hacia el salón—. Ven, mejor hablemos sentadas.

El salón está tal y como lo recuerdo: los cojines desordenados en el sofá, los geranios en el alféizar de la ventana, el aroma a incienso impregnando el aire. Sin embargo, hay algo diferente. Una sensación que no sé cómo describir. Nos sentamos frente a frente, y Estefi se inclina hacia la mesita de café, sujetando su móvil. Sus manos tiemblan ligeramente, algo

inusual en ella, que siempre parece tener todo bajo control.

—¿Ocurre algo? —insisto, esta vez con más firmeza.

Levanta la mirada, sus ojos buscan los míos y, sin decir nada, desliza el móvil hacia mí. En la pantalla aparece un mensaje al que apenas presto atención… hasta que leo el nombre de Jade. Mi corazón se detiene por un segundo.

—Sabes que tengo su teléfono desde que fui a verte a Lyon y celebramos tu cumpleaños —me recuerda—. Al parecer, ha intentado contactarte, pero…

—Pero bloqueé su número y todos los que no conocía que han estado llamándome estos días —la interrumpo y agarro el móvil.

Desbloqueo la pantalla y comienzo a leer el mensaje:

> **Jade:** Hola, Estefanía. Sé que esto es raro, pero no tengo otra manera de contactar con Julia. He estado pensando mucho en ella… y me gustaría hablar, pedirle perdón. Sé que cometí un error y estoy arrepentida. Por favor, dile que lo siento. Hazme ese favor.

Por un instante, mis ojos permanecen fijos en la pantalla mientras trato de procesar lo que estoy leyendo. Jade trae consigo un torrente de emociones que creía haber dejado atrás: el dolor, el vacío, la traición. Esa sensación de insuficiencia que me ha acompañado durante meses regresa, como un golpe frío y certero, llevándose la ilusión y la felicidad que arrastraba conmigo.

—Sé que es una locura, pero parece arrepentida.

—¿Cuándo te llegó el mensaje? —pregunto, mirándola a los ojos.

—Anoche. —Respira y suelta un suspiro que se alarga unos segundos—. No sabía si reenviártelo, así que preferí que vinieras a casa y decírtelo.

—No sé qué pretende con esto.

—Ni idea. A lo mejor cerrar ese capítulo —comenta y se deja caer en el sillón—. Hay que decir que tú te fuiste corriendo de allí. Ni siquiera le diste tiempo a redimirse.

—¿Estás diciendo que debería haberme quedado como una idiota, esperando a que se retractara y regresara llorando?

—No, no digo eso, pero… —Niega un par de veces—. No sé. A lo mejor te viene bien hablar con ella.

—¿Para qué? ¿Para que me recuerde que nunca fui lo suficientemente buena para ella y que fue por eso que me puso los cuernos? —pregunto ironizando—. Vamos, por favor. No digas tonterías.

Mis manos se tensan sobre mis rodillas mientras noto como la seguridad y tranquilidad que formaban parte de mí, se desmorona poco a poco. La habitación se llena

de un silencio que pesa, interrumpido por el repentino sonido de las campanas de la catedral marcando las ocho de la tarde. Miro hacia la ventana, trato de encontrar algo a lo que aferrarme mientras mi mente retrocede al pasado y me llevo una mano al corazón. Fue su infidelidad lo que me destrozó y me dejó rota, y estos últimos días me he reconstruido pieza a pieza, hasta sentirme como nunca antes me había sentido. No puedo permitir que regrese como un fantasma oscuro y estropee lo que tengo ahora.

—Julia, ¿estás bien? —La voz de Estefi me devuelve al presente.

—No lo sé. —Ella se levanta, se acerca a mí y pasa una mano por mi espalda para apoyarme. Es reconfortante contar con alguien así, capaz de mantenerse a tu lado a pesar de lo que pueda pasar—. Yo no quiero saber nada más de ella.

—No tienes por qué responder si no quieres. No le debes nada. Solo te he aconsejado que hablases con ella porque a veces, es bueno dejar claras las cosas, pero nada más.

—Es que no entiendo por qué ha tenido que aparecer ahora —le digo exaltada—. Justo cuando empiezo a sentir que mi vida va por el camino correcto. Tiene el don de arruinar las cosas.

—Escúchame. —Sujeta mis manos y me obliga a mirarla—. Ella ya no forma parte de tu vida, y no debes dejar que tenga poder sobre tu presente. Mucho menos sobre tu futuro. Si no quieres hacerlo y crees que las cosas están bien así, le escribo un mensaje y ya está.

—Hablaré con Jade.

—¿Estás segura?

—Tú lo has dicho. Es mejor que zanje esto de una vez.

. . .

Estefi me ha prestado su teléfono y me ha dejado a solas mientras disfruta de los últimos rayos de sol de la tarde en el balcón del salón. Las manos me tiemblan, pero necesito hacer esto sí quiero que las cosas acaben de una vez por todas. Ahora, mientras dejo que el tono de la llamada se prolongue, siento nervios, rabia, tristeza, esperanza, una mezcla de emociones que amenaza con desbordarse de un momento a otro.

No sé en qué momento alguien me dijo que las cosas no terminan cuando uno huye de ellas, porque en este instante, en lo único que pienso es en cómo me marché de Lyon dejando la vida que tanto me había costado construir allí; sin decir adiós, sin dejar una carta de despedida, sin dar una razón a todas las personas que allí me querían.

—¿Julia? —Cuando responde, su voz es tan familiar que me eriza la piel y pone todo mi mundo del revés—. Gracias por llamarme. Me alegra que Estefanía te dijera que estaba buscándote.

—Jade…

—Antes de que digas nada. He estado pensando mucho en ti. —Su voz suena suave,

rota, como si no encontrara las palabras adecuadas—. En nosotras.

Cierro los ojos y suelto un suspiro a la misma vez que presiono el puente de mi nariz. En lo último que pensaba cuando me desperté esta mañana, era que la noche acabaría de esta manera, con una conversación que en algún momento de mi vida dejé a medias.

—¿Qué es lo que quieres, Jade?

—Quiero que arreglemos las cosas. —Sus palabras traen de vuelta recuerdos que he intentado dejar atrás: las discusiones, las mentiras, el dolor que sentí cuando supe que me había sido infiel—. No podemos seguir así.

—No hay nada que arreglar y lo sabes —respondo, con la voz seca y áspera—. Lo nuestro se terminó el mismo día que descubrí que me habías sido infiel y que me echaste la culpa porque trabajaba demasiado y no te prestaba atención. ¿Lo recuerdas?

—Por favor, Julia… —De pronto su tono se vuelve más urgente, casi desesperado—. Sé que cometí un error, pero todos erramos alguna vez. Lo siento, de veras. No pasa un día sin que me arrepienta de ello.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —La frialdad en mi voz me sorprende, pero no me importa—. ¿Te arrepientes de mentirme? ¿De traicionarme? ¿De hacerme sentir insuficiente?

—Eso no es justo. —Su respuesta es rápida, defensiva—. Sabes que siempre te amé.

—¿¡Qué me amaste!? —repito, y de pronto, noto cómo la rabia se filtra en mis palabras—. ¿Así es como amas a alguien?

—Solo estaba confundida… Me sentía sola… —dice y suelta un suspiro—. Fue un error, pero no significa que no te amase.

—Jade, un error es olvidarte de un cumpleaños, perder las llaves de casa, no cerrar el gas… —menciono sin más—. Tú decidiste destruir todo lo que teníamos. Sabías que yo quería que nos casásemos, que formásemos una familia.

—Lo sé, pero podemos arreglarlo. Por favor, dame otra oportunidad. Podemos ser felices otra vez. Tal como lo éramos antes.

Sus palabras me hieren, no porque crea en ellas, sino porque me recuerdan cuánto deseé en su momento que fueran ciertas. Hubo un instante en el tiempo en el que habría hecho cualquier cosa por escuchar esto de ella, por creer que podíamos recuperar lo que habíamos perdido. Pero ya no soy la misma, ya no quiero ni deseo vivir esa vida.

—Lo que hiciste cambió las cosas. Me destrozaste, Jade. Me quitaste todo lo que creía, lo que teníamos, todo lo que pensé que era mío…

—Puedo mostrarte que todavía te amo, que puedo ser mejor…

Cierro los ojos y dejo que sus palabras pasen sobre mí como un viento que no puede alcanzarme. Porque ya no estoy en ese frío y oscuro apartamento donde me abandonó. Ya

no soy la Julia que dependía de ella para definirse a sí misma.

Y entonces, sin previo aviso, Emma aparece en mi mente arrancándome una sonrisa. Su risa, su mirada, la forma en la que completó cada uno de los huecos de mi alma. No porque necesitara ser reparada, sino porque me acepta tal como soy.

La comparación es tan clara que casi me hace reír. Lo que Jade y yo tuvimos fue un amor construido sobre inseguridades y expectativas imposibles. Con Emma, hay libertad, honestidad, una conexión que conocí desde que cruzamos nuestras miradas por primera vez.

—Jade, yo ya no quiero lo que tú me quieres dar.

—¿Qué significa eso? —pregunta algo confusa.

—Significa que estoy en el lugar que quiero estar. Estoy construyendo un futuro mejor, algo que me hace feliz. Y tú no tienes espacio en este sueño.

—Hay alguien más, ¿verdad?

—Sí. Alguien que siempre estuvo ahí y que yo misma hice a un lado antes de llegar a Lyon con las ganas de comerme el mundo —le aclaro con honestidad.

La línea se queda en silencio de nuevo, y por un momento, me pregunto si ha colgado. Pero cuando habla, su voz apenas suena en un susurro.

—¿La amas?

—Lo he hecho siempre. —Y al decirlo, noto como los labios me tiemblan de felicidad —. Aunque no me he dado cuenta de ello hasta ahora.

—Entonces... —Jade comienza, pero su voz se quiebra—. Supongo que no hay nada más que decir.

—No, no lo hay.

—Espero que seas feliz, Julia. De verdad.

—Yo que tú encuentres lo que buscas.

Y con eso, cuelgo.

Dejo el teléfono sobre la mesa y miro mis manos por un momento, dejando que todo lo que acaba de pasar se asiente. Estoy cansada, pero también ligera, como si finalmente hubiera soltado algo que llevaba demasiado tiempo cargando en mi pecho. Pienso en Emma de nuevo, en la forma en que me mira, en todo lo que estamos construyendo juntas. Y sé, sin ninguna duda, que he tomado la decisión correcta.

El pasado ya no me define. Mi futuro está en Valencia, en Rumore y con Emma, y todo lo que vendrá después.



36

BAJO EL SOL DE JUNIO

EMMA

Valencia. 1 de junio, 2025

Las vacaciones por fin están aquí, y con ellas, ese tiempo de descanso que todos necesitábamos. Estos meses próximos van a ser frenéticos, sin embargo, los afronto con ilusión y a sabiendas de que una vez que llegue octubre, nuestras vidas cambiarán para siempre. Esta mañana, mientras organizaba la nevera con las bebidas, hablaba con mi padre precisamente de esto, de lo feliz que me siento y lo emocionada que estoy por empezar con este nuevo proyecto. Él aún piensa que es algo muy ambicioso, pero sabe que sin riesgo no se gana y que uno siempre debe lanzarse al vacío sin pensar en lo que pasará mañana.

Julia camina conmigo de la mano, cargando la sombrilla y un par de bolsas con la comida que hemos traído. Cuando le dijo a Estefanía de pasar juntas el domingo en la playa, esta se ofreció para cocinar algo, y ahora que me fijo en lo que llevamos, me pregunto si no nos habremos pasado.

Sobre nuestras cabezas, el cielo brilla bañado de un azul que no parece real. Desde el paseo huele a salitre y a mar, y el sol quema en la piel. Hace muchísimo que no disfrutaba de un día así, quizá porque al hacerme cargo de Rumore me olvidé por completo de importante que es vivir estos momentos.

—¿No crees que Estefanía ha hecho demasiada comida? —bromeo, echándole una mirada de reojo a Julia que se ajusta la sombrilla sobre su hombro—. Podríamos montar un chiringuito si quisiéramos.

—Qué exagerada eres. —Ella me sonríe y yo disfruto del brillo de sus ojos—. Aunque no sé qué habrá metido aquí dentro. Pesa un demonio.

Estefanía, que camina delante de nosotras junto a Sarah, se gira y señala un lugar perfecto no muy cerca de la orilla y algo alejada del grupo de personas.

—¿Os parece si nos ponemos ahí?

—Yo opino que sí —responde Sarah—. A este paso acabaremos en el espigón, y ya estoy deseando tumbarme en la arena a descansar.

Julia y yo nos echamos a reír, y sin decir nada más, nos encaminamos hacia allí, encontrando rápidamente nuestro sitio entre las familias, las parejas y los grupos de amigos que han invadido la playa a esta hora del día.

El sol y el calor que emana de la arena nos envuelve mientras extendemos las esterillas, clavamos la sombrilla y colocamos la nevera en un rincón estratégico para tener fácil acceso a las bebidas. Esta salida ha sido algo improvisada, un antojo repentino que me dio a eso de las doce de la noche, cuando llegaba a casa y era consciente de que no tendría que trabajar los próximos días. Es la primera vez que salimos las cuatro juntas, pero todo tiene un por qué. Hoy quiero que brindemos por el nuevo comienzo que nos espera una vez que todas las reformas se lleven a cabo.

—Esto es exactamente lo que necesitaba. —Sarah se deja caer sobre su esterilla con un suspiro dramático y estira los brazos por encima de la cabeza—. Me moría de ganas por descansar y desconectar de todo.

—Pues vas a tener que pasarte los días en la playa sino quieres acabar subiéndote por las paredes —le digo, a sabiendas de lo difícil que le va ser convivir con sus padres a diario—. Aunque nunca se sabe, quizá tengas más trabajo del que piensas este verano.

Estefanía me mira y también a Julia, que le guiña un ojo esperando el mejor momento para contarle a Sarah todos los cambios que se vienen en el futuro. Aún no me creo que vayamos a ser socias, que Rumore vaya a dejar de ser solo una cafetería para convertirse en un restaurante, en un espacio en el que espero, se cumplan muchos sueños.

No he dejado de pensar en mi madre, en si estará orgullosa de cada paso que doy, en si estaría de acuerdo con lo que voy a hacer. Papá dice que sí, que si estuviera viva se uniría a nosotras en la reforma, y que incluso nos ayudaría con la decoración, pero no dejo de darle vueltas a que estoy destruyendo sus esfuerzos para recoger cada pedacito y reconstruirlo de nuevo.

El tiempo pasa rápido y lo hace entre risas y el constante ir y venir de Sarah hacia el agua. Pierdo la cuenta de las veces que ha tratado de convencer a Estefanía de que se una a ella y aunque esta parece más interesada en tostarse bajo el sol, no tarda mucho en dejarse llevar con una sonrisa que le ilumina la cara. Las cosas son muy complicadas, ambas están en una situación tensa y aunque me encantaría que todo fuese bien entre ellas, no sé si lograrán que la situación de Sarah con sus padres no les pese y arrase con todo..

Julia y yo nos quedamos a solas, observándolas jugar en la lejanía, disfrutando de la compañía de la otra sin que nada ni nadie enturbie lo que sea que está creciendo en sus corazones. Hay historias que se escriben paso a paso, que surgen de la nada y llegan para cambiarnos la vida; eso es lo que le está sucediendo a Sarah.

—¿Crees que algún día se animarán a dar el paso? —me pregunta Julia, abrazándose las rodillas, sin apartar la mirada de ellas.

—Quien sabe… —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. El futuro es muy incierto. Míranos a nosotras ahora. Hace dos meses ni siquiera sabíamos que nos reencontraríamos.

—Rumore obró su magia, como decía tu madre.

El comentario de Julia provoca que sonría, que suelte un suspiro y me sumerja en mis pensamientos. Mamá creía en ello, en que la cafetería tenía el don de unir a las personas que estaban destinadas a encontrarse, a vivir su propia historia de amor.

—Entonces, dejemos que esa magia las toque también, cuando tenga que pasar —menciono con cierta ilusión.

—Aunque nosotras también podemos darles un pequeño empujón.

Cuando regresan del agua, Estefanía no duda en salpicarnos antes de dejarse caer sobre la esterilla con un suspiro. El ambiente que nos rodea está plagado de felicidad, de ilusión, de amor, y en lo personal, se me dificulta mucho calmar mi sonrisa.

—La próxima vez, me lo pensaré dos veces antes de dejarme arrastrar por ella —señala con un gesto de ironía bañando su cara.

—Eso lo dices ahora, pero sabes que puedo convencerte de nuevo si me lo propongo. —Sarah le lanza una toalla, mientras que Julia y yo intercambiamos una mirada que dice mucho más que mil palabras—. ¿A qué se deben esas caras? —Nos señala a las dos—. Estáis planeando algo, ¿verdad?

—¿Tanto se nota?

—Demasiado diría yo —dice Estefanía esta vez, levantando una ceja—. A ver, empezar a hablar o Sarah os lo sacará de un momento a otro.

—Bueno, el motivo por el que estamos todas aquí no es solo para pasar un día genial juntas —comienzo y cruzo mis piernas acomodándome un poquito más—. Julia, Estefanía y yo queríamos contarte algo que nos hace mucha ilusión.

—¿Contarme algo?

—Ya sabes que mi padre ha dejado Rumore a mi cargo —le recuerdo—. En un principio mi idea era darle un baño de imagen, ampliar la terraza, arreglarlo, pero… —Me encojo de hombros y miro a mis dos futuras socias: mi amor, y quien es y será una gran amiga—. Pero Julia y Estefanía me propusieron algo mucho mejor, y no me pude negar.

—¿Y eso es…?

—Rumore no solo será una cafetería a partir de octubre. —Julia se me adelanta, buscando mi mirada—. Queremos construir un espacio donde podamos combinar su esencia actual con algo nuevo, algo que nos permita a todas trabajar juntas.

—Un restaurante —añade esta vez Estefanía—. Teníamos la idea de comprar un local en la plaza, ya sabes, pero a Julia se le ocurrió la idea y bueno…

—¿Habláis en serio?

—Completamente.

—¿Y eso en qué me afecta a mí? —Su voz adquiere un tono de preocupación que se disipa cuando Estefanía le sujeta la mano para tranquilizarla—. Emma sabes que Rumore no solo es un trabajo para mí, es…

—Tu vía de escape —interrumpo—. Por eso todas te queremos presente en este nuevo proyecto. Que formes parte de él, que nos ayudes a pensar, a idear… a lo que sea —le digo al final.

—Eso si te crees capaz de tenerme como jefa, claro. —Estefanía la mira a los ojos y por el gesto de Sarah, la idea parece gustarle. Aunque su mirada se tiñe de preocupación—. Te prometo que no seré peor que Emma.

—¡Pero bueno! —exclamo y todas se echan a reír.

El resto del día pasa en un abrir y cerrar de ojos, lleno de conversaciones plagadas de planes, ideas y sueños. De pronto, las cuatro comenzamos a hablar de lo que significa Rumore, de esas cosas que lo hacen especial, de todo lo que querríamos expresar bien en nuestros platos o en su forma literal. En los ojos de Julia, de Estefanía y de Sarah no solo veo emoción, veo esperanza, oportunidades, felicidad, y al llevar la mirada al cielo, no puedo evitar pensar en mamá: «Algún día, descubrirás que vivir, se hace maravilloso cuando te rodeas de las personas correctas»

Y en este momento, mi vida, es maravillosa.



37

UN INSTANTE A SU LADO

En el agua

ESTEFANÍA

Después de estar unos minutos al sol, la temperatura del agua en contraste con la de mi cuerpo me produce un escalofrío. A nuestro alrededor hay cientos de bañistas llenando la playa de vida y no puedo evitar fijarme en los niños que hay en la orilla, ideando cómo será su próximo castillo de arena. Julia y Emma han decidido quedarse, y desde donde me encuentro, las veo disfrutar de una conversación tranquila.

Sarah flota a tan solo unos metros de mí, ausentándose del ruido que nos rodea, mientras disfruta del sonido de las olas y de esa tranquilidad que, a pesar de todo, te brinda el mar.

Cuando por fin me animo a sumergirme, el mundo desaparece un instante y al salir a flote, choco con sus bonitos ojos. Desde la última vez que hablamos, ya no hemos tenido oportunidad de tener un instante a solas y aunque no me lo ha dicho, sé que su insistencia porque la acompañase ha sido por eso.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunto antes de animarme, ponerme juguetona y salpicarla con un poco de agua—. Ups, se me escapó. —Sarah me lanza una mirada fingidamente ofendida y al segundo, se echa a reír mostrándome su mejor sonrisa—. La playa siempre saca mi lado más infantil.

—¿Ah, sí?

Antes de que pueda responder, ella avanza hacia mí y, con un movimiento rápido y ágil, me salpica agua directamente a la cara. El impacto me toma tan por sorpresa, que durante unos segundos no dejo de toser y parpadear.

—Te has pasado —me carcajeo—. Y no tienes ni idea de lo que has hecho.

No necesito invitación, y sin más, me inclino hacia adelante y uso ambas manos para devolverle el gesto, creando una pequeña ola que la alcanza de lleno. Su risa estalla en el

aire, tan brillante y contagiosa que me enreda, y en cuestión de segundos, dejamos el resto del mundo a un lado y nos vemos sumergidas en una batalla de agua que ignora por completo lo demás.

—¡Estás perdiendo! —grita, riendo mientras retrocede hacia una zona más profunda.

Me doy cuenta de que estoy riendo como hacía mucho tiempo que no lo hacía, con una facilidad que hasta se siente extraña. Toda mi situación en el restaurante, la frustración que llevaba dentro por no saber qué más hacer para ser respetada y querida entre mis compañeros, y que tanto me pesaba, desaparece cuando la miro y esto parece un sueño.

—Creo que la que va a perder eres tú —le respondo, siguiéndola.

—Me parece que no.

Su seguridad, y la sonrisa coqueta que me regala, me invita a hacer un movimiento que ella no espera: me sumerjo completamente bajo el agua y cuando estoy a su lado, emerjo, abrazándola y pegándola contra mi cuerpo.

—Esto es trama —protesta, aunque su sonrisa la delata tanto como la mía.

—Todo se vale en el agua.

Los juegos dan paso en cuestión de segundos a esa electricidad que disfrutamos en el local. Yo la noto dentro de mí y me pregunto si ella también. Por un momento nos quedamos así, mirándonos, con el agua ondulando alrededor de nuestros cuerpos y nuestros corazones latiendo a toda prisa.

Envidio a Julia, a la posibilidad que tiene de dejarse llevar por el corazón y no por la razón. Porque si lo hiciera yo, ahora mismo, los problemas que nos separan a Sarah y a mí, serían menos.

SARAH

Estefanía me mira de una manera que me hace sentir desnuda y a la vez, auténtica. Nunca le he confesado que me pone nerviosa, que noto que es capaz de recorrer espacios de mí que nunca he abierto a nadie. Cuando lo hicimos por primera vez yo creí que sería solo un rollo de una noche, que había elegido a la más guapa del local para disfrutar y borrar de mi mente lo que había pasado esa misma mañana con mis padres. Pero qué equivocada estaba.

Con el paso de los días me he dado cuenta de que siento algo por ella que no puedo ignorar, y que, a la vez, no puedo permitir. No quiero que mi situación familiar rompa esto que tenemos, que mis padres se metan en medio y terminen por echarla de mi vida como sucedió con Judith hace un par de años.

Aún no puedo creer que, de todos los lugares del mundo para ir a tomar un café, ella optase por Rumore aquel día, y que eso nos reencontrase de nuevo. Ahora no puedo desear

otra cosa que no sea verla aparecer por la puerta, pidiéndome su desayuno favorito, arrebatándome minutos de mi trabajo con la sola excusa de pasarlos conmigo.

Me encantaría tener las mismas oportunidades que tienen las chicas de mi edad; enamorarse de cualquier persona sin miedo al qué dirán, sin importar lo que pensarán o no sus padres de ello. Yo me he pasado media vida siendo quien no era, haciendo lo que ellos me pedían, estudiando cosas que ni me gustaban ni quería. Ahora no sé quién soy, y tampoco sé qué hacer para encontrarme, pero lo que sí tengo seguro es que tener a Estefanía a mi lado me hace feliz, por mucho que no pueda permitirlo

—Gracias por esto… —le digo al final, rodeando su cuello entre mis brazos.

—¿Por qué?

—Por estar siempre aquí y hacerme sentir que, al menos, por unas horas, todo está bien.

Su expresión en este instante se vuelve tan dulce que las ganas de besarla regresan. Pero en lugar de eso, solo sonrío, notando como en mi interior se despiertan las mismas mariposas que sentí el día que la vi aparecer por sorpresa en la cafetería, recordándome que el destino y las casualidades existen.

—Te prometo que siempre que estemos juntas, haré que sea así.

Desvío la mirada notando que mi corazón late más rápido de lo que debería y al llevar la mirada hacia Julia y Emma, las veo mirándonos, hablando entre ellas de algo que no puedo escuchar. Puedo notar la curiosidad en sus ojos y aunque no me importa, no puedo evitar sentirme observada.

—Creo que somos el centro de todas las miradas —le digo, y Estefanía se echa a reír.

—Estoy segura que estarán apostando a ver quién sale viva de la playa.

Ella me lanza una mirada desafiante, pero no dice nada más. En lugar de eso, se separa de mí y se sumerge bajo el agua, emergiendo segundos después con una sonrisa que ilumina todo a mi alrededor. Al menos antes de que regresen los juegos y estallemos a reír de nuevo.

No sé qué va a pasar mañana, porque todo es complicado, caótico, como si estuviera atrapada entre dos mundos que no sé cómo unir y mezclar. Pero en este momento, aquí en el agua, con Estefanía a mi lado, me permito, simplemente, soñar.



38

NUESTRA NOCHE EN EL TURIA

Valencia. 3 de junio, 2025

EMMA

A nuestro alrededor, las luces que bordean los jardines del Turia, caen y llenan el camino con sombras que van y vienen mientras caminamos. Julia y yo avanzamos de la mano, con los dedos entrelazados en un gesto que a lo largo de los días se ha vuelto tan natural como respirar. A pesar de los momentos que hemos pasado juntas, de los besos y las confesiones, es la primera vez que estamos así, a solas, con toda la noche para nosotras, sin el ajetreo de los horarios de Rumore, sin la compañía de mi padre, Sarah o Estefanía. Solo nosotras dos, bajo el cielo estrellado de una ciudad que nos vio crecer y enamorarnos.

No recuerdo cuando fue la primera vez que soñé con esto. Con mirarla a los ojos, sonreír y besarla. Con caminar de su mano, en silencio, con los ojos puestos en las estrellas mientras me dejaba llevar por mis pensamientos y cada una de mis emociones. Supongo que nadie imagina enamorarse de su mejor amiga, pero a mí me sucedió y me siento feliz por ello.

Ella siempre fue mi compañera. Me ayudó a montar en bicicleta, me enseñó a subirme a los árboles; descubrió para mí el sabor de la miel recién recogida y, por si fuera poco, fue con quien un día supe que era lesbiana. No fue fácil dejarme llevar por lo que era, pero sí más sencillo hacérselo saber a mi madre que, al parecer, tenía un sexto sentido para estas cosas. Me enamoré de Julia conforme crecíamos, al paso que cambiaban nuestros cuerpos y se afilaban nuestras personalidades. Siempre me gustó su seguridad, su capacidad para saber qué quería y cómo lo quería; esos abrazos que te sanaban y sus palabras, siempre justas, honestas y atinadas.

Ahora, la mujer que tengo a mi lado es muy diferente a la amiga que una vez tuve, pero guarda la misma esencia en su corazón, el mismo que ahora se refugia junto al mío en alguna parte del este universo. No puedo dejar de mirarla preguntándome si lo que vivimos, el perdernos de aquella manera, fue lo que nos empujó a estar aquí hoy, viviendo un instante tan real como importante.

—Es raro, ¿no? —dice, rompiendo el silencio que nos rodea, mientras se suelta de mi mano y decide abrazarme por la espalda—. A pesar de que es nuestra primera cita, es como si ya hubiésemos hecho esto antes.

—En realidad, ha sido así. Fueron muchas las veces que salimos juntas cuando éramos solo amigas, ¿o ya te has olvidado? —Ella ríe, y ese sonido me envuelve como si me acariciara la piel—. Aún no me creo que esté pasando esto. Parece que estemos viviendo un sueño que en algún momento se desvanecerá y nos hará regresar al lugar en el que estábamos antes de que volvieras a casa.

Noto como Julia asiente, sin embargo, no dice nada y mantiene el silencio mientras caminamos, rumbo a un banco cercano en el que me invita a sentarme. Algo me dice que he tocado una tecla que ha hecho resonar en su interior algún recuerdo y que quiere compartirlo conmigo. Sin embargo, cuando se sienta a mi lado y me mira a los ojos, sé que hay algo más y eso provoca que me preocupe.

—¿Qué pasa?

—Hay algo que no me he atrevido a contarte hasta ahora —responde. Sus ojos brillan bajo la luz de la farola que nos ilumina, y por un instante, noto que las palabras se le atascan en la garganta—. Estos últimos años en Lyon pensé que había alcanzado todo lo que alguien podía soñar. Mis estudios me habían ayudado a obtener un puesto de trabajo en un gran restaurante, tenía mi propia casa, y además… —Hace una pausa—. Me había enamorado de una mujer con la que podía decirse, lo compartía todo. Jade y yo nos conocimos en la escuela de cocina, yo pensaba que con ella iba a formar una familia, tener todo eso que alguna vez soñé, pero un día… —Julia se detiene y aparta la mirada de mis ojos—. Descubrí que me estaba engañando y lo que construimos, se derrumbó. Incluso mi confianza en ella, mi seguridad… —murmura casi para sí misma—. Lyon perdió su brillo, también mi trabajo. Empecé a sentirme mal, a no encajar, a desviarme del camino y…

—Y decidiste regresar.

—Jade provocó que me sintiera insuficiente, que todos mis esfuerzos no valieran la pena… —añade ahora sí, mirándome—. Cuando llegué a Valencia lo hice rota… y perdida. Apenas ha pasado poco más de un mes, pero el día que nos reencontramos, que entré en mi dormitorio, que me vi envuelta por el abrazo de mis padres, supe que todo lo que allí tenía no era igual a lo que había dejado aquí.

—La *terreta* siempre tira, ¿eh? —Le doy un pequeño empujoncito.

—Yo no tenía nada, y de pronto, tú me lo diste todo. —Julia coloca una mano en mi mejilla y suelto un suspiro casi por inercia—. Tú lograste que me sintiera como en casa. Me hiciste recordar que, a pesar del tiempo y el espacio, sigo siendo la misma, y que mi vida no se acaba por perder lo que ya tenía.

—Es que no se termina. Mira lo que vamos a hacer —le digo, con una sonrisa sincera en los labios—. Este proyecto no es solo mío. También es tuyo, es de Estefanía. Rumore va a convertirse en nuestro lugar seguro, en el hogar de nuestra familia, en el rincón de muchas otras y solo por eso, solo por esto, es que tienes que sonreír.

—El otro día hablé con ella para zanjar todo este asunto. No sé cómo se le ocurrió ir a buscar a Estefi —me cuenta algo avergonzada—. Pensaba que después de todo, iba a darle una segunda oportunidad.

Ese último comentario no solo me preocupa, sino que me revuelve por dentro. La idea de que Jade le pidiese algo así, me hace pensar que después de todo, creía que lo podía arreglar. Que de alguna manera podía conseguirlo y esforzarse por mantener a Julia cerca.

—¿Y qué le dijiste? —pregunto, sujetando sus manos entre las mías.

—Que no. Que no podía, ni tampoco quería —responde con seguridad—. Aquí no solo estás tú Emma, y esta nueva vida que me hace vibrar y me hace pensar en el futuro sin miedo.

—¿Estás segura?

—¿Por qué me preguntas eso? —Julia me mira y yo niego un par de veces, sintiéndome por primera vez una intrusa en esa vida que tenía antes de lo nuestro—. ¿Acaso dudas de lo que siento?

—No es eso…

—¿Entonces?

—Yo lo único que deseo para ti es que seas feliz, feliz de verdad. No importa si es aquí, en Lyon o… —le explico—. Siempre he querido eso, y no quiero que te aferres a Rumore y a mí si hay algo más que…

En ese instante, Julia me interrumpe y lo hace de una manera que me deja sin palabras. Sus labios se unen a los míos y me roba un beso que no solo sabe a amor, también a sueños, a esperanza, a deseos, a futuro.

—Yo solo te quiero a ti, Emma.

—Y yo a ti.

Porque es cierto, no necesito nada más que su compañía y este amor que nos une, para conseguir que nuestros sueños y nuestra vida, esté repleto de colores.



39

UN RINCÓN PARA LAS DOS

JULIA

Valencia. 5 de junio, 2025

Hoy es un día diferente a todos los demás. Emma camina a mi lado sin saber muy bien dónde vamos, con la mirada perdida en el horizonte, disfrutando del sol de mediodía, con una sonrisa que no ha dejado de brillar y su precioso pelo sujeto en una coleta alta que afila su cara y le da un toque atractivo que me encanta.

Aún llevo el sabor del helado de chocolate que me acabo de comer en la boca cuando atravesamos la Plaza de la Virgen y ponemos rumbo al Micalet. Estefanía vive a un par de calles de aquí, pero hoy no es su casa lo que me interesa, sino algo mucho más importante. Tras mi conversación con Jade y después de dar por finalizado ese capítulo de mi vida, la necesidad de buscar un espacio para mí, creció demasiado rápido y me obsesioné. Me pasé horas mirando agencias, buscando por la web, tanteando sitios que me permitieran no estar tan lejos de Rumore y de lo que va a ser mi futuro. Al final, lo importante, es que encontré lo que buscaba y que, en las próximas semanas, me habré mudado.

—¿Me estás escuchando? —De pronto, Emma me trae a la realidad y se detiene para mirarme con una ceja alzada—. Estás en babia[2], ¿se puede saber qué te pasa?

—Lo siento. Solo estoy un poco distraída.

—¿Solo un poco? —Se echa a reír—. Yo creo que un muchito. ¿En qué estás pensando?

—Es una sorpresa, así que es mejor que no preguntes o perderá su gracia. —La mirada de Emma se suaviza y sus ojos se bañan de curiosidad—. ¿Seguimos?

—Pero… ya sabes que a mí las sorpresas me ponen nerviosa.

—Pues vamos, o no me hago responsable de que te de un ataque.

Entre risas, y sin dar más explicaciones, aprieto su mano y tiro de ella para guiarla

por las estrechas calles que rodean la catedral, y así hasta que el edificio aparece ante nosotras. El balcón del tercer piso, ahora mío, está vacío, pero ya puedo imaginarlo lleno de macetas, con una pequeña mesa donde podríamos sentarnos a desayunar juntas cualquier domingo por la mañana.

—¿Qué hacemos aquí?

—Ya te lo dije… —En un santiamén, busco en mi bolso las llaves que abren la puerta del portal y las sacudo delante de sus ojos—. ¿Recuerdas la noche en el hostal? Pues ya no vamos a tener que alquilar un dormitorio cuando necesitemos estar juntas.

—¿De qué hablas?

Suelto su mano y me acerco para meter la llave y abrir el cerrojo. Emma no tarda demasiado en acompañarme; subimos las escaleras y cuando llegamos al piso correspondiente, sonrío. Todo lo que hago es buscar el 3F, y con esa impaciencia e ilusión aleteando dentro de mí, meto la llave y abro la puerta.

—En cosa de dos semanas, este piso estará lleno de mis cosas y podremos compartirlo juntas, si es que tú quieres —pregunto, pillándola por sorpresa, animándola a descubrir cada uno de los rincones que lo componen—. Sé que quizá es muy repentino, y entendería que no quisieras mudarte conmigo, pero…

—¿Quieres que vivamos juntas?

—Lo que quiero es que sientas que este lugar, también es tu hogar. —Mis palabras fluyen y de repente, la abrazo por la espalda porque me da miedo que salga corriendo—. Por el momento será mi piso. Creo que es el lugar perfecto donde empezar de nuevo, y donde construir algo que sea mío… y también nuestro.

Emma echa un vistazo a nuestro alrededor y después, se gira entre mis brazos para enfrentar mi mirada.

—¿Estás segura de que quieres compartir tu espacio conmigo? Mira que cuando abramos Rumore me vas a tener ahí todos los días —me recuerda como si no lo supiera—. ¿Funcionará?

—Si aún no estás segura, podemos ver cómo va todo y…

—Escúchame. —Sus manos sujetan las mías y sus dedos acarician los míos con suavidad—. No es que no esté segura. Ahora mismo me lanzaría a un abismo contigo si me lo propusieras, es solo que… —Baja la mirada—. Sabes que desde que Pablo se fue de casa y mi madre murió, mi padre se ha acostumbrado a tenerme allí con él. Va a tener que cambiar sus rutinas cuando las cosas cambien en la cafetería, y no quiero que de pronto se vea solo en esa casa también.

—Te entiendo…

—Pero quiero que sepas que la idea de vivir contigo, de estar a tu lado cada día… me encanta. —En este instante, nos quedamos ahí, en el centro del salón, mientras el sol

inunda la estancia y nos envuelve en su calor. Por un momento no hay nada más importante que nosotras y ese futuro que se va construyendo ante nuestros ojos. Un futuro que ahora puedo ver con más claridad que nunca—. Nunca me he sentido tan segura de algo como de estar contigo.

Emma sonríe y antes de que pueda reaccionar con palabras, me roba un beso y se funde con mis labios.

—Es una lástima que aún no haya muebles… —le susurro apenas nos separamos—. Podríamos estrenarlo hoy mismo si me lo propusiera.

—¿Acaso te hacen falta?

Y como siempre, su picardía, rompe con lo que tenía planeado para este día y me concentra solo en lo que nos envuelve, en este pequeño paraíso aún vacío y que, en algún momento, estará lleno de nuestros recuerdos.

. . .

Unas horas más tarde

El olor del pescado al horno y las patatas que ha hecho mi madre para cenar impregna el comedor, envolviendo la casa en ese ambiente cálido y familiar que siempre me hace viajar en el tiempo, a esos años en los que era una cría y disfrutaba de estos instantes como la que más. El mantel de cuadros amarillos es el mismo de entonces, y el sonido de los cubiertos contra los platos rompe el silencio que ha reinado durante los primeros minutos de la cena.

Hace horas que regresé a casa, y tras visitar mi piso con Emma, la felicidad que siento es tan inmensa que no he podido dejar de sonreír. A mi lado, mi madre está perdida en sus propios pensamientos, saboreando la merluza al limón. Mi padre, en cambio, disfruta de su cerveza con la mirada puesta en el televisor y en las noticias del deporte.

—Mamá, la salsita esta me vuelve loca... —le digo, mojando un par de trozos de pan para llevarme uno de ellos a la boca—. Deberías darme la receta. Aunque dudo que me quede igual por mucho que lo intente.

Ella se ríe entre dientes y me lanza una mirada que no necesita explicación en palabras. Es la misma que lleva años utilizando para decirme que hay secretos que nunca se cuentan.

—Tu madre tiene manos de oro.

—De alguno de los dos he tenido que heredar el don por la cocina, ¿no? —pregunto, levantando una ceja—. Y me alegra que sea de ella, porque tú, papá... ni los huevos fritos te salen bien.

—*Ché, quina barbaritat de xicona*! [3]—exclama y nos echamos a reír.

Las risas amenizan un momento que me parece entrañable, y por un instante, me

dejo llevar por lo cotidiano del momento, grabando cada pequeño detalle en mi mente. Cuando estaba en Lyon, echaba de menos esto; escuchar a mi madre hablar sobre las compras en el mercado, ver emocionado a mi padre por las noticias del futbol. Al llegar lo hice con un vacío inmenso dentro de mí, hueca y dolida, me sentía muy lejos de estar cómoda, pero ahora, es tan maravilloso que no puedo evitar sonreír.

—Tengo algo que contaros —les digo de pronto, llamando la atención de los dos—. Pero antes, quiero deciros que gracias a vosotros he vuelto a ser yo de nuevo. Al llegar de Lyon me sentía fuera de mí misma, me había perdido en mi camino y ni siquiera estaba cómoda con nada. Nunca pensé que volver me haría recordar las cosas que había dejado atrás y…

—Y a Emma, ¿verdad? —Mi madre me arranca una risa repentina y por un instante, me siento avergonzada—. ¿Creías que no me enteraría? Esas cosas no pasan desapercibidas.

—Chus, no incomodes a la niña, por favor.

—No te preocupes, papá. Si tiene razón —admito con una sonrisa soñadora y enamorada—. Que Emma haya regresado a mi vida, ha sido una de las cosas más importantes que me han podido pasar estas semanas.

—¿Y qué es eso que nos querías contar?

—Bueno… —murmuro sin saber bien cómo decírselo—. Ya sabéis que en Francia tenía mi propio apartamento. No quiero que penséis que no estoy cómoda aquí, pero ya tengo una edad y necesito mi espacio. Así que… —suspiro y los miro a ambos—. He encontrado un piso. No está muy lejos de aquí, a un paso de la catedral y también de vosotros.

—Eso quiere decir que…

—Que me mudaré pronto —les cometo con honestidad—. En cuanto busque muebles y vea como organizarlo.

—¿Y Emma lo hará contigo?

—Emma lo hará cuando ella se vea capaz de hacerlo —les digo a ambos, buscando sus manos, apretándolas con las mías—. Las cosas están cambiando de manera vertiginosa y antes de dar ese paso, quiere cerciorarse de que Marcos va a estar bien a solas.

—Bueno. Paso a paso. Lo importante es que estéis bien, y felices.

—Lo estaremos… aunque, no quiero que penséis que me marcho porque no os necesito o…

—Cariño… —Mi madre se gira hacia mí y me acaricia la mejilla—. Siempre vas a necesitarnos, de una manera u otra. Y nosotros siempre vamos a estar aquí para ti, aunque tengas tu propia casa.

—Gracias, mamá…

Cuando nos abrazamos bajo la atenta mirada de mi padre, noto que el corazón me da un vuelco en el pecho. Porque ellos tienen razón, siempre estarán conmigo y me siento afortunada porque, a diferencia de muchas otras personas, sea así.



40

UNA DECISIÓN QUE NO PUEDO IGNORAR

EMMA

Valencia. 9 de junio, 2025

Llevo tres días atrapada en un torbellino de emociones que no me da tregua. Desde que Julia y yo visitamos su nuevo piso, y puso en mi mente la idea de mudarnos juntas, algo en mi interior no ha dejado de girar y girar. Me encantar la idea de verme allí, viviendo con ella, compartiendo todo mi tiempo; llenar ese espacio de risas y momentos que solo nosotras podemos crear. Pero cada vez que esa imagen aparece en mi cabeza, se ve interrumpida por mi padre, por lo que supondría para él que dejase esta casa.

En cuestión de unos meses, nuestras vidas cambiarán por completo. Es cierto que él podrá estar en la cafetería tanto como quiera, que puede seguir atendiendo a la clientela y disfrutando de su trabajo como lo hacía antes de que los planes cambiaran. Pero aceptar el ofrecimiento de Julia, lo dejaría solo en un hogar que está repleto de recuerdos familiares y de instantes vividos con mi madre. Y temo que eso le afecte demasiado.

Esta tarde el verano parece haberle ganado la partida a la primavera, y el calor es denso, pesado y pegajoso. Ni siquiera tener las ventanas abiertas logra que el aire circule por la casa. Llevo sentada en la tumbona de la terraza varios minutos, con una botella de limonada bien fría a mi lado y los pies descalzos sobre el terrazo. Todo está en calma, demasiado para mi gusto, y aunque me gustaría, no puedo poner freno a mis pensamientos.

El piso que Julia ha alquilado es perfecto. Lo tiene todo: un salón comedor amplio con ventanas hasta el suelo, una cocina donde se puede desayunar, un dormitorio principal amplio con baño y un par más, algo más pequeños. Cada vez que me imagino allí, decorándolo, pintando las paredes o acomodando mis cosas en los armarios, algo se aprieta dentro de mi pecho y mi corazón estalla de felicidad. Aunque a los dos minutos me ataque la culpa y eso me eche para atrás.

—Debería ser como mi hermano y hacer las cosas sin pensar —murmuro en voz baja, apartándome el pelo de la cara.

De inmediato, y nada más pensar en él, recibo un mensaje que me arranca una sonrisa de inmediato:

Julia: He estado pensando, que podríamos ir juntas al IKEA del Alfafar. Quiero darle un cambio a los muebles que hay en la cocina, y echar un vistazo al resto para la casa. ¿Te apetece el plan? Luego podríamos salir a comer. Se me ha antojado ir a ese italiano del centro, ¿qué te parece?

Desde hace ya varias semanas, Julia tiene la capacidad de arrancarme de dentro el malestar y revolverlo hasta transformarlo en felicidad. Ella no tenía ni idea de todas mis dudas, de las cosas que arrastraba desde hacía meses y de cómo, todo eso, afectaba a mi estado emocional. Fue por ella que me animé a hablar con mi padre, y Pablo el que consiguió que él me cediera el negocio. Y ahora, me he dado cuenta de que sigo sin ser capaz de enfrentar mis propios miedos, y que ya es hora de hacerlo, por mucho que me apene la idea de fallarle a las personas que quiero.

Emma: Ahora me has antojado, ¿ves? No puedes hablar de pizza y decirme que hasta mañana no podré comérmela jajajaja Sí, me parece un plan perfecto. Estoy deseándolo.

Durante unos minutos, me sumerjo en mis pensamientos y no regreso a la realidad hasta que escucho el timbre de casa por segunda vez. Le doy un sorbo a la limonada y cuando me pongo de pie, camino descalza por casa hasta abrir la puerta y chocar con Sarah al otro lado, con una camiseta blanca algo arrugada, unos vaqueros cortos y el pelo despeinado, como si se hubiese metido en el centro de un huracán.

—¿Estás bien? Parece que hayas salido corriendo de casa.

—Es que es lo que he hecho, ¿te pillo en mal momento? —pregunta algo apurada.

—No, para nada. Pasa. —Le hago un gesto con la mano y me aparto para que entre. Ella cruza el umbral y cuando nota el calor, suelta un silbido—. Sí hija, hace un calor de mil demonios aquí adentro.

—¿Aún no habéis arreglado el aire? —Niego—. Dime que tu padre no es de los que piensa que es un malgasto de dinero y energía.

—Ya sabes cómo es.

Las dos nos echamos a reír y juntas, caminamos hasta la terraza, donde nos sentamos. Yo le sirvo un vaso de limonada y por un instante, nos quedamos en silencio observando las macetas, sin mucho que decir. Algo me dice que su visita no es en vano, así que solo espero a que se anime a hablar de nuevo.

—Y bueno, ¿me vas a contar por qué no le has dicho que sí a Julia aún? —pregunta, y soy incapaz de no sonreír. La otra noche cuando se lo conté, se emocionó tanto o más que yo ante la idea, pero no fui capaz de decírselo a mi padre y por eso aún no he dado el paso —. Porque si a mí me lo propusieran, estaba haciendo las maletas esa misma noche.

—Pero tú no eres yo. No es lo mismo…

—Lo que Julia te ha propuesto es vivir tu vida, Emma —me recuerda—. No te está pidiendo que te mudes a otro país lejos de aquí. Quiere que estés con ella, estabilizar aún más vuestra relación.

—Yo no tengo miedo de eso, Sarah. No es por ella, ni tampoco por nosotras que esté aquí —le intento explicar—. Me hace muy feliz imaginarme allí, a su lado, ¿sabes? Pero…

—El famoso *pero* de los cojones. —Su todo es tan irónico, que logra arrancarme una risa—. A ver, ¿qué ocurre?

—No puedo dejar de pensar en mi padre. —Aprieto los labios y suelto un suspiro al notar el peso de la responsabilidad sobre mis hombros—. Si me voy, ¿qué pasará con él? ¿Qué hará aquí solo todo el día y cómo llevará lo de tener que vivir sin la compañía de nadie?

Sarah suelta un suspiro, se lleva el pelo hacia un hombro y se gira para sujetar mis manos entre sí. Sé que ella es mucho más joven, que su situación familiar es muy diferente a la mía y que lo que más desea es salir corriendo de su casa, pero yo no tengo esa base y me duele pensar que estoy fallando a mi padre.

—Emma, tu padre es un hombre fuerte. Sé que te preocupa, pero… ¿de verdad crees que necesita que estés aquí todo el tiempo?

—No es solo eso. Siento que, si me voy, estoy abandonándolo.

—Oye, no puedes construir tu vida alrededor de lo que crees que los demás necesitan de ti. —Ella aprieta mis manos y me sonríe—. Tu padre siempre te querrá, siempre estará ahí. Pero tienes derecho a ser feliz, a tener la oportunidad de crear una familia, de disfrutar del amor como te mereces. —Por un momento creo que me voy a echar a llorar, pero Sarah me abraza y logro paralizar las lágrimas—. Es normal que tengas miedo, pero no puedes dejar que eso te detenga.

—Habló la chica que está dejando pasar la oportunidad de amar y ser libre —comento yo ahora, llamando su atención lo suficiente para hacer que nos separemos—. No me mires así. Sé que Estefanía y tú tenéis algo, y que por pequeño que sea, te hace feliz. Al igual que tú me dices a mí, no puedes permitir que lo demás, te impida soñar y vivir.

Nos quedamos en silencio durante un rato, y eso me ayuda a darme cuenta de que al final, todo el mundo paraliza sus sueños porque es incapaz de enfrentarse a sus miedos. Mi madre decía que solo uno mismo es capaz de hacer que estos se cumplan, y necesito creer en ello, en que una vez que le comente a mi padre lo de Julia y lo de mudarme, no se romperá en mil pedazos.

—¿Crees que podremos lograrlo? —pregunta Sarah al final.

—Sí. Porque sabemos qué es lo que debemos hacer. Solo necesitamos dejar de luchar contra ello, aceptar la situación y buscar nuestra felicidad —admito, y por primera vez en días, siento que puedo respirar de verdad.



41

QUE EL MIEDO NO TE PARALICE

EMMA

Al día siguiente

Julia y yo hemos puesto rumbo a Alfafar hace minutos. El coche avanza por la carretera a un ritmo constante, mientras que el sol de la tarde cae sobre el paisaje que tenemos frente a nuestros ojos. La capital ha quedado atrás, y ante nosotras, el horizonte se abre con esa claridad infinita que siempre me ha parecido maravillosa. Estoy sentada en el asiento del copiloto, con la ventana un poco abierta dejando entrar la brisa cálida, mientras ella mantiene las manos puestas en el volante, con sus dedos tamborileando al ritmo de la música que suena en la radio. Teníamos pensado ir a IKEA a primera hora, pero al final, fuimos a comer, a dar un paseo y aquí estamos.

He estado inquieta a su lado, y no porque estemos mal, al contrario. Soy yo la que no se encuentra en su mejor momento. Quizá porque la conversación con Sarah me removió cosas por dentro, o porque no quiero que ella piense que estoy limitando nuestra relación a lo que mi padre pueda sentir. Me encantaría estar libre de cargas, moverme por el mundo en la dirección que marque mi corazón, pero no puedo evitar sentir que dejar a mi padre en casa y solo, es abandonarlo.

Me llevo una mano al pelo y me apoyo en el borde de la ventanilla soltando un suspiro, dándole vueltas a si soy yo la única que lo ve así, o si es que estoy condicionada por el recuerdo de mi madre y de todo lo que significó para mí que ella se marchase.

—¿Estás bien? —pregunta, lanzándome una mirada rápida antes de volver su atención a la carretera.

—Sí, no te preocupes. Es que los viajes en coche me marean un poquito.

Julia suelta el volante y busca una de mis manos para presionarla.

—Emma…

Su tono es suave, pero tiene ese matiz de «sé que algo te pasa» que me hace sentir

como un libro abierto ante sus ojos. Suspiro, girándome para mirarla y me tomo un par de segundos para observar ese perfil de hada, que tantas veces llamó mi atención.

—Solo estoy pensado… —admito al final, dejando que mis palabras llenen el silencio cómodo que nos rodea.

—¿En qué? —Dudo por un instante, pero sé que no tiene sentido ocultárselo. Julia se ha convertido en mi lugar seguro, y si hay alguien con quien puedo ser completamente honesta, es con ella—. ¿Te puedo ayudar?

—Mudarme contigo, dejar a mi padre en casa… —Hago un gesto vago hacia la carretera, hacia el futuro que parece tan cerca y tan lejos al mismo tiempo—. En lo que significa todo esto.

—¿Es por nosotras? ¿Te da miedo que las cosas fallen y lo pasemos mal?

—No, por nosotras no es —niego y me muerdo el labio inferior—. Eso es en lo único que creo de verdad.

—¿Entonces?

Temo abrir la boca y decir algo que estropee esta ilusión que baña cada instante que pasamos juntas. Somos felices, estamos muy bien y día a día me doy cuenta de que siempre he deseado lo que tenemos ahora.

—No dejo de pensar en mi padre y en cómo se tomará la idea de quedarse solo en casa. —Por fin, logro soltar lo que me atormenta. Julia, aunque no me mira, frunce su gesto un poco y después, me mira de reojo—. Ya sabes que cuando mi madre murió, yo me hice cargo de todo en casa, de la cafetería…

—¿Crees que tu padre se sentirá mal cuando le digas que nos vamos a mudar juntas?

—Sí. Sé como es y le ha costado muchísimo dejar en mis manos Rumore —le recuerdo—. Imagina cómo será decirle que se va a quedar solo allí, rodeado de los recuerdos de mi madre, con el dormitorio de mi hermano y el mío vacíos…

—Pero es ley de vida, Emma. Los hijos terminan marchándose… —comenta con una suavidad que me eriza la piel—. No creo que se echase las manos a la cabeza cuando Pablo se fue a Alicante a trabajar, ¿o sí?

—Mi hermano se hubiese marchado igual de todas maneras.

—¿Y por qué tú no puedes apostar por tu futuro también?

Julia lanza esa pregunta y entonces, me doy cuenta de que estoy poniendo en una balanza mi vida y mi futuro, y las emociones de mi padre. Sarah tenía razón al decirme que debo ser feliz, que hay cosas que no puedo abandonar por miedo, que debo seguir adelante con todo esto porque al final, es lo que me quedará cuando mi padre se marche de este mundo.

—Me hace sentir que soy mala hija… —Niego y noto que un nudo se me ata en la

garganta—. Y es horrible estar así, sentirme así.

—Escúchame. Yo ya se lo he contado a mis padres, pero si quieres… —me cuenta ella —. Podemos hacer una comida en familia y hacérselo saber juntas. No estás sola en esto. He sido yo la que te lo ha ofrecido y creo que también debería formar parte de esa conversación.

—Es que yo deseo irme a vivir contigo, pero no cargar con esta sensación.

—Pues lo haremos juntas —me confirma—. Como lo hacíamos cuando éramos niñas y queríamos que nos dejasen hacer algo.

—Está bien…

—Ahora centrémonos en todo lo que nos espera en ese IKEA, y pensemos en cómo será nuestra vida en ese precioso piso que ya es de las dos —dice, y aunque no puede darme un beso directamente a los labios, sus labios rozan mi mano y eso me hace sonreír —. Porque tengo muchas ideas y creo que me voy a volver loca con ellas.

. . .

El camino hacia el IKEA parece más largo de lo habitual, pero ahora que hemos hablado, mis inquietudes se han calmado y estoy centrada en construir algo juntas, algo que me emociona y que, a pesar de ser un paso grande, lo deseo con todas mis fuerzas. Mientras el coche avanza, la conversación se desliza hacia temas más ligeros. Julia no para de hablar sobre una idea que tiene para el salón; una pared llena de cuadros y fotografías que capture todos esos momentos importantes que pasamos juntas. Yo, por mi parte, le propongo un rincón de lectura con una butaca cómoda y una lámpara de pie, algo que haga que las noches ahí sean más acogedoras.

Ya dentro de la tienda, el mundo se transforma en un laberinto de posibilidades. Los pasillos están llenos de muebles, lámparas, alfombras y todo tipo de cosas que parecen susurrar un nuevo comienzo. Julia camina a mi lado, deteniéndose de vez en cuando para tocar una mesa o probar la comodidad de un sofá.

—¿Ya has pensado en la cocina? —pregunto interesada—. Cuando me la mostraste, me di cuenta de que es bastante amplia y que podemos hacer muchas cosas en ella.

—Creo que lo más importante, es que sea funcional. Pero también quiero que sea un espacio acogedor y familiar.

La sinceridad en su voz me llena de calidez, y por un momento, mi mente me permite imaginar algo así: preparar café para las dos, sentarnos junto al ventanal a desayunar, reír y hablar.

—¿Sabes qué es lo que más me emociona de todo esto? —le digo de pronto, llamando su atención—. Imaginar que una vez que esté amueblado, también estará lleno de nuestras cosas entremezcladas, como nuestro dormitorio en la casa de verano, ¿recuerdas?

—Siempre nos peleábamos por la cama. —Se ríe—. ¿Lo haremos ahora por el lado

dónde dormir? —Levanta las cejas y las dos nos echamos a reír.

Abrazadas por la cintura, seguimos explorando la tienda y dejamos que la conversación fluya mientras imaginamos cómo será cada espacio. Hacerlo todo juntas, decidir cada pequeño detalle, me emociona y me llena el corazón.

—No sé si me gustan más estos de aquí, o estos otros. —Julia se detiene frente a un conjunto de cojines con los que adornar el sofá y los sillones que hemos visto más atrás—. ¿O deberíamos esperar a elegir el color de las paredes antes?

—Sabes que no importa cómo quede al final, ¿verdad? —le pregunto abrazándola por la espalda, apoyando mi mentón en su hombro—. La casa será maravillosa porque estaremos juntas.

—En eso tienes razón…

Y en ese momento, con un mundo de color delante de nuestros ojos, sé que todo lo que nos implique a las dos, me hace feliz y me llena de sueños.



42

LA COMIDA FAMILIAR

Valencia. 13 de junio, 2025

EMMA

El reloj de cuco de la pared de la casa de Chus y Vicente, parece moverse a un ritmo más lento que nunca. Llevo sentada en el sofá del salón con una cerveza en la mano que apenas he bebido. A mi alrededor todos ríen y sacan a relucir instantes del pasado que siguen grabados en nuestra memoria a pesar del tiempo. Yo, al contrario, estoy demasiado ocupada como para concentrarme en el ayer y no en el ahora.

Mi padre, sentado en un sillón a unos metros de mí, ríe relajado, ajeno al torbellino de emociones que llevo dentro y a la razón real de esta repentina comida familiar. Él y yo hemos sido «solo nosotros» desde que mi madre murió, y ahora estoy a punto de decirle algo que sé que cambiará nuestra dinámica para siempre.

Julia, que está sentada a mi lado, coloca una de sus manos sobre las mías y llama mi atención. No dice nada, pero la sonrisa que me brinda, es suficiente para recordarme que no estoy sola en esto, que ella me acompaña y me apoya. Todo lo que me importa, es nuestro futuro, nuestro mañana, lo que construiremos juntas en esa casa y en Rumore a partir de octubre; esa familia que siempre quise tener.

—¿Estás bien? —me susurra para que nadie más la escuche. Yo asiento, aunque no estoy segura de que sea verdad—. ¿Quieres tomar un poco el aire en el balcón?

—Sí, por favor.

Julia se levanta, sujeta mi mano y me lleva consigo. Allí logro respirar algo de aire, soltar una exhalación que me arranca de dentro esa sensación de agobio que me encoge el estómago. Ella me abraza al notar cómo estoy, y cuando me rodea entre sus brazos, mis emociones se centran y calman en un santiamén.

—Todo está bien. No estés nerviosa.

—Es inevitable… —murmuro con la frente apoyada en su cuello—. ¿Tú le has visto

reír? Presiento que en el momento en que le diga algo, se va a romper por dentro.

—Verás cómo las cosas van de maravilla…

Nadie nota lo que ocurre fuera, y me alegra. Vicente sigue hablando, Chus ríe y mi padre está disfrutando más que nunca. Me encantaría que mi madre estuviese entre ellos, hablando de cosas tan absurdas como las que tratan ahora, y la echo de menos en momentos como estos, porque ella sabría cómo almibarar el ambiente para que no doliese tanto.

—Vamos a regresar. Estoy segura que se preguntarán qué hacemos aquí.

—¿Estás lista de verdad?

—No lo sé, pero no puedo esconderme el resto del día —comento y ella asiente, acercándose lo suficiente como para que nuestras frentes se apoyen antes de robarme un beso—. Es mi padre, y debo decírselo…

—Él te quiere, quiere que seas feliz y es nuestra vida, Emma. Lo sabe y lo entenderá. Ya lo verás.

—¿Qué haría sin ti? —pregunto, medio en broma. Julia sonríe, dejando un beso ligero en mi frente antes de apartarse—. Ahora vamos. No tengas miedo.

JULIA

Regresamos al salón tan rápido como podemos. Mi madre está recogiendo las cervezas y los platos vacíos que quedan después del pequeño aperitivo que ha servido. Es un momento tan cotidiano que casi me duele romperlo, aunque es necesario hacerlo. Emma no puede seguir cargando con el miedo en su corazón y acompañarla en este instante tan difícil y decisivo, es lo menos que puedo hacer por ella. Además, está en juego nuestro futuro y yo estoy más segura que nunca de compartirlo a su lado.

—¿Podemos hablar un momento? —anuncio, llamando la atención sin sonar demasiado alarmante.

Todos nos miran y aunque era Emma la más nerviosa, ahora soy yo la que no sabe cómo empezar a hablar. Decido sentarme, ella lo hace a mi lado y cuando noto su mano en mi espalda, sé que debo hacerlo o le será incapaz confesar cuáles son sus deseos.

—¿Qué ocurre cariño? —dice mi padre, frunciendo el ceño con curiosidad.

—Papá, mamá, Marcos… —Los miro a cada uno en turnos, notando como el peso del momento cae sobre mí—. Hay algo que queremos contaros.

En cuestión de unos segundos, les hablo de lo importante que es mi relación con Emma, de que mi llegada a Valencia y haber dejado Lyon atrás trajo consigo la sorpresa de este amor que ni siquiera yo esperaba. Mientras me escuchan, noto que la esperanza de un

futuro cargado de felicidad aletea en mi corazón y que deseo, por encima de todo, que Emma esté a mi lado.

—Papá… —Marcos la mira, y algo me dice que sabe lo que va a decirle a continuación—. Julia me propuso vivir juntas, y he tomado la decisión de mudarme con ella. —Las palabras salen de sus labios con una rapidez imposible de frenar y el silencio que se forma a continuación, me resulta ensordecedor—. Sé que es algo repentino, que no es fácil de aceptar, pero…

—¿Te mudas?

Mi madre y mi padre se han quedado en silencio, convirtiéndose en espectadores de una escena demasiado incómoda. Marcos no responde, al contrario, entrelaza sus manos y mira hacia la mesa con ese gesto confuso en sus ojos.

—No me lo esperaba, yo…

—No te estoy dejando. —Emma se inclina hacia él y sujeta sus manos entre las suyas —. No me voy a ir lejos, estaré al ladito de la catedral, vendré a menudo a casa y nos veremos todos los días en Rumore. Además, aunque me fuese a la Conchinchina seguiría siento tu hija… —añade y entonces, me mira—. Necesito construir mi vida, y estar con Julia me hace muy feliz.

Marcos levanta la vista y por un instante, me pregunto si Emma ha dicho lo correcto. Pero luego asiente con lentitud, dejando escapar un suspiro pesado.

—Siempre he querido que seas feliz, hija, y si esto es lo que necesitas, entonces lo apoyo.

Las lágrimas en los ojos de mi chica aparecen antes de que ella se levante para abrazarlo. El momento es más emocional de lo que esperaba, pero una vez que mi padre carraspea, se convierte en algo familiar.

—Estas dos jovencitas pueden con todo lo que se propongan.

—Y eso haremos —dice Emma—. Por mucho que nos cueste.

Porque, aunque sea difícil, lo haremos antes, ahora y siempre.



EPÍLOGO

TODO COMIENZA EN DICIEMBRE

Valencia. 7 de diciembre, 2025

EMMA

Hoy es una noche especial y a nuestro alrededor, todo brilla, preso de ese toque dorado y rojo que otorgan las fiestas de Navidad, y también, de la emoción que nos ha acogido en este lugar. Cuando la cafetería de mi padre echó el cierre en mayo, no esperaba que este camino se fuese a hacer tan largo. Ahora, no reconozco ese espacio en el que crecí a pesar de que he intentado no arramblar con la esencia que Rumore tenía años atrás.

Afuera, la nueva terraza está atestada de gente disfrutando de un pequeño cóctel que hemos ofrecido por la reinauguración del local. Todos ríen, mantienen una conversación entretenida y comparten con nosotras parte de su historia. Si mi madre estuviera esta noche aquí, no creería lo que ven sus ojos, porque esto no tiene nada que ver con lo que ella y mi padre montaron; es un sueño hecho realidad, y todavía no me puedo creer que sea mío, nuestro.

Desde donde me encuentro, junto a la zona de servicio del restaurante, puedo ver lo que hemos construido. Nuestros amigos, la familia y personas que han sido clientes de toda la vida, llenan las mesas y disfrutan tanto como lo hacemos nosotras. Estoy feliz, viviendo algo que creía imposible, y es maravilloso.

—¿Va todo bien? —pregunta Sarah, que se acerca con una bandeja vacía en las manos. Asiento y sonrío al verla con el uniforme renovado de Rumore, que ahora incluye un delantal del color burdeos con nuestro nuevo logo—. Esto está a rebosar. Han venido dueños de otros restaurantes del centro. Julia estaba en lo cierto.

—Ella me dijo que envió invitaciones a todo el mundo, pero no creía que fuesen a ser tantos.

Las dos nos reímos y por un instante, nos quedamos en silencio, disfrutando del ruido que nos rodea.

—Creía que no llegaría el día y ahora, me parece increíble.

—Sí que lo es —respondo, aunque mis ojos se mantienen fijos en Julia, que en este momento se encuentra con Estefanía, vestidas con su chaquetilla de chefs, saludando a otros compañeros del gremio.

Desde la lejanía, me encuentro con la mirada orgullosa de mi padre que me lanza un beso que recojo y guardo en mi corazón. Él forma parte de este mundo también, porque bajo cada pequeño detalle están sus consejos y esa historia viva que se quedó grabada en mi corazón. Nunca estaré lo suficientemente agradecida por todo lo que me ha enseñado, por su amor incondicional, y por ser mi mejor y mayor ejemplo en la vida.

JULIA

He perdido la cuenta de los minutos que han pasado desde que Estefi y yo decidimos salir de la cocina y saludar a nuestros compañeros. Esta noche son muchos dueños de otros restaurantes los que no han querido perderse nuestra reinauguración; Rumore es otro, ni siquiera puede reconocerse la cafetería que ahora está cerrada al público. Lo único que se mantiene igual es la colección de cuadros que Emma pintó años atrás, y cada una de las fotografías de su familia que se mezclan con las mías. Y también con otras que Estefi ha querido sumar.

A mi alrededor todo el mundo habla, pero mi atención está en este lugar que a día de hoy, me hace sentir como en casa. Es todo lo que Emma y yo soñábamos cuando decidimos embarcarnos en esta locura, que fuese un hogar, una extensión de nuestra casa, de nuestra historia y a pesar de los retrasos de última hora, no puedo estar más orgullosa.

—¿Ya tenéis ideado un menú? —pregunta Joan, uno de los dueños de Rivaverde, una arrocería situada cerca del ayuntamiento—. Jose y yo no dejamos de preguntárnoslo.

Estefi suelta una risilla, y después me pega un pequeño empujón que me traer de regreso a la conversación.

—Julia y yo hemos decidido elaborar una carta extensa, y ofrecer menús especiales dependiendo de la ocasión —comenta ella mirándome a los ojos—. Queremos que puedan venir toda clase de personas y familias, y que puedan disfrutar de una cerveza o de una cena exquisita si así lo desea.

—Es una muy buena opción. La verdad.

—Además, hay que aprovechar que estamos emplazados en un lugar magistral —añado yo ahora—. Por aquí pasan desde turistas a personas que viven en el barrio de toda la vida. No queremos excluir a nadie.

—Os deseo grandes éxitos.

Tras un brindis más, ella y yo seguimos caminando entre curiosos y clientes de toda la vida. La plaza está de fiesta y muchos turistas han entrado al local para averiguar por qué se ofrece comida y bebida gratis. Hay algo maravilloso en el ambiente, esa sensación de

calidez, paz y amor que recorren los rincones de un hogar, eso que nos atrapa y nos calienta el corazón cuando estamos lejos y que nos invita siempre a regresar.

—Esto es un sueño, cariño.

Mi madre, a la que me encuentro en el camino, me abraza y me regala dos besos que me llenan de ilusión, porque es cierto, lo es, uno hecho realidad, el primero que cumplo al lado de Emma.

A unos metros de donde nos encontramos, mi padre está junto a Marcos, discutiendo algo que probablemente tenga que ver con el fútbol. A pesar de las diferencias que hemos tenido a lo largo de los meses, se ha vuelto como un padre para mí y ahora es indispensable en mi día a día. Y también para Rumore.

—Ey… —La voz de Emma me atrapa, y cuando me rodea entre sus brazos, suelto un suspiro enamorado que me eriza la piel—. ¿Qué han dicho nuestros mayores rivales, mh?

—Están tan ansiosos como nosotras de ver cómo funciona el negocio. —Me giro y me quedo embelesada observando sus ojos—. Aunque más lo estoy yo porque termine todo y regresemos a casa…. —le sugiero—. En lo único que pienso es en…

—En dormir, seguro.

Su ironía me arranca una carcajada al tiempo que Estefi se reúne con nosotras. Sarah pasa por nuestro lado, concediéndole una mirada y una sonrisa similar a la que Emma y yo nos regalábamos meses atrás, cuando comenzaba nuestra historia.

—Creo que es la hora…

—¡Pues vamos allá!

EMMA

Julia busca una copa de champán y una pequeña cucharilla con la que golpearla llamando la atención de todos los asistentes. Algunos siguen hablando, metidos en sus propias burbujas, pero una vez que escuchan el ruido, el silencio en el salón del restaurante se vuelve sepulcral. Ella me mira, yo la animo a seguir y más allá, sus padres y los míos ponen su atención en nosotras con un gesto de orgullo que me hace vibrar de felicidad.

—¿Podéis prestarme atención un momento? —La voz de Julia resuena por todo el local, lo suficientemente alta para captar la atención de los asistentes. Incluso de las personas que pasan a esta hora por la calle—. Quiero aprovechar este momento para dar las gracias. Rumore siempre ha sido un lugar especial, pero hoy, más que nunca, lo siento como un hogar. Uno que no solo comparto con unas mujeres únicas, sino con todos vosotros, que, en mayor o menor medida, nos acompañáis.

Decido ser yo la que tome la palabra, y es por ello que la animo a dejarme un pequeño espacio para hablar.

—A veces los sueños parecen demasiado grandes y vertiginosos, lejanos e inalcanzables. Pero esta noche, me he dado cuenta de que lo único que hace falta para ser feliz de verdad, es amor, un trabajo de ensueño y contar con las personas adecuadas. —Las palabras salen de mi corazón y es por ello que levanto mi copa hacia nuestra familia—. Gracias por todo lo que nos habéis dado a lo largo de nuestros treinta y cinco años. Sois lo mejor que nos podía haber pasado.

Todos aplauden y el sonido, me deja sin aliento, envolviéndonos en una burbuja que ni siquiera nosotras podemos romper. Julia me mira, yo a ella y el beso que nos regalamos habla por sí mismo.

—Estoy orgullosa de ti… —me susurra sobre los labios, y yo le acaricio una mejilla porque siento exactamente lo mismo.

Rumore es un símbolo de todo lo que hemos logrado juntas, de lo lejos que hemos llegado, de lo que hemos dejado atrás y nos ha reforzado, y de todo lo que aún nos queda por construir.

Estefanía y Sarah se abrazan y corren junto a nuestros padres, y justo ahí, en ese instante, me doy cuenta de que las cosas están donde deberían. Porque al final de día, no se trata de lo que conseguimos o de los sueños que alcanzamos, sino de con quién lo compartimos y vivimos. Y esta familia, esta vida, es más de lo que jamás podríamos haber deseado.

—¿Estás preparada para lo que venga en el futuro? —me pregunta Julia.

—Siempre.

Y con esa seguridad, damos punto y final, saltamos de hoja y comenzamos a escribir nuestra nueva historia juntas.

AGRADECIMIENTOS

Esta vez te la dedico a ti, abuela. Hace años que te fuiste para dejar en mi corazón la huella de tu paso y en mi alma, cada uno de tus consejos. A día de hoy eres la fuente que me inspira, que me ayuda y me permite caminar en mi presente sin olvidar lo importante que es ser feliz de verdad. Te echo de menos y conforme pasa el tiempo, lo que más extraño son esas sonrisas que nos dedicábamos, el calor de tus manos, las arruguillas que las marcaban, ese pelo tieso que no se dejaba moldear ni por los rulos y esa manera tan alegre de hacer que mis días fuesen maravillosos. De ti he aprendido a ser quien soy, a querer de la manera en la que quiero a mi gente, de pensar con la cabeza y saber bien qué hacer para no sufrir, de construirme un futuro sin penas. Te estoy agradecida, aunque sé que lo hiciste todo de corazón y de manera genuina, pero tenerte en mi vida fue maravilloso y nunca dejaré de quererte, de abrazarte y tenerte conmigo.

DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO

En el atractivo y apasionado universo de la literatura romántica surge una nueva voz que ha conquistado corazones desde su reciente incursión en la autopublicación. Verónica Espinosa, una autora apasionada, ha tejido un cautivador tapiz repleto de amor y emociones que comenzó mucho antes de que se conociera su nombre.

Desde su infancia, Verónica se vio envuelta en el fascinante mundo del romance. Las novelas, con sus tramas intrincadas y sus personajes inolvidables, capturaron su corazón desde temprana edad. Sin embargo, no fue hasta la adolescencia que encontró en la escritura una vía para explorar y expresar sus propias emociones.

Su pasión por el romance floreció con cada palabra que plasmaba en el papel, convirtiendo sus escritos en un reflejo auténtico de sus experiencias y anhelos más profundos. El amor, en todas sus formas y matices, se convirtió en el hilo conductor de su narrativa, tejiendo historias que ahora resuenan en los corazones de quienes se han aventurado a adentrarse en sus novelas.

A pesar de su innato talento, mantuvo sus creaciones en la intimidad durante años. Fue en el verano del año 2023 cuando, al final, decidió compartir su primera historia con el mundo. Un valiente salto hacia lo desconocido que reveló no solo su destreza narrativa, sino también su compromiso con la representación LGTBIQ+ en el género romántico.

Las novelas de Verónica Espinosa son más que simples relatos de amor, son testimonios vibrantes de la diversidad y la riqueza de las experiencias humanas. Sus personajes llenos de vida desafían los estereotipos convencionales y dan voz a aquellos cuyas historias a menudo se pasan por alto en la narrativa tradicional.

Con un estilo literario que envuelve al lector en una danza de emociones, esta autora ha llegado para quedarse en el panorama de la novela romántica lésbica. Sus obras, impregnadas de sinceridad y pasión, son un regalo para aquellos que buscan el amor en todas sus formas, recordándonos que, al final, el corazón no conoce barreras ni etiquetas.

Así, la pluma de Verónica Espinosa se erige como una luz brillante en el horizonte literario, iluminando el camino para las generaciones futuras de lectores y escritores que ansían ser parte de un mundo donde el amor es la fuerza que une todas las páginas de la vida y la ficción.

REDES SOCIALES DE LA AUTORA



[@veronicaespinosa.autora / @AutoraVeronica /
@veronicaespinosa.autora / @veronicaespinosa]

TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA



SI QUIERES LEER EL RESTO DE
MIS NOVELAS, PUEDES ENCONTRARLAS
A TRAVÉS DEL SIGUIENTE QR, Y
DISFRUTARLAS, TODAS ELLAS, EN:

amazon

Notes

[←1]
Arroz al horno.

[←2]

Embobada.

[←3]

¡Menuda barbaridad, chica!